



MARIO ESCOBAR

EL PATRIOTA
DE DIOS

VARIOS SENADORES HAN SIDO ASESINADOS
EN EL CAPITOLIO, TODO INDICA A QUE EL
CULPABLE ES UN TERRORISTA ISLÁMICO

El Patriota de Dios

Mario Escobar

Libros publicados de Mario Escobar

1. El Patriota de Dios

Título original: *The Lord's Patriot*

Segunda edición

© Mario Escobar (Seudónimo Ian West), 2015

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2015, Mario Escobar.

marioescobar@marioescobar.es

www.marioescobar.es

ISBN: 978-84-9018-186-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

El gobierno no es razón; tampoco es elocuencia; es fuerza. Opera como el fuego; es un sirviente peligroso y un amo temible; en ningún momento se debe permitir que manos irresponsables lo controlen.

—George Washington

No hagáis el mal y no existirá.

—León Tolstói

Prólogo

Roma, 15 de marzo de 1956
Plaza de San Pedro. Ciudad del Vaticano.

Los jóvenes subieron la escalinata de la Basílica, se apoyaron en las vetustas columnas y respiraron el frescor de la mañana romana. Se habían vestido más formalmente que de costumbre. Tenían audiencia con el papa y, aunque la mayoría no eran católicos, intuían que eso era una experiencia única.

El profesor los llamó. El grupo de estudiantes caminó hasta la puerta de acceso y el viejo Joe Perry percibió enseguida la ausencia de uno de sus alumnos.

—¿Dónde está Liam?

El joven irlandés, con su cara redonda y su piel casi transparente era uno de los pocos católicos del grupo. Todos rondaban los quince años y ese era su primer viaje a Europa.

—No sabemos dónde está Liam —contestó uno de los mayores.

El viejo Joe Perry intentó surcar con su cansada vista la inmensa plaza, pero las tres o cuatro figuras que caminaban por ella no se parecían a la de su rechoncho pupilo.

—No podemos entrar sin él —comentó la única chica del grupo.

—¿Por qué hay que perder la oportunidad por esa bola de sebo blanco? —dijo uno de los chicos.

El silencio cortante dejó paso a las miradas cruzadas del pequeño grupo. Joe se encogió de hombros y decidió continuar con la audiencia programada. Seguramente el crío se habría entretenido en una heladería cercana y al no verlos regresaría al hotel. Aquella era una oportunidad única y no podían dejarla escapar.

Recorrer Europa con los hijos de algunas de las familias más poderosas de los Estados Unidos era un verdadero engorro. Aquellos niños mimados eran capaces de sacar de sus casillas al santo Job.

El anciano se dirigió con el resto del grupo hasta la entrada. Los guardias suizos brillaban con sus armaduras frente a la puerta abierta. Cuando el grupo enseñó las invitaciones del Santo Padre, uno de los soldados quitó el cordón rojo de la entrada.

Entonces, un grito agudo, que recorrió los soportales y lo invadió todo,

advirtió a Joe de que algo iba mal. Se volvió y observó a un grupo de turistas que se arremolinaban a unos doscientos metros de ellos. Caminó con paso firme y con el corazón en un puño hasta la multitud. Se abrió camino a empujones y pasó al pequeño semicírculo que habían formado los curiosos. En el suelo yacía el cuerpo regordete de su alumno. Sus ojos abiertos y verdes lo miraban pidiendo ayuda.

—¡Liam! —gritó el viejo Joe agachándose. Levantó su cuerpo muerto y la cabeza se venció hacia atrás. La garganta abierta en canal rezumaba una sangre espesa y viscosa. Pero no era la única herida. Decenas de pequeñas cuchilladas cubrían por completo el cuerpo del joven.

Los estudiantes se acercaron y casi con indiferencia miraron la patética escena que tanto les recordaba a *La Piedad* de Miguel Ángel que acababan de ver en la Basílica, pero Liam no podía pasar por el delgado y casi perfecto Jesús de Miguel Ángel y el viejo de Joe, a pesar de las lágrimas, no parecía la *Pietat*, la hermosa virgen de mármol.

Washington, 21 de octubre de 2022

18.00. Edificio del Capitolio.

Discurso del Estado de la Unión.

Dan Preston miró con sus ojos hundidos en los prominentes pómulos a los congresistas y sintió un pequeño escalofrío. Era uno de los miembros eméritos de esa casa. Había sido elegido congresista por Virginia. Acababa de subir al estrado para comenzar la primera intervención como líder de la mayoría demócrata. En los últimos años notaba como su exceso de peso empezaba a causarle serios problemas de salud. Comenzó a sudar e intentó coger el vaso de agua del estrado, pero en el último momento le falló el pulso y el agua se vertió sobre sus apuntes. Preston retrocedió sobresaltado y el vaso se hizo añicos contra los escalones.

—Lo lamento —dijo dándose la vuelta en el estrado.

Un ujier recogió los restos del vaso y lo sustituyó por uno nuevo.

La tensión de la última legislatura podía mascarse en el ambiente. La oposición se mostraba más dura a medida que las elecciones se aproximaban y las encuestas no vaticinaban buenos resultados para el actual presidente de los Estados Unidos. La crisis económica, el desorbitado precio del petróleo, la posguerra en Siria y la dura experiencia del primer mandato de un presidente negro habían terminado por convertir el Capitolio en una jaula de grillos.

—Creo que los excesos de la comida oficial me han jugado una mala pasada —comentó el congresista jocosamente y, por primera vez, el auditorio se relajó soltando una carcajada.

—Continúe, señoría —contestó con voz seca la presidenta de la Cámara de Representantes.

Preston se aclaró la voz e intentó leer sus emborronados papeles. Al principio pensó que las letras tenían la tinta corrida, pero enseguida se dio cuenta de que era su vista la que no veía con nitidez. Se ajustó las gafas e hizo un esfuerzo por concentrarse. A aquella hora de la tarde, millones de espectadores estaban atentos a la sesión del Capitolio. El terrorismo había vuelto a sacudir el país unos meses antes y algunos consideraban que la situación era crítica. Un arma bacteriológica había arrasado el metro de

Chicago aquel verano, provocando la muerte de cinco mil personas y el pánico en toda la Unión.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó la presidenta de la Cámara mientras se inclinaba hacia delante y tapaba con la mano el micrófono.

—Sí, señora presidenta —dijo casi sin aliento el congresista. Comenzó a sudar abundantemente y sacó un pañuelo blanco con sus iniciales de uno de los bolsillos de la chaqueta.

El hemiciclo estaba en silencio. Un silencio molesto e inquietante. Dan Preston intuyó que algo marchaba mal. Se sentía mareado y pensó que si no bajaba del estrado perdería el conocimiento.

Hizo un nuevo esfuerzo por leer, pero un sudor frío le perlaba la frente amplia y calva; se pasó de nuevo el pañuelo, pero cuando lo dobló para guardarlo en el bolsillo, observó horrorizado como la tela blanca estaba completamente cubierta de sangre.

Los congresistas comenzaron a gritar horrorizados. Una nube de flases cegó la vista de Preston, que levantó los brazos para protegerse los ojos. Su sangre comenzó a cubrir el estrado y recorrió sus manos hasta alcanzar las mangas de su camisa. La camisa, blanca, estaba ahora roja y su cara redonda y sanguinolenta no podía disimular el horror del que sabe que está a punto de morir.

Varios ujieres corrieron hacia él y lo cogieron en volandas justo antes de que cayera desplomado. Un par de congresistas médicos bajaron las escaleras y se acercaron al cuerpo del moribundo, pero la mayoría de sus compañeros corrieron aterrorizados hacia la salida. Los ujieres lo tumbaron en la mesa de los secretarios e intentaron reanimarlo. Todo intento fue inútil.

La portavoz suspendió la sesión y ordenó que desalojaran la sala de inmediato, en medio de los gritos y las carreras de los congresistas: a muchos se les pasó por la cabeza algún atentado con ántrax u otra mortífera arma química, el miedo de la masacre de Chicago todavía mantenía a la nación en alerta roja.

El alboroto dejó lugar a un silencio sepulcral. La consejera de Seguridad Nacional, Elisa Reverte, y su colega médico, el republicano John Prince, intentaron reanimar el cuerpo mientras el grupo de médicos y enfermeras del Capitolio corría desde la pequeña consulta al otro lado del pasillo con un equipo básico de reanimación.

—No hay nada que hacer, Elisa. Ha muerto —dijo John Prince.

La consejera observó sus manos ensangrentadas y después miró a su colega con los ojos acuosos, intentando retener el llanto, pero en el último minuto se abrazó a su él y comenzó a llorar en su hombro.

—No entiendo qué ha pasado. Es horroroso, no sé adónde vamos a llegar —dijo Prince.

—Pero, ¿qué ha podido matarle? —preguntó la consejera mientras el equipo médico se hacía cargo del cuerpo, lo cargaba en su camilla y lo sacaba a toda prisa por una de las puertas laterales.

—¿No lo entiendes? —dijo el congresista.

—No —afirmó la mujer.

—Van a volver a hacerlo —contestó enigmático el congresista.

—¿El qué?

—Un atentado para cambiar el curso de las elecciones —apostilló el congresista.

—Pero, ¿quién puede intentar hacer algo así? —dijo la consejera.

—Elisa, está claro. Los terroristas han atacado el corazón mismo del Estado. Esta vez no han atentado contra simples civiles. Y lo han hecho delante de millones de personas —dijo el congresista señalando a las cámaras abandonadas precipitadamente.

La consejera levantó la vista y observó la sala vacía, las sillas revueltas y algunos maletines y abrigos que se habían caído por los pasillos en la huida de los congresistas. Entonces sintió un escalofrío y volvió a abrazarse a su compañero.

Washington, 21 de octubre de 2022
18.00. Redacción de la CNN.

La exitosa presentadora de origen cubano Ana Gómez intentó mantener la compostura mientras a sus espaldas las imágenes del Capitolio conmovían a toda la nación. Llevaba diez años de cadena en cadena de televisión local y estatal, pero ahora era una estrella a nivel nacional. Notó como el sudor corría por su espalda y la boca reseca por los nervios, pero mantuvo la sonrisa mientras describía la muerte del congresista por Virginia.

Su salto a la fama había llegado tras los atentados del metropolitano de Chicago. Un verdadero golpe de suerte. Estaba cubriendo como reportera de la CSCH una protesta de los taxistas de la ciudad, cuando vio la estampida producida en el metropolitano. Ni corta ni perezosa entró en aquel infierno de muerte. Rodó junto a su cámara los centenares de cuerpos tendidos, los rostros desfigurados por los efectos del extraño producto arrojado en el sistema de ventilación de cincuenta trenes. Ana no sintió nada entonces, tampoco ahora. Su nerviosismo se centraba en una única y terrible idea, el fracaso.

—Al parecer el congresista por Virginia, Dan Preston, comenzó a sentirse mal desde el principio de su intervención y, por una razón que aún se desconoce, se desmoronó sobre el estrado cubierto de sangre. Algunos analistas han hablado de un nuevo ataque terrorista, esta vez en el corazón mismo de la nación. El edificio más seguro del país ha sido atacado por los enemigos de la democracia.

Ana respiró hondo y su compañero siguió con los detalles sobre la vida del congresista. Unos minutos más tarde, la presentadora se levantó de la silla y con pasos cortos se alejó de las cámaras. Su asistente le alargó un café y lo bebió a sorbos mientras caminaba hacia el camerino.

Aquella no era la primera muerte que se producía en el Capitolio en los últimos meses. Un amigo que trabajaba en el edificio le había hablado de dos muertes en extrañas circunstancias que habían sido catalogadas como desgraciados accidentes. La presentadora sabía que las casualidades no existían en política. Algo estaba ocurriendo en el Capitolio y ella se encargaría de averiguar qué era.

Washington, 21 de octubre de 2022

19.30. Cuartel general del USCP.¹

¹ El USCP es el cuerpo de policía del Capitolio, denominado *The Union State Capitol Police*, que se encarga de la seguridad del edificio principal, los congresistas y senadores y otros edificios secundarios. Su página web es <http://www.uscapitolpolice.gov>

Las oficinas del USCP se encontraban repartidas por varios edificios rodeados de una vetusta valla de piedra, rematada en alambres electrificados y cámaras de seguridad, cercanas a la avenida de la Independencia. A apenas doce o a trece kilómetros se encontraban las residencias oficiales del presidente, el Capitolio y el Pentágono. Demostrando una vez más la poca inteligencia de la CIA y el Gobierno federal, tres de los puntos claves del Estado se hallaban en un área de menos de cuarenta kilómetros cuadrados.

Alexandra Kolbe subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a la tercera planta. Después de llevar más de diez años trabajando para el USCP, aquello era lo más parecido a un hogar que conocía. Menos un breve paréntesis y una baja de seis meses por depresión postraumática, su expediente era intachable. Había entrado en el USCP justo antes de que los escándalos de la era Bush, las famosas escuchas telefónicas a personajes relevantes y la huida de algunos miembros del USCP al extranjero ensuciaran de nuevo el nombre del hasta ese momento intachable Departamento de Policía del Capitolio. Para la CIA tampoco marchaban muy bien las cosas. El fracaso en la detección del atentado terrorista en Chicago había terminado con la poca reputación que le quedaba. El FBI y la CIA habían aprovechado el momento para reforzar sus propios cuerpos especiales y reivindicar que el USCP se convirtiera en una simple policía de vigilancia.

Alexandra llegó a la puerta del despacho de su jefe y pasó sin llamar. El general George Madison estaba de espaldas, mirando unos peces de colores mientras les echaba de comer. Su aspecto bonachón de hombre negro de mediana edad podía engañar al principio, pero Alexandra sabía que el director del USCP era el mayor hijo de puta de todo el distrito de Columbia.

—Jefe, buenas tardes —dijo Alexandra en un tono jocoso. Sabía que al general le quedaban resabios militares y que no le hacía gracia el tono burlón de su subordinada.

—¿Buenas tardes? ¿Es que no ha leído hoy el *Post*? —contestó el general dándose la vuelta y apuntando a la agente con su gran barriga.

—La prensa en este país es pura ciencia ficción. Desde la II Guerra de Irak no se ha publicado ni una sola noticia sin que los tentáculos del DHS² la manipularan.

² El Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos (*United States Department of Homeland Security*), abreviado como DHS y comúnmente llamado Seguridad Nacional (*Homeland Security*), es un ministerio del Gobierno de los Estados Unidos con la responsabilidad de proteger el territorio estadounidense de ataques terroristas y responder a desastres naturales. El departamento se creó a partir de veintidós agencias federales ya existentes en respuesta a los atentados del 11 de septiembre de 2001 y desde entonces ha mantenido un control férreo sobre cualquier tipo de amenaza nacional. Incluida la libertad de prensa.

—Déjese de patochadas. Hablo en serio, estamos frente a una nueva crisis terrorista. Aunque la diferencia esta vez es que la tenemos en el patio de casa. El honor del USCP está en cuestión. El DHS ha intentado absorbernos y eliminarnos, pero hasta ahora hemos logrado campear el temporal. Hasta ahora, pero las cosas no pintan bien. Para ser más exactos, estamos en protocolo de Alerta Roja. Esta crisis puede ser el final del USCP. —El bigote del general se movió rápidamente remarcando cada palabra.

—Es martes. Ayer estuve vigilando a ese maldito funcionario hasta las tres de la mañana. Al parecer sus contactos con el Gobierno boliviano son ciertos. Es el enlace entre las empresas de armas y el Departamento de Defensa de Bolivia. Les están vendiendo armas delante de nuestras narices.

—No me interesa su investigación. Hay que resolver el asunto del Capitolio. Tiene una nueva misión de prioridad uno.

—¿Prioridad uno? —dijo la agente sentándose frente al general. Sus ojos verdes intentaron escrutar el rostro redondo y serio de su superior, pero no logró atisbar la más mínima expresión. Lo único que le gustaba de su jefe era que siempre la había tratado igual que a un hombre. Alexandra podía haberse dedicado a la moda, al cine o a cualquier profesión que implicara una imagen perfecta, pero desde pequeña había soñado con dedicarse a la política, y cuando esta la decepcionó, quiso ingresar en el FBI. Pero no lo había conseguido, así que el USCP era una buena alternativa, para una chica polaca y pobre.

—Si no lo sabe se lo cuento yo. Un congresista, para ser más exactos el líder de la mayoría demócrata, Dan Preston, murió ayer por la tarde en el estrado del Capitolio, frente a todas sus señorías y varios millones de

televidentes.

—¿Dan? —preguntó Alexandra extrañada. Sus manos nerviosas comenzaron a tamborilear en la mesa. Recordó a Dan y a su mujer Teresa y los días que pasaron juntos en San Diego, cuando ella todavía no había abandonado la política.

—¿En qué piensa? ¿Me escucha, agente Kolbe?

—En nada, señor. Por favor, continúe.

El general disfrutó al ver el aire confundido de su subordinada. Su aspecto arrogante, su pinta de modelo de alta costura, sus vestidos caros y su pelo siempre perfecto, le ponían enfermo. Alexandra era todo lo contrario de lo que se esperaba de un miembro de los servicios secretos.

—¿Conocía al difunto? —preguntó el general.

—No. Bueno sí, de vista —mintió Alexandra.

—¿De vista? Por favor, sea más explícita.

—Ya sabe que hace quince años estuve metida en política, justo en el año 1998.

—Sé su expediente de memoria, señorita Kolbe. Cuando todo comenzó a oler a podrido, usted abandonó el barco. ¿No es eso lo que hacen las ratas? —dijo el general incisivamente.

—Yo entré el mismo año que Mónica Lewinsky, éramos las dos únicas becarias de origen polaco en la Casa Blanca. El bueno de Bill cayó en la trampa de Mónica, ella era una mitómana. Hubiera hecho cualquier cosa por hacerse famosa. Después de eso dejé la política. No creo que eso sea huir del barco, jefe —contestó Alexandra inclinada hacia delante y con el ceño fruncido.

—Bueno, será mejor que nos centremos en el tema. Aquí tiene un informe detallado del laboratorio, todos los datos que hemos podido sacar del extinto congresista. También incluye otro informe sobre posibles comandos terroristas y células islámicas que operan en Washington y en el resto de la Unión.

—¿Comandos de quién? —preguntó Alexandra.

—De Al-Qaeda, ¿de quién va a ser? —refunfuñó el general.

—No sé, algún iluminado, como el líder de La Verdad Suprema que atentó en el metro de Tokio, por ejemplo.

El general frunció el ceño. Nunca sabía cuándo su subordinada hablaba en broma o hablaba en serio.

—Le informo que en este caso tendrá un ayudante.

—Yo trabajo sola, jefe —dijo Alexandra cruzándose de brazos.

—Usted trabaja como yo le diga y punto —ordenó el general.

—¿Y quién es el fichaje?

—Un nuevo agente, doctorado en psicología y con el mejor expediente de la universidad de Georgetown.

—¿Un novato neoconservador? ¿Qué pasa? ¿Que una vez más quieren crear una investigación fantasma de esas que no llegan a ninguna parte? —dijo Alexandra indignada.

—¡No sea impertinente!

—¡No soy impertinente! Si quieren una investigación *light* de cara a la galería, no cuenten conmigo —dijo Alexandra arrojando el informe encima de la mesa.

—Mire, Alexandra. He tenido mucha paciencia hasta ahora con usted, pero todo tiene un límite. El señor Salazar será su compañero. La oposición cree que se trata de un atentado, pero hay informes policiales que avalan que todo se trata de un asesinato en serie.

—¿Un asesinato en el Capitolio? —preguntó Alexandra con los ojos como platos.

—Justo eso es lo que creemos. Alguien está matando congresistas en el Capitolio. Pero le pido que actúe con la mayor discreción. Esto no puede hacerse público. ¿Quién se sentiría seguro si en uno de los edificios más protegidos del país un loco campa a sus anchas? —dijo el general en un tono más bajo. Se acercó a la puerta y la cerró. Alexandra comprendió que hablaba en serio. La puerta del despacho del general no se cerraba nunca, pero todo el mundo sabía que en la Agencia había funcionarios a sueldo de algunos grupos mediáticos y que la información se filtraba rápidamente a la prensa.

—¿Por qué cree la policía que se trata de un asesinato?

—Hace poco murió otro congresista. Lo recordará. Era también el líder de la minoría republicana, Edward Red.

—Pero creía que había fallecido de muerte natural. Leí en los periódicos que le había dado un ataque cardíaco en su despacho. Al parecer acababa de comparecer ante una comisión. Se quedó sólo unos minutos, se sentía fatigado. Si no recuerdo mal era el día anterior a las vacaciones de verano.

—Se le realizó la autopsia. Se encontraron restos de *coniína*.

—¿Cicuta?³ ¿Lo mataron con el veneno más viejo de la historia? —dijo con sorpresa Alexandra.

³ La cicuta es una planta que contiene una toxina cuyo efecto es semejante al *curare*. En el ser humano, la ingestión provoca en la hora que sigue trastornos digestivos (especialmente cuando se utiliza la raíz), vértigos y cefaleas, parestesias, descenso de la temperatura corporal, reducción de la fuerza muscular y, finalmente, una parálisis ascendente. La muerte puede sobrevenir bien por que las convulsiones y la destrucción muscular produzcan una insuficiencia renal, o bien por las alteraciones que produce en la respiración (acelerándola al principio y deprimiéndola luego), que llevarían a una muerte por asfixia.

—Sí, ya sabe cómo actúa la cicuta en el cuerpo. Parálisis progresiva del organismo hasta que el corazón deja de latir. Un veneno muy burdo, pero efectivo. Da la sensación de que al asesino no le importaba que lo descubriesen —señaló el general—. Todo el mundo sabe que se hacen autopsias a cada miembro del Congreso que muere, aunque sea en un accidente.

—La cicuta se detecta en un análisis simple de sangre.

—Lo que nos ha sorprendido es que no existía relación entre las dos víctimas. Enemigos políticos de partidos distintos, distinto estado, edad, forma de asesinar. Estamos a ciegas, Alexandra.

—Por eso me mandan con un psicólogo, quieren comprobar que el psicópata se encuentra entre nuestros congresistas. Pues va a ser una tarea difícil. Con los tiempos que corren, todos los congresistas y senadores parecen estar locos. Cualquiera podría ser un peligroso asesino en serie. Por no hablar de que hay cuatrocientos treinta y cinco congresistas, cuatro delegados y un comisionado residente. Además de cien senadores.

Damasco, Siria, 21 de octubre de 2022
07.00. Aeropuerto internacional de Damasco.

Nizar Haidar abrazó a su esposa y sus tres hijos antes de entrar en la zona de embarque. Llevaba toda la vida trabajando como funcionario del Gobierno, incluso cuando los americanos invadieron Siria y echaron del poder al Partido Baaz. Pero en su país no cometieron los mismos errores que en Irak. Habían conservado la administración, mimaban a la clase media siria y el país había conseguido cierta normalidad en apenas dos años, aunque el terrorismo fundamentalista sacudía de vez en cuando la frágil democracia Siria.

Nizar avanzó por el túnel hasta el avión y notó como sus piernas apenas le respondían. Delante de su familia había logrado controlarse, pero ahora una profunda angustia le atenazaba las tripas y le golpeaba con toda su fuerza.

Una semana antes de su viaje, un par de individuos de aspecto saudí habían entrado en su despacho del Ministerio de Seguridad Nacional. Uno de ellos había dejado encima de la mesa varias fotografías de él y su familia. Nizar sabía lo que eso significaba. Su pasado como militante de los Hermanos del Islam volvía a él en el momento menos esperado. Aquella aventura de juventud se había convertido en una pesadilla que ahora prefería olvidar. Combatir de joven contra el Partido Baaz, un partido pro comunista y laico, le había parecido la única forma digna de mantener los principios del Corán, pero ahora, con una cómoda posición en el Ministerio, tres hijos y una esposa, su lucha parecía lejana y pueril.

Aquellos dos hombres le habían encomendado una misión suicida. Alguien les había informado de su viaje a los Estados Unidos. Nizar era uno de los encargados de la seguridad del nuevo Parlamento de Siria e iba a recibir preparación del USCP en Washington. Gracias a su posición podría entrar en el Capitolio, y tendría conocimientos de primera mano sobre sus protocolos de actuación y sus puntos débiles. El comando que había actuado en el metropolitano de Chicago estaba listo para actuar de nuevo, pero esta vez lo haría en el alma misma de la demoníaca Norteamérica y él sería su Caballo de Troya.

Washington, 22 de octubre de 2022
07.00. Edificio del Capitolio.

El mármol grisáceo estaba salpicado de unas pintitas rojas secas casi púrpuras. La mujer sacó la mopa pero las gotas en vez de desaparecer se extendieron por todo el suelo.

—Mi hijo, malditos «padres de la patria». Siempre dejan todo como una cuadra —dijo la limpiadora con un fuerte acento dominicano.

Persiguió la mancha con la mopa hasta una de las cabinas. La puerta estaba entornada, la empujó con el palo de la mopa y dio un salto hacia atrás. Comenzó a gritar, hasta que dos policías entraron corriendo en el baño resbalándose con la sangre.

Una mujer yacía sin vida en el suelo.

Washington, 23 de octubre de 2022
7.00. Calle 18, distrito de Columbia, Virginia.

Ana Gómez adoraba vivir en la calle 18. Tenía muy cerca varios parques donde practicar algo de *footing*. El parque James W. Haley era un lugar ideal para pasear a su perro, Patton, o tomar algo de sol, cuando la ciudad no estaba cubierta por la nieve o las lluvias interminables del otoño. A veces se acercaba hasta el Cementerio Nacional de Arlington y paseaba por sus avenidas de árboles y lápidas blancas. Desde hacía más de cien años los héroes de la nación descansaban en esas laderas a orillas del Potomac, en las hermosas tierras del general Lee. Miles de jóvenes dormían en aquel suelo sagrado, como una ofrenda continua a la diosa Libertad. Ana caminaba por los pasillos de losas blancas y leía los nombres esculpidos en letras negras. En muchas tan solo había un simple número y la fecha de una muerte temprana.

Su padre era cubano pero ella se sentía plenamente estadounidense. Desde su pequeño hogar en Florida hasta su espaciosa casa en pleno distrito de Columbia, en la zona de Virginia, apenas mediaban diez años. A sus treinta años había llegado a lo más alto de su profesión de periodista y en los próximos treinta y cinco años de vida profesional sus planes consistían en coleccionar premios y mucha pasta. Ana había gastado buena parte de sus ahorros en disimular sus rasgos latinos. Su nariz ganchuda era ahora perfecta, sus pómulos habían sido suavizados, su pelo rubio apenas descubría unas raíces morenas y sus lentillas azules le garantizaban un primer plano de cámara espectacular. El último rasgo latino que le quedaba era su apellido, pero hasta ahora la había favorecido. Ser latina también tenía algunas ventajas. En los últimos años las cadenas de televisión preferían los presentadores étnicos. Aseados, con aspecto anglosajón, vestidos como blancos, pero con apellidos exóticos.

Ana terminó de correr y se agachó para recuperar un poco el aliento. Sentía la mezcla dulzona de agotamiento y voluntad que la hacía sentirse superior.

Su mente voló por unos instantes al salón en donde se le otorgó el Premio Moore, que la ciudad de Chicago concedía a los reportajes de gran valor social. La sala iluminada, aquella audiencia distinguida aplaudiéndola a ella,

la hija de un exiliado cubano. Cuando entró en su casa, depositó las llaves en el plato del recibidor y conectó el contestador. La voz mecánica del aparato anunció un nuevo mensaje y una voz de hombre sonó tras el pitido estridente.

—No me gusta hablar por estos aparatejos. Tenemos que vernos en un par de horas en el hotel Lincoln, tengo información fresca sobre lo que hablamos. Estaré en el restaurante a las doce en punto. No llegue tarde.

Ana notó como el corazón se le aceleraba de repente. Su confidente estaba a punto de brindarle la noticia del año, tal vez eso la hiciera salir en la portada del *Time*.

Se desnudó mientras se dirigía al cuarto de baño, reguló el agua de la ducha y cuando entró en la bañera el agua tibia comenzó a recorrer su piel morena. Necesitaba relajarse un poco, aquella historia podía ser peligrosa. No era fácil meterse con los peces gordos de Washington y salir ilesa.

El sonido de unos pasos la alarmó. Salió de la ducha empapando el suelo y sin dejar de temblar, rezó antes de ver la figura del hombre en el umbral de la puerta. Empezó a temblar paralizada por el pánico, cerró los ojos en un intento desesperado de hacerse invisible, pero no logró calmar los nervios.

Washington, 23 de octubre de 2022
8.00. Edificio del Capitolio, sala forense.

El cuerpo descansaba sobre una mesa de aluminio brillante y limpia. Los baldosines blancos y relucientes proyectaban una intensa luz por toda la sala. Aquello era lo más parecido a un quirófano que había visto Alexandra en mucho tiempo.

La muerte de su padre unos años antes, tras un largo proceso de cáncer, la había hecho pasar semanas encerrada en un hospital. Tres veces había bajado su padre a quirófano. Ella y su madre le habían seguido hasta la entrada y, gracias a la amistad con uno de los cirujanos, habían podido estar con él en la sala de reanimación, para que lo primero que viera tras despertarse fuera a ellas dos. Unos meses después, la muerte de su marido en un tiroteo terminó de hundirla. Alexandra se pasó semanas de casino en casino gastándose todo lo que tenía: el seguro de vida, sus ahorros, y habría vendido todo para seguir jugando si no le hubieran dado una plaza en un centro. Le diagnosticaron ludopatía. Curiosamente había sido su marido Bobby el que la había llevado por primera vez a un casino en Las Vegas. El juego se convirtió en una forma de recrear la suerte perdida y evocar a su esposo muerto. Algo así le dijo la loquera del USCP, cuando le dio la baja por depresión.

La agente se acercó a la camilla y la patóloga la saludó con un leve movimiento de cabeza y volvió a concentrarse en el cuerpo de la congresista muerta.

En contra de lo que se había imaginado y de lo que veía en las películas, el cuerpo estaba cubierto casi por completo por una sábana. La parte a la vista era la exigua zona donde trabajaba la patóloga. No había focos intensos ni nada parecido. Los fluorescentes viejos de la sala forense eran la única fuente de luz, pero parecían suficiente para la doctora.

La habían obligado a ponerse una bata blanca, unos guantes de látex, una mascarilla y un gorro de papel. Se sentía ridícula con aquel aspecto. Intentó coger el bolígrafo y apuntar todo lo que la patóloga le dijera, pero enseguida desistió. La forense hablaba a una grabadora que cogía a cada rato de la camilla y todo quedaba grabado y después era pasado por escrito al informe forense final.

—Ya sabe que está aquí a instancia de mis superiores, pero normalmente no se permite la asistencia a las autopsias a personas ajenas a la sala forense —dijo cortante la patóloga. A su lado, su ayudante arqueó una ceja y se puso en la cabecera de la camilla.

—Lo comprendo. Muchas gracias por su colaboración. Está ayudando en una importante investigación. Me imagino que no tiene mucho trabajo aquí —dijo Alexandra intentando ser amable.

—No se imagina la cantidad de gente que muere al año en el Capitolio o en uno de sus edificios anejos. Turistas, limpiadoras, personal de seguridad, congresistas. Tenemos uno de los índices más altos de muerte por ataque cardíaco del distrito de Columbia de Maryland. —La patóloga sonrió y le hizo un gesto a la agente.

—Proceda, por favor.

La patóloga bajó la vista y se centró en el cadáver.

—Veamos, mujer blanca, de unos cuarenta y cinco años, pelo castaño, ojos negros. Según informe: un metro ochenta de estatura, sesenta y cinco kilos de peso. No ha tenido enfermedades graves. Tan solo apendicitis a los diecisiete años y alergia al polen. Nombre: Mary Faletti.

En ese momento la puerta abatible de la amplia sala se abrió y entró un hombre vestido de blanco que corrió hasta la mesa donde estaban realizando la autopsia.

—Disculpen que entre de esta manera, pero hace tan solo media hora que me avisaron de la autopsia. Soy el psicólogo, Martin Salazar —dijo el hombre extendiendo la mano enguantada. Nadie respondió a su saludo y volvió a bajarla.

—Está bien, póngase a un lado y no moleste. Esto está pareciéndose mucho al monumento a Lincoln el día de Martin Luther King —refunfuñó la patóloga.

—Disculpe —dijo Martin poniéndose colorado. Su rostro se ocultaba tras la mascarilla, pero sus ojos negros brillaban con tal intensidad que Alexandra no pudo por menos que contemplarlos con admiración.

El señor Salazar miró de arriba a abajo a Alexandra, pero no cruzó palabra con ella. Aun así, Alexandra notó que él sonreía debajo de la mascarilla y le dedicaba una prolongada mirada. Después, con un gesto, le señaló la camilla y ambos se concentraron en las palabras de la patóloga.

—No se ven marcas en las piernas. Pero hay marcas en las muñecas, como

si algo parecido a una correa de plástico la hubiera maniatado antes de la muerte.

—¿Cómo sabe eso, doctora? —preguntó Alexandra.

—Observe —dijo la patóloga aproximando un bisturí—. ¿No ve la forma de las cuerdas de plástico, una especie de ranuritas? Además, algunos restos de plástico rojo han penetrado en la piel.

Alexandra se aproximó y vio los minúsculos fragmentos. El señor Salazar se inclinó y estuvieron apenas a unos milímetros de distancia. El perfume de la agente embriagó al psicólogo. Levantó la vista y sus ojos se cruzaron otra vez.

—¿Cómo sabe que fue antes de la muerte? —preguntó el psicólogo.

—Por los hematomas. Tras la muerte, el cuerpo no produce hematomas. Sigamos. No hay cortes ni roces en ninguna otra parte del cuerpo. Vayamos a lo más evidente.

El ayudante destapó el rostro del cadáver y Alexandra y el señor Salazar apartaron la vista instintivamente.

—No es agradable, ya se lo dije —comentó la patóloga mientras levantaba unas placas radiológicas—. Es increíble.

—¿Qué es increíble? —preguntó Alexandra.

—El fuerte golpe en la cabeza, el hundimiento del cráneo, no la mató.

—¿No? —preguntó el señor Salazar.

—No. El rígor mortis era manifiesto.

—¿Qué quiere decir con manifiesto? —preguntó Alexandra.

—El asesino la mató. Pero volvió entre tres y seis horas más tarde y le destrozó la cara con algún elemento pesado. El rígor mortis era casi completo.

—¿Podemos saber con qué lo hizo? —dijo Alexandra asombrada.

—Es pronto para determinar el objeto con el que se golpeó a la víctima, pero era pesado, redondo, sin ningún tipo de aristas. Algo parecido a un sujetapapeles.

—Pero, ¿por qué hizo algo así? —dijo Alexandra. Después continuó hablando como si pensara en voz alta—. Mató a su víctima y arriesgándolo todo regresó al lugar del crimen y le estampó un sujetapapeles en la cabeza.

—Un supuesto sujetapapeles —apuntó la patóloga.

—Es un comportamiento psicópata. El asesino pensaba que su víctima no había sufrido suficiente castigo. Por eso la golpeó hasta desfigurarla, muchos

psicópatas piensan que la esencia de la persona está en el rostro. Desfigurando el rostro, destruyes a tu víctima —dijo el psicólogo.

—¿Estamos entonces ante un loco? —apuntó Alexandra.

—Un psicópata no es exactamente un loco. En estudios psicológicos más recientes existe una controversia; según algunos especialistas, los individuos psicópatas son personas perversas...

—¿Perversas? Yo creía que los psicóticos eran enfermos —dijo Alexandra.

—No exactamente. Aunque los indicios nosológicos tienden a mostrar a los llamados psicópatas como personalidades psicóticas límite, en la actualidad a los psicópatas no se les considera como «enfermos» propiamente dichos, sino como personas con una «alteración divergente de la personalidad»...

—¿Como con doble personalidad? —dijo Alexandra.

—No. Sus capacidades cognitivas y de percepción de la realidad permanecen intactas, pero su personalidad está alterada.

—Entiendo.

—Los psicópatas no pueden sentir ni empatía ni culpa. Esa es la razón por la que interactúan con los demás como si se tratasen de meros objetos, instrumentos y medios para conseguir sus objetivos. En el caso de que hagan algo en beneficio de alguien o de alguna causa aparentemente altruista es solo por egoísmo, para aumentar su ego o para su propio beneficio —dijo el psicólogo.

—Bueno, si continúan hablando les pediré que abandonen la sala —dijo la patóloga frunciendo el ceño.

—Continué, por favor —contestó Alexandra.

—La causa de la muerte parece ser una asfixia mecánica, producida por obstáculo mecánico, mejor dicho, por compresión desde el exterior sobre las vías respiratorias involucradas en la constricción del cuello.

—No entiendo nada de lo que ha dicho —comentó el señor Salazar.

—Estrangulamiento —resumió Alexandra.

La patóloga continuó con la descripción del estrangulamiento.

—El estrangulamiento es una asfixia mecánica por constricción a nivel del cuello sin lazo suspensor. Se produjo un cierre total de la laringe, producida por dos manos fuertes, que actuaron al nivel del cuello a la altura de la laringe o tráquea.

—¿Cómo sabe que la estrangularon con las manos? —preguntó Alexandra.

—Observe —dijo la patóloga señalando el largo cuello de la víctima—. La acción de las manos deja una huella indeleble. El cadáver presenta excoriaciones y equimosis a nivel del cuello a partir de la lesión digital o *ungueal*. No hay surco de un lazo constrictor.

—Entiendo —dijo Alexandra con un gesto de estupefacción. A pesar de haberlo estudiado en sus cursos de preparación criminológica, no recordaba mucho sobre la materia. Ella era experta en asuntos de corrupción política o tráfico de influencias. Crímenes a los que era muy difícil encontrar huella y que suelen terminar con huidas o cárcel, no necesariamente con la muerte.

—No se resistió mucho.

—¿De veras? —dijo el señor Salazar que parecía tan sorprendido como su nueva compañera.

—No hay cianosis. Cuando la víctima se resiste, presenta la cara tumefacta con puntos equimóticos. Cuanto más se defiende la víctima la más grave es la equimosis.

—Es impresionante, doctora.

La patóloga sonrió, satisfecha. Después de todo no era tan malo lucir un poco sus conocimientos ante dos profanos en la materia. Entonces levantó la mirada y lanzó su golpe de efecto más estudiado.

—Puedo aventurar que el asesino era un hombre.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Alexandra.

—Este tipo de estrangulamiento requiere una fuerza equivalente a quince o veinte kilogramos. En este caso se produce el estrangulamiento azul y la cianosis se difunde de la cabeza al cuerpo. Para aplicar esa fuerza tuvo que hacerlo un hombre treinta o cuarenta kilos más pesado que la víctima. Eso nos dice que el asesino debía pesar entre noventa y cinco y ciento cinco kilos y medir como mínimo un metro noventa, con toda seguridad de complexión fuerte.

—Pero, ¿cómo puede estar tan segura? —dijo Alexandra asombrada. La patóloga no solo le estaba dando las causas de la muerte, le estaba proporcionando una descripción del asesino.

—Si la asfixia hubiera sido por isquemia —la patóloga se paró y miró a sus embelesados espectadores—, más conocida por compresión vascular, el lazo o mano hubiera actuado a nivel del cuello generando la isquemia cerebral y fenómenos de estasis. Por lo que la fuerza necesaria para ocluir o presionar la faringe sería de unos cinco kilogramos. Además la cara estaría

blanca por la palidez producida por la compresión y no amoratada como la de la víctima. La asfixia por inhibición o choque laríngeo de Claude-Bernard-Lacassagne también está descartado, ya que la muerte se produce por un paro cardiorrespiratorio, habiendo realizado presiones mínimas en puntos clave. El rostro también palidece en ese tipo de casos.

—¿El tiempo de la muerte o la agonía fueron largos? —preguntó el señor Salazar.

—Me temo que sí. Los estrangulamientos blancos son producidos por muertes rápidas; el de inhibición, que no es el caso de la difunta, produce rápida inconsciencia así como también el de isquemia, por lo que se puede sospechar poca lucha durante el acto de la muerte. Pero la víctima, a pesar de no luchar, sufrió una muerte lenta, muy lenta. Puede que hubiera algún tipo de rito sexual.

—¿Un rito sexual? —preguntó Alexandra.

—Hay gente que llega al éxtasis sexual estrangulándose sin llegar a matarse.

—Entonces pudo tratarse de un accidente —dijo Alexandra.

—Si fue un accidente, ¿por qué volvió el asesino y le destrozó la cara? Además la víctima estaba maniatada —respondió el psicólogo.

La patóloga pidió a su ayudante otro instrumento y siguió con su explicación.

—El mecanismo de asfixia requiere veinte minutos de promedio para producir la muerte, ya que difícilmente se puede obstruir con las manos la vía respiratoria de forma completa. Las manos del asesino suelen acalambrarse y por ello debe cambiar de posición o reemplazar las manos. Estrangular a alguien con las manos requiere una fuerza física considerable. El resto de síntomas son los típicos: en la lengua hay congestión y edema; en la laringe y la tráquea también. Como observarán en la dermis, hay lesiones sanguíneas que avanzan sobre el tejido celular, músculos, laringe, tráquea y tejidos adyacentes. Todo esto puede variar de acuerdo a la presión ejercida. En este caso hay muchos daños. También hay fractura del hueso hioides, del asta del hioides y de la apófisis tiroideas. Lesión vascular de la carótida a la altura de la bifurcación —dijo la doctora. Después apagó la grabadora y miró a sus dos asombrados espectadores.

—Estoy impresionado, señora patóloga.

El ayudante limpió el instrumental y salió de la sala poco después. La

doctora se secó el sudor de la frente con la manga de la bata. Se aseguró de que el ayudante se había marchado y les susurró:

—Hay algo más.

—¿Algo más? —preguntó intrigada Alexandra.

—Algo que apareció en la autopsia de Preston, pero a lo que no di importancia. Pensé que se trataba de un microtatuaje.

—¿Una marca?

—Algo parecido. En las dos víctimas hay un pequeño tatuaje en la nalga izquierda.

—¿De qué se trata?

—Unas letras en forma de círculo. Me costó verlas con claridad, pero no hay duda de que están escritas en latín.

—¿Latín? —preguntó la señorita Salazar.

—Las letras decían: *Alea iacta est*.

—¿Qué significa? —preguntó Alexandra.

—¿No lo sabe, agente? —dijo sorprendida la patóloga.

—Todo el mundo sabe que la frase quiere decir «La suerte está echada.» —dijo el señor Salazar. Alexandra le miró fijamente y volvió a dirigirse a la doctora.

—¿«La suerte está echada»?

La agente miró intrigada a la doctora y esta le dijo:

—Sí, la frase que pronunció Julio César al cruzar el Rubicón.

Océano Atlántico, 24 de octubre de 2022
08.00. En algún lugar cerca de la Costa Este.

Escuchó la voz plácida de su padre. Había sido funcionario bajo el mandato británico y después había dedicado su talento a montar un hotel en Damasco, pero las continuas guerras con Israel y la dictadura socialista dieron al traste con su sueño de llenarlo de turistas. Su padre solía sentarse en el patio de la casa con los pies descalzos y una tacita de té sobre la mesa de hierro. Miraba a los limoneros y cantaba viejas canciones de su Alepo natal. Sus antepasados habían sido cristianos nestorianos y su padre procuraba que sus vecinos no supieran de su origen infiel. Por eso metió a su hijo Nizar en la Escuela Coránica. En los años setenta era casi una provocación contra el estado secular, pero su padre era un hombre testarudo.

A él la Escuela Coránica le fascinaba. El mundo del estudio y de la erudición era su campo natural. No le gustaba vagabundear por la ciudad como a algunos de sus amigos, estaba siempre rodeado de libros. A principios de los ochenta llegó un nuevo profesor a la mezquita, un egipcio que pertenecía a los Hermanos Musulmanes.

Los Hermanos Musulmanes era un grupo fundado en Egipto en el año 1928 por Hassan Al-Banna, tras la disolución del Imperio Otomano.

Sus objetivos eran la implantación de un estado islámico en Egipto basado en la *Sharia* o ley musulmana y el rechazo a la influencia occidental en el país. Sus ideas les llevaron a ser los pioneros del islamismo político en todo el mundo árabe. En los años cincuenta sufrieron una dura represión por parte del presidente Nasser. Tras la muerte de su líder, la hermandad había vivido en un limbo legal, normalmente tolerados por el Estado pero en ocasiones tratados como ilegales y reprimidos.

En la década de los sesenta, la hermandad vivió un período de renovación, gracias a la incorporación masiva de un floreciente movimiento estudiantil islámico y la absorción de otras organizaciones como Al-Gama'a Al-Islamiyya. Nizar era el candidato perfecto para los Hermanos Musulmanes. Joven educado, de buena familia y un futuro funcionario del régimen. La estrategia de la hermandad consistía en la creación de una especie de estado paralelo. Ya que no podían tomar el poder por la fuerza de las armas, la

hermandad se dedicaba a crear una red de servicios sociales que cubrían las carencias del Estado y atraían al movimiento a las clases más humildes.

En los años ochenta, cuando Nizar entró en contacto con ellos, organizaciones como Al-Gama'a Al-Islamiyya o Yihad Islámico emprendían una lucha armada con el Estado, mientras la hermandad intentaba una revolución pacífica, pero tenía que competir con las nuevas organizaciones islámicas para atraer a las capas más bajas de la sociedad.

En los años noventa la hermandad evolucionó hacia una especie de liberalismo islámico conservador, aceptando el pluripartidismo, la liberalización económica y su base de reclutamiento era cada vez más de la clase media. Pero durante este proceso de incertidumbre y renovación interna, algunos grupos se radicalizaron y comenzaron a usar los mismos métodos de otras organizaciones. La invasión de Afganistán, Irak, las tropas norteamericanas en Arabia Saudita y la reciente invasión de Siria hacían temer una sumisión total de los pueblos islámicos. Por ello, se acusó frecuentemente a la Hermandad de promover y exportar la revolución o la violencia islamista por medio de sus ramificaciones y contactos con grupos militantes de numerosos países, tanto del mundo islámico como occidental.

Nizar nunca pensó que los hermanos le pidieran atentar contra los norteamericanos, pero lo que todavía le costaba creer era que hubieran amenazado a su familia.

El avión comenzó a descender sobre el aeropuerto Reagan. Los primeros rayos de sol iluminaban los edificios blancos de Washington, la cúpula del Capitolio parecía arder bajo la luz rojiza de la mañana. Nizar pensó que aquella debió ser la última visión de los terroristas que arrojaron su avión sobre el Pentágono. Ahora él era uno de ellos y esa terrible idea no dejaba de atormentarlo.

Washington, 23 de octubre de 2022

8.15. Calle 18, zona residencial, distrito de Columbia, Virginia.

—¡Mike, me has dado un susto de muerte! ¿Por qué entras siempre de forma tan sigilosa? —dijo Ana Gómez. El agua escurría de su cuerpo moreno y, con la piel aún erizada, se tapó con una toalla.

—¿Para qué me diste unas llaves de tu casa? Siempre que vengo sin avisar te asustas. ¿Qué te da tanto miedo? —respondió el hombre mientras la abrazaba.

—Washington D. C. es la ciudad con el índice de criminalidad más alto del país. Es normal que alguien se asuste al ver una sombra en la puerta de su baño —dijo Ana enfadada.

—Pareces un noticiero de la tarde.

—Será defecto profesional.

La mujer se soltó de él y se dirigió hacia el cuarto. Comenzó a vestirse lentamente, hasta que él volvió a abrazarla.

—Tengo que marcharme. He quedado en el hotel Lincoln esta mañana, pero antes tengo que pasar por la cadena, hacer unas compras e ir a la peluquería.

—No me rechaces, puedo denunciarte por maltrato psicológico.

—Venga Mike, esta noche cenamos juntos, pero ahora tengo mucha prisa.

—Es ese maldito caso del Capitolio, ¿verdad?

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Ana apartando al hombre.

—Pues lo que te he oído en varias conversaciones. Algo de unos asesinatos en el Capitolio.

—Será mejor que no hables a nadie de esto. Todo lo que sucede en el Capitolio se considera secreto de Estado. Podrías meterme en un gran lío.

—Mis labios están sellados —dijo el hombre pasando sus dedos por los labios—. Pero eso tiene un precio.

Mike empujó a la mujer sobre la cama y comenzó a besarla. Ninguno de los dos notó el par de ojos que los acechaban desde la ventana.

Washington, 23 de octubre de 2022
8.30. Calle K.

—¿Has contrastado esa información? —preguntó el abogado Klame. Después se acercó a la mesita y se sentó junto a su compañero.

—Estoy seguro. La información es de primera mano.

—Pero eso puede hundir la economía.

—Llevamos varios años ocultando que los yacimientos de petróleo y gas están al límite. El precio del barril *West Texas* está a más de doscientos cincuenta dólares. A pesar de que los biocombustibles y las energías renovables son ya un cuarenta por ciento de la energía empleada, el petróleo todavía es básico para la economía.

—Por eso el hermano presidente invadió Siria. No quería tener el enemigo a las espaldas cuando tuviera que invadir Irán —bromeó Klame mientras apuraba la Coca-Cola.

—Pero eso será después de las elecciones.

—El hermano ganará seguro. Hemos superado la crisis económica más grave después de la de 1929, llevamos un año cojonudo. Pero el petróleo sigue disparado y las reservas casi al límite. No queda otra opción que continuar invadiendo países con reservas petrolíferas.

—Pero toda esa mierda del Capitolio está poniendo nerviosos a muchos. Algunos dicen que ha sido un atentado de Al-Qaeda.

—Basura mediática. Un par de coincidencias.

—Pero, si el hermano no gana y sale la dama podríamos tener problemas. Ya sabes que esa zorra no aprobaría una guerra en Irán.

—Bueno, eso ya lo veremos. Todos los políticos dicen lo mismo en la campaña electoral, pero nosotros somos los que ponemos el dinero.

—No sé por qué el maldito presidente no ha autorizado que se filtrara el escándalo de la candidata.

—¿El aborto?

—Sí.

—¿Crees que eso la hundiría?

—¿Acaso no es una republicana de buena familia, de esas que nunca se tiran pedos? —dijo Klame, haciendo un ruidito con la boca.

—¿Lo del Capitolio puede perjudicar a nuestro candidato?

—Podría ser. Hay que tenerlo controlado. Ya sabes, alejar a la prensa de aquí.

—Llamaré a los directores de los periódicos y los dueños de las cadenas.

—Muy bien —dijo Klame—. Eso funcionó en lo de Irak y en lo de Siria. Volverá a funcionar ahora.

—Sí, a todos nos interesa conquistar a esos fanáticos. Llevamos mucho tiempo mareando la perdiz. Las comisiones de la ONU no sirven para nada y no están dispuestos a detener su plan nuclear. ¿Te imaginas a esos locos fanáticos con una bomba atómica?

—Prefiero no imaginarlo. No dudarían en intentar usarla contra nosotros —contestó Klame.

—Bueno, aunque el hecho de que la tengan o no no es lo más relevante. Lo más importantes es que la opinión pública crea que pueden llegar a tenerla.

—Sí —dijo sonriendo Klame—. La gente corriente tan solo quiere vivir en paz y nosotros somos los que garantizamos esa paz.

—Y, si además ganamos dinero, ¿qué mal le hacemos a nadie? —añadió el hombre echándose a reír.

Washington, 23 de octubre de 2022
12.00. Edificio del Capitolio.

El FBI y el USCP no se llevaban muy bien. En muchas ocasiones competían por los casos más sonados, aunque la política del FBI era dar bombo y platillo a sus descubrimientos mientras que el USCP tenía que ocultar la mayor parte de los suyos con la categoría de Informes de Seguridad Nacional o Información Privilegiada, pero ahora las subvenciones y el aumento del presupuesto estaban en juego.

Los casos importantes en aquel pequeño territorio de apenas ocho kilómetros cuadrados, algo mayor que el Estado Vaticano, de unos tres kilómetros y medio, no eran muy numerosos. El edificio principal, el Capitolio, con sus ciento diez hectáreas, era una de las zonas más vigiladas del mundo. En sus entrañas descansaban túneles de cincuenta y cuatro kilómetros. Los túneles se encargaban de distribuir a los miles de visitantes que cada día entraban en el edificio, como si de un verdadero hormiguero se tratara. Pero también servían para comunicar los diferentes edificios sin la necesidad de salir al exterior.

Alexandra bajó a los infiernos, así era como llamaba a los túneles del edificio, para visitar a su amigo John Case. Case era una de las viejas glorias del cuerpo, llevaba diez años jubilado, pero seguía viniendo con regularidad al Capitolio para echar una mano en lo que podía. Era una verdadera enciclopedia andante. Había servido bajo el mandato de doce presidentes y tenía algunas ideas raras sobre las teorías de la conspiración. Se habían conocido cuando ella llegó al cuerpo y John ya estaba a punto de jubilarse. Él la ayudó a adaptarse al departamento cuando eran muy pocas las mujeres policías del USCP.

El ascensor se abrió y la agente caminó por el largo pasillo medio iluminado. Allí no había cámaras ni sofisticados sistemas de seguridad. Era un sótano muerto, que durante la II Guerra Mundial había servido de refugio antiaéreo, aunque los aviones japoneses nunca lograron bombardear en el continente.

El despacho de John era un inmenso salón repleto de libros y papeles viejos. Aquello parecía más un antiguo almacén que un lugar de trabajo. El

único lujo que su amigo se permitía en aquel andrajoso lugar era una cafetera italiana que preparaba el mejor capuchino del Capitolio. Algunos de los fluorescentes parpadeaban, pero eso no parecía molestar a John que, con la cabeza inclinada, leía un papel con sus viejas gafas de pasta negra.

—Hola Alexandra. Estaba preguntándome cuánto tardarías en venir. Hasta este pequeño agujero ha llegado la noticia de la muerte del congresista —dijo John levantando la cabeza y mirando la delgada figura de su amiga.

—Eso no es justo, John. Muchas veces bajo solo a charlar, pero cada vez es más difícil encontrar un poco de tiempo libre. El jefe me tiene frita a trabajo.

—No te creo. ¿Qué más tiene que hacer una mujer como tú? No tienes hijos, no te has vuelto a casar. No te imagino yendo de fiesta en fiesta por la aburrida noche de Washington.

—Tengo a mi madre, el trabajo, un apartamento al que apenas hago caso, un gato y soy voluntaria de Greenpeace.

—Creía que estaba prohibido ser del USCP y pertenecer a una organización civil —dijo John arqueando sus pobladas cejas negras.

—Si no informas al departamento... —dijo Alexandra guiñando un ojo.

—Si te contara los negocios en que están metidos muchos de los activistas ecológicos...

—No empieces. Todos necesitamos creer en algo, yo creo en la salvación del planeta.

—Pero imagino que no has venido para hablar de ecología.

—No, quería que me facilitaras una información.

—Tú dirás —dijo John apartándose del escritorio.

Alexandra se sentó a su lado y cruzó las piernas. Su traje de chaqueta y pantalón resaltaba su figura. En los últimos meses había bajado de peso, pero una temporada en Baltimore, en la casa de su madre, y recuperaría los tres kilos perdidos.

—Oficialmente, solamente se ha producido un asesinato.

—El de la congresista Mary Faletti.

—Exacto, pero...

—Tú crees que puede tener relación con la muerte repentina del congresista Dan Preston. ¿No es así?

—Bueno, los dos hechos se han producido en apenas dos días.

—Pero no parece que tengan nada que ver entre sí —dijo John.

—Aparentemente. Pero no era eso lo que quería comentarte. ¿Podrías dar un repaso a los últimos ataques que ha sufrido el Capitolio, para encontrar modelos de actuación terrorista? —preguntó Alexandra.

John se levantó las lentes y las colocó sobre su amplia frente. Cerró los ojos para concentrarse y comenzó a enumerar:

—El Capitolio apenas ha tenido seis momentos de peligro extremo, en los 180 años de existencia del USCP. El primero de los ataques fue el 2 de julio de 1915, en plena I Guerra Mundial, cuando Frank Holt, un profesor alemán que se oponía al apoyo velado de los Estados Unidos a Inglaterra, explosionó una bomba en la sala de recepción del Senado. El terrorista alemán logró escapar con vida y a la mañana siguiente trató de asesinar a J. P. Morgan junior, hijo del famoso financiero, en su casa de Long Island. Poco después escribió una carta al *Washington Evening Star*. En ella hablaba de la bomba detonada y advertía que tan solo era la forma de hacer el ruido suficiente para ser oído por encima de las voces que clamaban por la guerra.

—Un terrorista muy peculiar —comentó Alexandra.

—Más peculiares fueron otros atentados, como el ocurrido en el año 1954, cuando un grupo de nacionalistas puertorriqueños abrieron fuego contra los miembros del Congreso en la galería de visitantes. Diecisiete años después, el 1 de marzo de 1971, una bomba explosionó en la planta baja del Capitolio, colocada por el grupo terrorista denominado Nueva Izquierda. Al parecer querían protestar por la intervención de los Estados Unidos en Laos.

—Pero, ¿no ha habido ninguno reciente?

—El 7 de noviembre de 1983, un grupo llamado la Unidad de Resistencia Armada reivindicó la autoría de la explosión de una bomba que detonó en el vestíbulo, a las puertas de la oficina del líder minoritario⁴, el senador Robert Byrd. Seis miembros del Comité Anti Klan John Brown⁵ fueron acusados de perpetrar el atentado. En el año 1990 tres miembros de la Unidad de Resistencia Armada fueron condenados por el atentado, en respuesta a la invasión de la Isla de Granada.

⁴ Un pequeño grupo de senadores y congresistas que controlan o lideran a sus respectivos grupos parlamentarios. De esta forma se aseguran la disciplina de voto de sus miembros.

⁵ Asociación creada para luchar contra el Ku Klux Klan.

—En todos hay un móvil político —dijo Alexandra.

—Los terroristas siempre tienen un móvil político.

—Pero también los hay que tienen un móvil religioso —apuntó ella.

—En el fondo es lo mismo, ¿no crees?

—Según parece los atentados han ido multiplicándose en los últimos años —dijo Alexandra.

—Es cierto. En la primera mitad del siglo xx solo hubo un atentado, el de 1915. Pero en la segunda mitad del siglo, ha habido cinco.

—El quinto es el de...

—Sí, Alexandra. El 22 de junio de 1999, al poco tiempo de tu incorporación a la policía del Capitolio, cuando Sam Wellington irrumpió en el Capitolio y abrió fuego, matando a dos agentes de la policía. Uno de ellos tu marido, Bobby Kolbe.

Alexandra no pudo evitar un gesto de dolor. La simple mención del nombre de Bobby derribaba las defensas que le había costado trece años levantar. No se había vuelto a casar. El duelo, sus problemas con el juego y la depresión la habían acompañado la mayor parte de su vida. A sus cuarenta años no había conocido muchos días felices.

—Ese fue el último atentado contra el Capitolio, ¿verdad? —preguntó Alexandra.

—El último que logró su objetivo, pero no debemos olvidar lo que sucedió el 11 de septiembre de 2001. Muchos creen que el objetivo del vuelo 93 de United Airlines, antes de estrellarse en el condado de Somerset, en Pensilvania, después de que los pasajeros intentaran tomar el control del avión de manos de los secuestradores, era el Capitolio. Por eso, desde aquello, las medidas de seguridad del Capitolio han sufrido un cambio espectacular —dijo John.

—Esa es la razón por la que no ha habido incidentes significativos desde entonces.

—Bueno, está lo que pasó el 9 de junio de 2004, mientras se celebraban las exequias por el ex presidente Ronald Reagan. El avión que transportaba al Gobernador de Kentucky, Ernie Fletcher, perdió el control y causó una alarma de seguridad. Tuvo que evacuarse el Capitolio, mientras el avión sobrevolaba el espacio aéreo restringido —comentó John. Después abrió el cajón de su escritorio y extrajo un plano del Capitolio y sus alrededores.

—¿Esos son los nuevos planos? —preguntó Alexandra extrañada. Muy pocos tenían acceso a ellos.

—Se han instalado puestos de control para supervisar los vehículos en lugares específicos en torno a Capitol Hill y se ha cerrado un tramo de una

calle para impedir los coches bomba. En la zona que va de este a oeste, en la avenida de la Constitución y la avenida de la Independencia, se han colocado barricadas para ser usadas en caso de emergencia. Los camiones de más tonelaje son interceptados por la policía del Capitolio y tienen instrucciones de utilizar otras rutas. En los puestos de control en las calles transversales más cortas, las barreras suelen mantenerse en estado permanente de emergencia, y solo a los vehículos con permisos especiales se les permite el paso —dijo John.

—¿Crees que eso será suficiente para parar a los terroristas?

—Supuestamente debería serlo, pero han muerto dos personas dentro del edificio y nadie ha podido impedirlo.

—¿Qué medidas de seguridad se toman con los visitantes? Cada día pasan más de veinte mil personas desconocidas por el Capitolio —dijo Alexandra volviendo a mirar el mapa.

—Todos los visitantes del Capitolio son escaneados por un magnetómetro, para detectar armas de fuego, y todos los artículos que los visitantes llevan son controlados por una placa de rayos x. En el Capitolio están prohibidas las armas, los aparatos de grabación, las bolsas, latas, botellas, cremas, perfumes, cochecitos, alimentos, bebidas y cuchillos. Además, las estructuras que van desde decenas de barreras y cientos de bolardos ornamentales se han colocado para obstruir el camino de cualquier vehículo que pudiera apartarse de los caminos designados.

—Todo eso está muy bien, pero ¿no se acercan vehículos al Capitolio para descargar todo tipo de productos? Material de oficina, agua, refrescos, comida, libros...

—Claro, tienen que estar autorizados, pero no es imposible falsificar un pase. No olvides el caso del 99: un hombre entró armado y abrió fuego dentro del edificio. Un tipo al parecer corriente, o eso nos han querido hacer creer —comentó John arqueando las cejas.

—No comiences otra vez con tus conspiraciones, Sam Wellington era un pobre diablo que...

—Es un pobre diablo, sigue en la institución mental penitenciaria federal de Butner, en Carolina del Norte.

—Un lunático —dijo Alexandra con un gesto de desprecio.

—Llevo diez años estudiando a ese tipo y no parecía tan lunático cuando planeó su crimen. Un loco no logra burlar toda la seguridad del Capitolio.

—Entonces, ¿por qué iba a entrar y matar a dos agentes?

—Decía que el Gobierno quería matarle.

—¿Cuántos locos afirman eso con total seguridad?

—Pero Sam Wellington tiene algo especial. Durante un tiempo fue candidato demócrata por el estado de Nueva York, educado en Yale, de una de las familias más importantes del país.

—Los ricos no están exentos de la locura.

—Además dijo algo cuando le detuvieron. Una misteriosa frase que hasta ahora nadie ha podido entender.

—¿Qué frase? —preguntó Alexandra, mostrando interés por primera vez en aquel loco.

—*Alea iacta est.* «La suerte está echada.»

Alexandra lo miró fijamente a los ojos y no pudo evitar que se le escapase una pequeña exclamación de asombro.

Washington, 23 de octubre de 2022
12.15. Hotel Lincoln.

El gran vestíbulo del hotel estaba repleto de turistas. A pesar del otoño frío de Washington algunos se empeñaban en llevar amplias bermudas floreadas y a cuadros. No faltaban los gorritos de pescador, las sudaderas, las mochilas y todo tipo de artilugios para recorrer a pie los interminables parques de la capital, plagados de monumentos.

Ana Gómez odiaba aquella marabunta de palurdos obesos, chillones y maleducados que pateaban la ciudad como si de un ejército bárbaro se tratara. Le recordaba demasiado a su familia. A los suburbios de una capital provinciana, vetusta y aburrida. Para muchos, la visita a Washington constituía un acto casi religioso, pensó Ana. Como los fieles musulmanes, todo buen americano debía realizar una vez en la vida el viaje a su Meca particular. Disneylandia y la Capital Federal eran las dos visitas obligadas de cualquier patriota y muchos turistas apenas sabían ver la diferencia entre los dos parques de atracciones. Otros muchos venían a honrar a sus familiares caídos en las numerosas guerras en las que los Estados Unidos habían luchado desde su fundación.

La periodista miró en recepción pero no vio a su confidente, después se dirigió a los sillones y, en medio de dos gigantescas bolas de sebo, con pantalones cortos y piernas rosadas, vio a su «Garganta Profunda». Un hombre pequeño con gafas, traje y un maletín, que miraba el reloj sin parar.

La periodista se acercó contoneando sus caderas. Algunos las habían comparado con las de Jennifer López, pero la antigua actriz ahora era una mujer gruesa a la que muchos llamaban «Shelley Winters».

—Señor...

—Prefiero que mi nombre no salga en los periódicos —dijo el hombre levantándose mientras aferraba su maletín.

—Tendré que llamarle de alguna manera. Además, yo soy presentadora de informativos, no una vulgar redactora del *Post* —bromeó Ana.

—Pues llámeme «el mago» —dijo el hombre rascándose la cabeza.

—¿«El mago»? No le parece...

—Será mejor que vayamos a un sitio más discreto.

Los dos abandonaron el vestíbulo del hotel y se dirigieron por la calle D hasta el parque Folger. El hombrecillo escogió un sucio banco y esperó para hablar hasta que la periodista se sentó junto a él. Hacían una extraña pareja. Ella vestida con traje ceñido, el pelo largo de color rubio y el bolso de diseño, él con su traje barato, su maletín desgastado y con cara de funcionario aburrido.

—Lo que tengo que decirle es información confidencial.

—Eso espero —contestó Ana.

—Hay una investigación abierta. Se cree que al menos tres miembros del Capitolio entre senadores y congresistas han sido asesinados.

—¿Tres? ¿Cuál es el tercero?

—En esta carpeta tengo los nombres, datos confidenciales y parte de la investigación del USCP.

—¿Cuánto quiere?

—Yo no hago esto por dinero —dijo el hombre, enfadado. Su pequeño bigote pelirrojo se movió nerviosamente.

—Entonces, ¿por qué lo hace? —preguntó Ana con una sonrisa sarcástica.

—Lo hago por mi país. Alguien está tratando de echar tierra sobre este asunto y algo huele muy mal —contestó enigmático.

—Entonces me puedo llevar la información —dijo Ana tirando de la carpeta de cartón.

El hombre la aferró con fuerza y al final logró que ella la soltara.

—Señorita, la información es gratuita, pero mi seguridad no. Dándole esto me estoy jugando mi puesto. ¿Qué haré si pierdo mi empleo?

Ana se puso en pie e hizo amago de marcharse.

—No será mucho, señorita. Cien de los grandes.

—¿Qué? ¿Se ha vuelto loco?

—Si lo quiere, ese es el precio. Otras cadenas estarán deseando tener la exclusiva.

—No le voy a pagar cien de los grandes por una carpeta raída que no sé lo que contiene —dijo Ana con el ceño fruncido.

—Cincuenta, no puede darme menos.

—De acuerdo, pero no llevo tanto dinero encima y primero tendré que ojear un poco la información.

El hombre le cedió la carpeta y se volvieron a sentar. Ana pasó unos minutos ojear los documentos hasta que el hombre cerró la carpeta

bruscamente.

—Es suficiente. ¿Cuándo me traerá el dinero?

—Espero conseguirlo en un par de días.

—No puedo esperar tanto.

—Pues intentaré reunir el dinero para mañana —dijo la mujer.

—¿Nos vemos en este mismo lugar?

—A la misma hora. Tengo que dejarle, me esperan en la cadena.

—Prefiero el dinero en billetes pequeños sin numerar.

—Creo que ha visto demasiada televisión —bromeó Ana mientras se dirigía a la calle en busca de un taxi.

Un hombre realizó varias fotos desde el otro lado de la calle y se introdujo rápidamente en un vehículo. Cuando las revisó dentro del coche concluyó que no era la mejor foto que le habían hecho a Ana Gómez, pero era suficiente para que la identificaran en un par de horas. La fotografía del carné de conducir de la mujer, con su cara redonda, de ojos negros y pelo moreno, no tenía nada que ver con la presentadora de éxito que acababa de salir a toda prisa para su programa de informativos. Aquella foto serviría.

Washington, 23 de octubre de 2022
12.30. Aeropuerto Ronald Reagan.

Nizar Haidar pasó todos los controles gracias a su visado especial de seguridad. El ser un invitado del Gobierno norteamericano le franqueaba todas las entradas a Estados Unidos de par en par.

Cargado con su pequeña maleta atravesó las puertas mecánicas y se encaminó por el pasillo hasta la zona de taxis. No sabía si alguien le esperaba en el aeropuerto o debía dirigirse directamente al hotel. Miró para un lado y para el otro, pero no vio a ningún posible agente del Gobierno que le estuviera esperando. Hasta que una mujer se paró enfrente y muy seria le extendió la mano.

—¿Es usted el señor Nizar Haidar? Le he reconocido por la foto que nos mandó su Ministerio. Mi nombre es agente especial Alexandra Kolbe.

El hombre miró la mano de la mujer. Después extendió la suya y ella le dio un fuerte apretón.

—Espero que su viaje haya sido cómodo.

—Son muchas horas, pero por lo menos se ha cumplido el horario previsto —dijo Nizar sonriente.

—Eso es decir mucho de las Aerolíneas Sirias.

—Ahora mismo toda Siria está patas arriba. Llevamos dos años de ocupación... —El hombre miró a la mujer, nervioso, y añadió—: Quiero decir... liberados.

—No se preocupe por mí. No me interesa la política, si usted hubiera visto lo que yo por las cámaras de seguridad del Capitolio, tampoco creería en ella.

—Después de cuarenta y siete años con el mismo partido en el gobierno, comprenderá que yo tampoco crea en la política.

—Pero ahora tendrán elecciones libres —dijo Alexandra.

—Más bien son elecciones sectarias. Todo el mundo ha creado un partido, los palestinos, los drusos, los chiítas, los turcos. Una verdadera torre de Babel.

—Bueno, será mejor que dejemos de hablar de política. Estará cansado. He dejado el coche en la entrada. Una de las pequeñas ventajas de ser agente de la ley.

Los dos se dirigieron a la salida y subieron al pequeño Honda de Alexandra. En cuanto Nizar estuvo sentado, la mujer pisó el acelerador dejando que las ruedas traseras chirriasen con toda su fuerza. El hombre se apresuró a colocarse el cinturón de seguridad para sujetarse a la silla.

—No se preocupe, en quince minutos estaremos en su hotel. Hay que cruzar el río, su hotel está muy cerca del Capitolio —dijo Alexandra sonriente al ver la cara aterrorizada de su acompañante.

—No hay prisa.

—Yo sí tengo prisa, esta tarde tengo que viajar a Carolina del Norte para ver a un amigo. Nada oficial. Pero usted no comenzará su curso hasta mañana. Ha llegado en mal momento. Estoy siguiendo un caso de vital importancia.

—Espero no ser un estorbo.

—No se preocupe. Tengo una montaña de papeles que usted tendrá que poner en orden, un psicólogo con el que se lo pasará muy bien y un par de libros para que los memorice. Ah, se me olvidaba, bienvenido a Washington: esta infecta tierra pantanosa, llena de serpientes con traje y maletín.

Carolina del Norte, 23 de octubre de 2022

18.00. Institución mental penitenciaria federal de Butner.

Alexandra nunca había estado en la institución, aunque había oído hablar de ella. Su aspecto no tenía nada que ver con el de las antiguas instituciones psiquiátricas de aspecto victoriano, rodeadas de árboles secos y con aspecto inquietante. Esta era un moderno centro de hormigón, compuesto por tres pabellones de internamiento en forma de uve, talleres, comedor, oficinas y un gran aparcamiento exterior. En la institución había famosos terroristas, estafadores y espías.

Alexandra aparcó y caminó hasta la entrada principal. Había llamado aquella misma mañana después de su conversación con el viejo John y le habían concedido una visita breve. No era la primera vez que oía su teoría de que Sam Wellington no estaba loco, aunque a algunos les hubiera interesado que lo tomaran por tal.

Los guardias de la entrada la llevaron hasta una pequeña sala, que parecía más la consulta de un dentista que la sala de espera de una prisión de alta seguridad. Unos minutos más tarde, la doctora Thompson irrumpió en la sala con su extravagante peinado de rastas y su voluminoso cuerpo negro envuelto en una descuidada bata blanca.

—Agente, disculpe la espera, pero aquí siempre hay algo que hacer. Los presos son como niños grandes, la mayoría demandan mucha atención —dijo la psiquiatra.

—No se preocupe, buena parte de mi trabajo consiste en esperar —bromeó Alexandra.

—Entiendo. Ha venido por el famoso caso de 1999, el de Sam Wellington.

—Sí.

—Sígame, le mostraré algo.

La psiquiatra atravesó la puerta y comenzó a moverse pesadamente por el pasillo. Alexandra caminaba unos pasos por detrás. Después de un buen rato llegaron a un inmenso patio sin árboles y se dirigieron al pabellón central.

—Los deficientes están en este. Si nuestro país no tuviera tantas armas, no habría tantos enfermos encerrados. Cualquiera puede comprar una pistola y tipos inofensivos se convierten en asesinos peligrosos. Esto no se puede decir

en un juicio delante de la familia de la víctima, pero el Estado tiene la culpa de la mitad de los asesinatos que se cometen cada año. Con mejorar el control sobre las licencias de armas, se evitarían muchas muertes.

—Podrían comprarlas en el mercado negro.

—¿Gente enferma y sin muchos recursos comprando armas a los traficantes?

—Bueno, ese no es el caso de Sam Wellington.

—No, su caso no es muy corriente —dijo la doctora parándose en medio del patio.

—¿Por qué dice eso?

—Le diagnosticaron esquizofrenia paranoide. Al principio tan solo hablaba de una conspiración para matarlo y tenía una verdadera obsesión con el presidente. Quería hablar con él a toda costa.

—¿El presidente?

—Sí, en ese momento estaba el presidente Clinton. Fue justo cuando todo ese escándalo de la felación.

—Me acuerdo, yo trabajaba en la Casa Blanca en ese momento.

La doctora miró a Alexandra de arriba abajo.

—Era becaria, ¿como Mónica Lewinsky? —dijo la doctora con cierta ironía.

—Mónica buscaba fama, yo tan solo dedicarme a la política.

—Bueno, el caso es que Sam aducía un complot, una especie de intento de matar al presidente. La CIA lo investigó en ese momento pero no encontró ninguna prueba que demostrara nada. Los antecedentes de Sam no lo ayudaron. Había estado bajo tratamiento en varias ocasiones y había ingresado voluntariamente en una institución psiquiátrica en Maryland.

—Un loco típico.

—No nos gusta llamarles locos. Son enfermos psiquiátricos.

—Llámelo como quiera, doctora Thompson, pero ese hombre asesinó a sangre fría a dos policías del Capitolio e hirió a varios turistas.

—Conozco la historia, la he leído en los periódicos, en los informes policiales y la he escuchado de boca del propio Sam. Pero hay cosas que no encajan.

La doctora caminó hasta la puerta del pabellón y esta se abrió con un ruido metálico. Caminaron por un largo pasillo hasta una sala y se sentaron en una mesa fijada al suelo.

—Vi el funeral por la televisión. Bill Clinton rindió tributo a los policías muertos en acto de servicio y reiteró su convencimiento de que, a pesar de la tragedia, las puertas del Capitolio, «símbolo de la democracia americana, deben seguir abiertas para que el pueblo pueda deambular libremente por lo que los ciudadanos consideran su casa». ¿No le parece bonito? —ironizó la doctora.

—Los políticos son capaces de cualquier cosa por agradar a la gente.

—La policía identificó al pistolero como Sam Wellington, un varón pelirrojo de cuarenta y tres años, natural de una pequeña localidad de Maryland, conocido por sus vecinos por el apodo Cold⁶, debido a su aparente frialdad con la gente. La identificación no fue difícil. Cold estaba fichado por el servicio secreto de la Casa Blanca, encargado de la protección presidencial, por haber amenazado repetida y públicamente en el pasado a Clinton y haberse declarado partidario de destruir el poder del Gobierno federal. ¿No es irónico? Un tipo que se presentó a las elecciones de gobernador —leyó la mujer en su pequeña agenda electrónica.

⁶ Frío.

—Pero eso no es cierto. Aquel hombre intentó advertir al presidente, no amenazarlo —apuntó Alexandra.

—El servicio secreto lo tenía calificado de riesgo menor y había encargado una investigación rutinaria de sus actividades tanto en su localidad natal como en otro pueblo del estado de Oregón, donde tenía un pequeño rancho. Según algunos de sus vecinos, Cold, que estuvo internado en un psiquiátrico en 1996, constituía un verdadero caso de paranoia. Su vecino más próximo, un granjero retirado, manifestó que Wellington se consideraba como objetivo de persecución por parte de los agentes federales y que creía que todas sus conversaciones eran escuchadas a través de las antenas parabólicas de sus vecinos. «Intenté convencerle de que nadie le perseguía ni le vigilaba», escuché que decía un vecino suyo por la televisión.

—Eso es muy común entre los enfermos paranoicos —dijo Alexandra.

—Parece un caso de manual. A principios de aquella semana, Cold abandonó su pueblo natal de Maryland armado con un viejo Smith & Wesson del calibre 38 propiedad de su padre, y se dirigió a Washington, fuente de todos los males que afligen a los Estados Unidos para muchos de los paranoicos. Su blanco era perfecto: el Congreso de la nación, símbolo del poder popular, visitado a diario por unas decenas de miles de personas, entre

turistas nacionales y extranjeros. Además, el viernes, tanto la Cámara baja como el Senado celebraban uno de los últimos plenos antes de las vacaciones estivales. Cold entró por la llamada puerta de documentos de la planta baja de la Cámara de Representantes. Un agente uniformado de los mil doscientos noventa y cinco miembros de la policía del Congreso le pidió que pasara por el detector de metales. La respuesta de Cold fue un disparo contra el agente John J. Faletti, que lo derribó. Faletti, un veterano de Vietnam, realizó un disparo desde el suelo y alcanzó a Cold, aparentemente en una pierna.

—¿Tiene que relatarme los hechos? Los conozco perfectamente —dijo Alexandra sin poder evitar la angustia que le producían.

—Es necesario. Hay cosas que no encajan en la descripción oficial. El pistolero salió corriendo hacia los despachos privados de los diputados, hasta que se paró delante de la oficina del portavoz adjunto demócrata en la Cámara, Du Bellay. Al escuchar los disparos, el escolta de Du Bellay, Bob Kolbe, intentó salir al pasillo y, en ese momento, Cold abrió la puerta del despacho, pistola en mano. En el intercambio de disparos subsiguiente, ambos hombres cayeron al suelo. No hubo tiempo para más. Una docena de policías armados se precipitaron en el despacho e inmovilizaron al pistolero apuntándole directamente con sus armas a la cabeza.

—¿Ha terminado? —preguntó Alexandra enfurecida.

—Veo que este caso la afecta especialmente. ¿Era familiar de una de las víctimas?

—¿Qué importa eso? He venido por otro caso. Mis relaciones personales son eso, personales.

—Bueno, solo añadiré que los agentes fallecieron poco después de su ingreso en un centro sanitario. Cold debe su vida al senador Bill Fine, un cardiólogo de profesión, que le practicó una reanimación cardiopulmonar en la ambulancia camino del hospital, donde fue sometido a una operación de cuatro horas. Su estado crítico mejoró y lleva ya más de una década con nosotros. Una turista fue herida en el tiroteo —dijo la doctora.

—Pero antes aseguró que había algo extraño en el caso de Cold —preguntó Alexandra.

La psiquiatra bajó la mirada como si estuviera pensando. Después, sacó una nueva carpeta y comenzó a narrar las conversaciones con su paciente.

—Cuando Cold se recuperó en el hospital seguía afirmando que su intención era proteger al presidente de un grave peligro. Según él, un

miembro de la Cámara estaba loco y quería asesinarlo. No parece muy paranoico. Los enfermos paranoicos suelen defenderse ellos mismos, pero en raras ocasiones actúan a favor de alguien.

—Entiendo.

—Un mes más tarde cambió su discurso. Dejó de ser coherente y comenzó a hablar de caníbales extraterrestres que querían gobernar el mundo. Él mismo se identificó como un clon extraterrestre y el presidente, según él, era otro caníbal.

—¿Caníbales extraterrestres? —preguntó Alexandra con un gesto de sorpresa.

—Sí, eso afirmó en los interrogatorios.

—Entonces, estaba loco de verdad.

—Puede que ocultara en parte su paranoia, pero lo que yo creo es que se sintió en peligro y se hizo pasar por loco —dijo la doctora.

—¿En peligro?

—Él sigue pensando que alguien quiere asesinarlo. Aquí se siente seguro, pero en los últimos días su estado de ánimo ha cambiado y está alterado.

—¿En qué sentido ha cambiado?

La doctora meditó unos instantes y le pasó un informe a Alexandra.

—Se puso muy violento, gritaba algo extraño en latín.

—¿*Alea iacta est*?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—¿Puedo ver al paciente? —preguntó Alexandra.

—Está algo alterado, pero lo hemos sedado. Puede que no reaccione a sus preguntas.

—Me arriesgaré.

La doctora apretó un botón y una puerta metálica se abrió. Dos funcionarios trajeron a Sam Wellington. Lo llevaban a rastras, y tenía el pelo largo y pelirrojo cubriéndole la cara. Le sentaron en una silla y lo sujetaron para que no se tambaleara.

—El señor Sam Wellington.

La policía miró por primera vez a la cara del asesino de su marido. Apretó los dientes e intentó controlar la respiración. Le hubiera matado allí mismo sin sentir el más mínimo remordimiento, pero algo le decía que había un misterio en aquella cara hinchada de ojos verdosos, y ella iba a descubrir qué era.

Washington, 23 de octubre de 2022
20.00. Hotel Nacional.

Nizar tomó el teléfono y marcó el número de casa. Llevaba algo más de dieciocho horas alejado de su familia y ya les echaba de menos. El hecho de saber que ya no volvería, que en unos días desataría el mayor atentado realizado del Capitolio en toda la historia, le mantenía en un estado de estrés constante.

El teléfono sonó un par de veces antes de que su mujer respondiera. A esa hora estaban despertándose los niños para ir a la escuela, pero ella le había pedido que la llamara en cuanto pudiera.

—Amada, ya estoy en Washington. No me meteré en líos, no te preocupes. ¿Desde cuándo yo me meto en líos? Está bien. Yo también. Un beso. Adiós.

Después de colgar no pudo evitar romper a llorar como un niño. Durante la breve conversación había intentado disimular su miedo y su rabia, pero en la soledad de su habitación no pudo contener las emociones reprimidas durante días.

Se tumbó en la cama y con la mirada fija en el techo intentó dejar la mente en blanco, pero las amenazas de sus antiguos compañeros de los Hermanos del Islam no le dejaban descansar.

Un ruido suave en el pasillo le alertó.

—Sí —dijo acercándose a la puerta.

—Abre —dijo alguien en árabe.

Cuando Nizar abrió la puerta, se encontró de frente con dos hombres de aspecto árabe, pero vestidos con un elegante traje de diseño.

—No pongas esa cara —dijo el más alto.

—Pasen.

—Hemos venido hasta aquí para recordarte tu compromiso con los Hermanos y para advertirte de lo que le ocurrirá a tu familia si nos traicionas.

Nizar caminó de espaldas y se sentó de golpe en la cama.

—En unos días te facilitaremos el material. No te preocupes, no será una bomba. La detectarían enseguida y podrían desactivarla. No pasarías ni el primer control.

—¿Entonces? —preguntó Nizar confundido.

—Será un arma bacteriológica, pero ya te explicaremos cómo debes usarla cuando volvamos a verte. Esta es tan solo una visita de cortesía, para darte la bienvenida a la tierra de la libertad —dijo el árabe con una sonrisa sarcástica.

Los dos hombres se echaron a reír y Nizar los miró asustado.

—No te olvides. Dentro de cinco días será la última sesión antes de las elecciones. Estarán todos los dirigentes de este maldito país reunidos. Cuando mueran y contagien a toda la ciudad de Washington, Estados Unidos caerá en la anarquía y entonces atacaremos.

Washington, 23 de octubre de 2022
22.30. Calle 18, distrito de Columbia, Virginia.

No le gustaba cenar tan tarde, pero después de los informativos de la noche era imposible atravesar la ciudad y llegar a casa a una hora decente. Normalmente se ponía su cómodo pijama de seda y comía viendo la televisión, pero aquella noche su novio había quedado en ir a verla y Ana quería esperarle para cenar.

Mike llegaba tarde aquella noche. Intentó mantenerse despierta, pero la tensión del día comenzaba a pesar sobre sus párpados.

El director del programa había accedido al pago de la exclusiva, pero seguía tratándola como una cara bonita ante la cámara. Aunque eso a ella no le importaba, al menos si le servía para alcanzar su objetivo.

Se levantó del sofá y se dirigió hasta la ventana. Observó la calle desierta, el ruido de las sirenas de policía al fondo y las gotas de lluvia que velaban el paisaje nocturno. Después, sin poder aguantar más, se dirigió al frigorífico, sacó una *pizza* precocinada y la introdujo en el microondas.

Se quedó con la mente en blanco, hasta que el pitido del microondas la despertó.

—Mierda —dijo asustada.

Sacó la *pizza* y se quemó la punta de los dedos. Se chupó la mano y con una cerveza se dirigió hacia el sofá. No había comenzado a dar el primer bocado, cuando la puerta de la entrada chirrió. Su perro se puso tenso y comenzó a ladrar.

—¿Mike? Llegas tarde. Estaba a punto de cenar sin ti. ¿Te preparo otra *pizza*?

La voz de Ana rebotó en el ambiente e, inquieta, dejó la comida en la mesita. El perro parecía realmente alterado.

—¿Mike? No vas a asustarme como esta mañana. Será mejor que dejes de hacer el tonto. No estoy de humor, ha sido un día agotador.

Pero estaba comenzando a sentirse nerviosa. Aquel silencio la aterraba. Intentó pensar con claridad. El teléfono estaba en la cocina. Esos malditos teléfonos inalámbricos nunca se encontraban donde uno los necesitaba. El móvil seguía en su bolso y el botón de su alarma en la entrada. Optó por estar

muy quieta para poder escuchar al intruso.

En uno de los reportajes que había hecho en Nuevo México, le habían explicado que en caso de peligro era mejor mantener la calma, sopesar las acciones a tomar y elegir la más acertada.

Si abría con cuidado la puerta acristalada del salón y se deslizaba por el jardín hasta la casa de su vecino, podría pedir ayuda. No debía apresurarse, el extraño no debía darse cuenta de su huida hasta que estuviera lejos.

Caminó con pasos cortos sobre la moqueta, pero justo cuando abrió la puerta acristalada vio una figura moverse hacia ella. Golpeó con fuerza la puerta y corrió con los pies descalzos por el césped empapado. Un par de veces estuvo a punto de perder el equilibrio, pero logró sortear la piscina y cuando iba a saltar la valla, un segundo hombre la cogió por el brazo. Afortunadamente la seda del pijama la hacía tan escurridiza como una anguila. Se lanzó sobre el seto y corrió hasta la parte trasera de la casa del vecino. Golpeó los cristales, pero todo estaba en calma.

—Mierda —susurró mientras daba la vuelta a la casa. No conocía a nadie más por la zona.

El tipo grandullón que intentó atraparla había saltado el seto y con pasos largos la siguió por el lateral de la casa. Cuando salió a la calle iluminada, observó el reflejo de la luz de las farolas en el asfalto. No había ni un alma. Un coche encendió las luces y la cegó por unos instantes. Ella se puso la mano tapándose los ojos. La lluvia comenzaba a calarle los huesos, el pelo empapado dejaba caer gotas por su cara. Respiró hondo. El coche se puso en marcha y ella corrió hacia él.

El hombre fornido salió a la acera y miró extrañado a la mujer. Se dirigía hacia el coche de su compañero como una trastornada.

Virginia, 23 de octubre de 2022
23.00. Autopista 81, Pensilvania.

La lluvia golpeaba con fuerza contra el parabrisas y Alexandra se esforzaba por mantener el volante enderezado. Superaba la velocidad permitida, pero eso no era problema para un agente de la ley. La verdad es que apenas atendía a la carretera. Sus pensamientos estaban todavía en la sala de visitas de la institución mental penitenciaria federal de Butner. Aquel pobre desecho humano en el que se había convertido Sam Wellington únicamente podía dar lástima.

Tardaron un rato en reanimarlo. El hombre bebió un par de vasos de agua y comenzó a mirarla como si nunca en su vida hubiera visto a una mujer. Su voz suave todavía le retumbaba en los oídos.

—Agente, no tengo nada más que añadir. Llevo trece años encerrado aquí. No me acuerdo de lo que hice.

—Ha estado alterado en los últimos días. ¿Por qué razón?

—¿Qué tiene que ver eso con lo que pasó en el Capitolio? —preguntó el hombre nervioso.

—Yo no lo he relacionado con el Capitolio.

El hombre miró a la psiquiatra y a los dos enfermeros.

—¿Pueden dejarnos a solas?

—Pero...

—Está atado y yo soy agente especial. Le puedo asegurar que he lidiado con tipos más duros que Sam.

—Está bien, pero dispone solo de veinte minutos.

Cuando los dos se quedaron solos, Sam pareció recuperar la confianza y se mostró más despierto.

—¿Por qué ha venido aquí después de tantos años?

—Dígamelo usted —dijo Alexandra, inclinándose hacia delante.

—¿Yo? Soy un pobre chiflado.

—¿Un chiflado? Conmigo no tiene que disimular. Se está cumpliendo lo que usted advirtió, alguien está asesinando a senadores y congresistas en el Capitolio.

—Pero, ¿no era yo el asesino?

—Sí, el alienígena caníbal.

—Exacto.

—Sam, lo que usted advirtió está sucediendo.

—No recuerdo nada —dijo Sam apoyándose en el respaldo.

—Claro, pero ¿qué me diría si le contara que hay tres muertos? En uno de ellos, por lo menos, ha aparecido una leyenda latina.

—¿Una leyenda latina? —preguntó el hombre, inclinándose hacia la mujer.

—La famosa frase de Julio César cuando cruzó el Rubicón.

—¡No es posible! —dijo Sam visiblemente alterado.

—Sí lo es.

—Mierda, mierda, mierda... —comenzó a repetir descontrolado mientras golpeaba la mesa metálica con las esposas.

—Usted puede impedirlo...

—¡No! —gritó Sam poniéndose en pie. Se lanzó sobre la mujer y la derribó. La rodeó con las esposas y comenzó a estrangularla.

—Sam... —dijo Alexandra con las manos en el cuello.

Dos fornidos enfermeros entraron corriendo en la sala y lo levantaron en volandas. El hombre no dejaba de gritar. Al principio ella no lo entendió, pero después se dio cuenta de que lo que repetía sin cesar era *Alea iacta est*.

Washington, 23 de octubre de 2022
23.00. Hotel Nacional.

Sentía como sus tripas comenzaban a sonar. Le sorprendía tener hambre en un momento como ese, pero lo único que había ingerido en las últimas horas era la comida del avión. Miró en el minibar y tomó una bolsa de patatas. Mientras las devoraba, decidió saltarse uno de los preceptos del Corán y abrió una de las pequeñas botellas de licor. Intentó que el miedo dejara paso a la euforia. Que el alcohol le devolviera algo de valor.

Podía denunciarlo todo a las autoridades norteamericanas. Seguramente ellos sacarían a su familia del país en menos de veinticuatro horas, pero si algo fallaba, ellos morirían. Además, los norteamericanos no podrían sacar también a sus hermanos, sus padres, sus primos. Si traicionaba a los Hermanos Musulmanes se pasarían la vida buscándolo a él y a su familia. Más tarde o más temprano los encontrarían y los eliminarían.

Bebió directamente de la botella y se asomó a la ventana del hotel. Las vistas no eran muy buenas. Enfrente había un edificio de oficinas, cerrado y apagado. Al final de la calle se divisaba la masa verde de parques próximos al Capitolio. Llovía. Intentó abrir la ventana, pero estaba bloqueada.

Entonces se dio cuenta. Si se suicidaba o se dejaba atrapar, su familia quedaba a salvo y él no sería el verdugo de miles o cientos de miles de personas.

Apuró la botella y se deslizó más tranquilo sobre la cama. Si lo obligaban sería un mártir, pero de su propia causa. La idea lo tranquilizó, sonrió mientras apoyaba sus manos detrás de la nuca y sin darse cuenta cayó en un profundo sueño.

Washington, 23 de octubre de 2022
22.35. Calle 18, distrito de Columbia, Virginia.

Ana corrió hacia el coche con todas sus fuerzas. Las ruedas del vehículo derraparon sobre el asfalto empapado y su perseguidor se lanzó sobre ella como una bala.

Quieren matarme, pensó. Esa certeza la hizo ser más astuta, si quería escapar con vida de esta, debía concentrarse al máximo.

El coche se acercaba a toda velocidad y ella seguía corriendo hacia él con todas sus fuerzas. Justo un segundo antes de que la embistiera, ella se lanzó sobre la acera y su pijama de seda se deslizó sin dificultad. El coche giró bruscamente intentando atropellarla, pero lo único que consiguió fue chocarse de frente contra una de las farolas de la calle.

El estruendo debe haber despertado a medio barrio, se dijo Ana, e intentó levantarse del suelo. Su cuerpo empapado y magullado tardó unos segundos en responder, pero en contra de lo que imaginaba, ni uno solo de sus vecinos asomó el hocico por la ventana. En Washington pasaban demasiadas cosas por la noche y nadie quería meterse en líos.

Ana se puso en pie y corrió por la calle encharcada. La lluvia le caía por la cara, cegándola. Sus lágrimas se mezclaban con las del cielo. Pensó en sus padres, no sabía por qué. Pero en aquella noche solitaria los echó de menos. Ahora era una niña asustada, aterrorizada, intentando salvar su vida.

No miró hacia atrás. Intentó correr como cada mañana, recuperar el control. Llegó a la calle principal y corrió junto a los coches en dirección a la comisaría. Hubo un momento en el que dejó de sentir la lluvia, la ropa pegajosa, los coches tocando el claxon al pasar a su lado, el suelo frío de octubre, pero por primera vez en mucho tiempo se sintió viva. Justo en el momento en que su vida pendía de un hilo. Ahora que sus lentillas azules estaban en un bote en el baño, que su pelo era un desastre, que parecía una loca vagabunda sin futuro.

Washington, 23 de octubre de 2022
23.59. Autopista 66, Virginia.

El limpiaparabrisas se movía rápidamente sobre el cristal. Las luces rojas de los coches centelleaban bajo la lluvia. Alexandra apoyó la cara sobre el volante. Los coches apenas avanzaban. Cuando llegó a la altura del accidente, un cuerpo cubierto con una manta térmica descansaba sobre el asfalto. Dos ambulancias y dos coches de policía resplandecían en el arcén.

Cuando apartó la mirada, la imagen de Bobby apareció de repente. Ella escuchó por la emisora el incidente en la puerta y corrió desde el ala este hasta el oeste del edificio. Tenía el corazón en un puño. Por alguna razón había intuido que algo malo le había ocurrido a Bobby.

Cuando llegó a la puerta y vio la sangre en el suelo, los heridos y a decenas de policías intentando poner algo de orden en aquel caos, no pudo evitar sentir pánico.

Llevaba apenas seis meses en el puesto de oficial del USCP. Había conocido a su marido mientras era becaria en la Casa Blanca y él uno de los guardaespaldas del presidente. Cuando él entró en el cuerpo, ella dejó su incipiente carrera política y optó a la policía del Capitolio. No quería pasarse la mitad de la vida sola, de ciudad en ciudad, ayudando a un candidato a ser elegido como presidente. De esa forma, los dos saldrían juntos del trabajo y llegarían juntos a casa. Una larga y feliz vida, hasta que la muerte los separase.

El cuerpo de Bobby estaba cubierto por una manta térmica. Sus zapatos eran la única parte visible de su cuerpo.

Ahora, casi catorce años más tarde, tenía que revivir todo ese dolor y toda esa rabia de nuevo.

Alexandra pisó el acelerador y el viejo Honda rugió en mitad de la lluvia. Al día siguiente tenía muchas visitas que realizar y encima tendría que hacer de niñera de ese funcionario sirio y del psicólogo que le habían asignado en el caso. Se secó las lágrimas con la manga y cruzó la ciudad dormida a toda velocidad, huyendo de sus propios temores.

Washington, 24 de octubre de 2022
9.00. Departamento de Policía Metropolitana,
distrito de Columbia.

Alexandra había leído el informe que su jefe le había pasado sobre la muerte del congresista y portavoz demócrata, Dan Preston. Se había saltado la parte biográfica, ya que la conocía mucho mejor que los servicios secretos. Eran amigos desde hacía más de veinte años, a pesar de que en los cinco últimos apenas se habían visto. La vertiginosa carrera política de Dan y la muerte del esposo de Alexandra les habían distanciado.

Dan Preston era incisivo, valiente y sarcástico, lo que en política suponía crearte muchos enemigos. Por si esto fuera poco, en los últimos años la crisis de la guerra en Siria había llevado a los dos partidos a sacar los trapos sucios y lanzarse todo tipo de insultos y acusaciones. Los atentados en el suburbano de Chicago y el vuelco político en las últimas elecciones habían roto el endeble equilibrio de turno de partido en el que se había convertido la democracia norteamericana y la crisis aumentaba día a día.

En los últimos meses habían circulado rumores sobre la participación del Gobierno en la venta de armas a Corea del Norte, los surcoreanos estaban a punto de retirar a su embajador y el Gobierno pasaba sus últimos días en el poder en una crisis permanente.

Dan Preston tuvo que lidiar como líder de la mayoría del partido primero y como portavoz del Gobierno después, con los ataques, insultos y agarradas de la oposición. Cualquiera podía odiar a Dan, pero ¿quién querría la muerte del congresista?

Alexandra atravesó las dependencias de la Policía Científica y preguntó por el despacho del inspector Charles Orange. Al parecer, Orange se había hecho cargo de la investigación criminal al descubrirse los restos de cicuta en la primera víctima, el líder de la minoría en la Cámara de Representantes, Edward Red. Seguro que no le gustaba mucho que el USCP se metiera en su investigación, pero el caso era de extrema gravedad al tratarse de congresistas del Capitolio y al haberse producido sus muertes dentro de un edificio oficial.

—¿Se puede? —preguntó Alexandra al entrar.

—Adelante —contestó una voz algo atildada.

A Alexandra le chocó el aspecto del inspector. Por sus rasgos era claramente de etnia hindú, el primer policía hindú que veía en su vida.

—Mi nombre es Alexandra Kolbe, agente especial de USCP.

—No se sorprenda, mi madre era hindú —dijo el inspector al ver la cara de la mujer.

—Disculpe mi curiosidad.

—Ya me han comunicado mis superiores su visita. Siéntese —dijo secamente el inspector de policía—. Usted dirá.

—Necesito que me informe acerca de las causas de la muerte de Dan Preston y de todo lo que sepa sobre Edward Red, la primera víctima.

—¿No ha leído los informes?

—No me venga con cuentos, señor Orange. Usted y yo sabemos que en los informes nunca se pone todo lo descubierto. Cuénteme lo que sabe pero no se ha atrevido a poner por escrito.

El inspector miró con una sonrisa a Alexandra y abrió uno de los cajones de su escritorio. Sacó un voluminoso manojó de folios algo desordenados y arrugados y los puso sobre la mesa. Lanzó una nueva mirada a la agente y con tono irónico le dijo:

—¿Y qué gano yo informándola de mis averiguaciones?

Alexandra le observó detenidamente. Sabía lo que era ver como tu trabajo se lo apuntaba la agencia estatal de turno.

—Ya lo sabe. Por el bien de su país, por la nación. No me venga con milongas, señor Orange.

—Está bien —dijo el oficial comenzando a pasarle papeles—. Observe la curiosa causa de la muerte de Dan Preston, porque imagino que sabrá la causa de la muerte de Edward Red...

—Sí, sé lo de los restos de veneno que encontraron en su organismo.

—Exacto.

—¿Qué más puede decirme sobre el congresista Preston?

—Me imagino que conoce los detalles básicos. Congresista demócrata republicano desde 1993, cincuenta y cinco años de edad, casado, natural de Dallas, gobernador...

—Todo eso ya lo sé, inspector.

—Tenía muchos enemigos, sobre todo políticos. Era un portavoz molesto, bronco y con fama de mujeriego. Investigamos todas las vías: venganza política, algún tipo de corrupción, infidelidad, pero nada. Todo nos llevaba a

la misma vía muerta.

—Entonces...

—Entonces di casualmente con algo inesperado.

—¿El qué?

—Los servicios secretos lo tenían vigilado.

—¿Qué servicios secretos?

—El FBI, cojones. ¿Quién iba a ser, el MOSSAD?

—Y, ¿por qué?

—Yo no puedo acceder a esos informes, pero un amigo del FBI me lo contó. Bueno, sabrá que hay investigaciones de rutina sobre periodistas relevantes, empresarios, algunos artistas y políticos. El Gobierno tiene que saber con quién se juega las cartas. No querrá que nos pase otra vez lo de *Enron*.⁷

⁷ Famosa empresa del sector de la energía estadounidense que se desplomó tras un caso de corrupción y desfalco por parte de algunos de sus ejecutivos.

Alexandra le miró con cara de pocos amigos. No le gustaba el trabajo sucio de algunos policías. El hombre dejó de sonreír y continuó con su relato.

—Mi amigo me ha informado de que en los últimos meses también se realizó un informe y una investigación de la congresista asesinada.

—No lo entiendo. Que el Ejecutivo investigue a la oposición sé que no es muy ético, pero lo han hecho todos los gobiernos democráticos, pero a sus propios congresistas... ¿Quién ordenó que se abriera la investigación?

—No he sido informado de eso —contestó el oficial cruzándose de brazos.

—¿Quién se hizo cargo de la investigación? —preguntó Alexandra irritada. Su jefe tenía que haber empezado por allí, que uno de la Científica le estuviera informando de las cosas que pasaban en el Capitolio era inadmisibile.

—Mi amigo me dijo que era altamente confidencial. Creo que tendrá que averiguarlo por su cuenta.

—¿Piensa que se trata de un asesino en serie?

—La verdad es que estoy confuso. Los asesinos en serie tienden a repetir su modus operandi, pero este ha matado de tres formas distintas: envenenamiento, estrangulamiento y por diapédesis.

—¿Diapédesis?

—Bueno, ¿es que no lee los informes? —refunfuñó el oficial.

—Tan solo cuando no hay nadie tan listo como usted para explicármelos.

El oficial sonrió a la agente mostrando su dentadura blanca. Se puso en pie y comenzó a caminar por el despacho.

—La diapédesis es una forma patogenética de hemorragia que se produce principalmente a nivel capilar, con menor participación de vénulas y aún menor de metarteriolas. La lesión endotelial o la alteración de la membrana basal producen un aumento de permeabilidad vascular de tal magnitud que permite el paso pasivo de los elementos hemáticos.

—Parece que está hablando en chino, señor Orange.

El inspector se apoyó en la mesa y con el ceño fruncido respondió a la arrogante agente.

—Pero, ¿ustedes no van a una academia o algo así para formarse?

—No, el USCP está compuesto por los mejores cerebros del país, pero somos autodidactas, ya me entiende, como Albert Einstein.

—Es una broma, ¿verdad?

—El USCP contacta con los estudiantes más brillantes y les ofrece servir a su país. ¿No le parece bonito?

—De veras, conmovedor.

—Pero claro, como el presupuesto no llega, tienen que echar mano de lo que hay. Cualquiera de esos cerebritos sabe que en una empresa privada en los Estados Unidos puede ganar hasta cinco veces más que siendo un agente.

—Entiendo. Usted era lo que había.

Alexandra se rió. Le divertía el simpático mal humor del policía.

—Tampoco se puede decir que en la policía de Washington esté la *jet set* del país, ¿verdad?

—Bueno, será mejor que prosiga —dijo el inspector, que se sentó de nuevo en su silla y continuó su charla—. La lesión endotelial puede consistir en diversas alteraciones paratróficas, en necrosis o desprendimiento del endotelio.

—Pero, ¿qué puede producir esas hemorragias?

—Los factores que con mayor frecuencia producen lesión endotelial con hemorragias capilares son la hipoxia y los tóxicos. Una patogenia similar tiene el componente hemorrágico de algunas inflamaciones. Un factor que altera la membrana basal es la avitaminosis C. También se encuentra una membrana basal alterada en las telangiectasias de angiodisplasias.

—Pero, ¿qué le produjo la diapédesis o hemorragia capilar?

—Eso es lo más increíble de todo. Al parecer se han encontrado restos de

veneno de la *bothrops asper*, la serpiente venenosa más peligrosa de centroamérica.

—¿Veneno de serpiente? —dijo Alexandra incrédula—. ¿A Dan Preston le mordió una serpiente?

—No se encontró mordedura alguna en el cuerpo. Posiblemente alguien se la inyectó. También encontramos restos de morfina —señaló el inspector.

—¿Saben si había ido al médico recientemente? ¿Tenía que inyectarse algún tipo de medicamento? —preguntó Alexandra

—Que sepamos, no.

—Tres muertos, tres formas de asesinar diferentes. Cada vez tengo más dudas de que se trate de un asesino en serie —dijo la mujer.

—Lo entiendo, pero entonces, ¿quién está matando congresistas en el Capitolio y delante de sus propias narices? —preguntó el inspector.

—Terroristas, algún ajuste de cuentas, sicarios...

—¿Terroristas? No es su modus operandi. La intención primera de un terrorista es sembrar el terror. Si no reivindica sus fechorías, ¿para qué hacerlas, no cree? Tampoco hemos encontrado relación alguna entre las víctimas. Ni si quiera pertenecían al mismo equipo de béisbol.

—¿Todos tenían la marca *Alea iacta est*? —preguntó Alexandra.

—En el primer informe del forense no aparecía nada sobre la marca, pero se ha exhumado el cuerpo de Edward Red y también tenía la marca.

—Parece que el asesino o asesinos no nos lo van a poner fácil —dijo Alexandra.

—Me temo que no, señorita Kolbe —contestó el inspector cruzándose de brazos.

Washington, 24 de octubre de 2022
10.00. Edificio del Capitolio.

El señor Salazar caminó por la cafetería hasta la mesa de Alexandra. Llevaba un traje de corte moderno, que resaltaba su cuerpo musculoso. Se acercó a la mesa y justo antes de hablar dedicó a la mujer la mejor de sus sonrisas.

—Agente Kolbe —dijo el psicólogo en tono aséptico.

—Señor Salazar —contestó Alexandra con indiferencia.

—¿Puedo sentarme? —preguntó señalando la silla vacía.

—No hay ninguna ley que lo impida.

—¿Siempre emplea ese tono sarcástico o lo hace solo conmigo? —dijo el psicólogo mientras se sentaba y dejaba su maletín en la otra silla.

El psicólogo miró al acompañante de Alexandra, un tipo de rasgos árabes que comía sin levantar la vista de la bandeja.

—¿No nos va a presentar? —preguntó el psicólogo.

—El señor Nizar Haidar, funcionario del Ministerio de Interior de Siria. El señor Salazar, psicólogo de Georgetown. Nadie sabe qué hace un chupatintas de Georgetown en el USCP.

—Encantado, gracias por la presentación —ironizó el psicólogo.

—No se crea tan importante. No doy trato de favor a nadie. Para mí, usted es un paquete. Y los paquetes pesados nadie los quiere cargar.

—Gracias por el cumplido —dijo el psicólogo mirando a Alexandra a través de las voluminosas gafas de sol. El psicólogo era consciente de lo incómodo que resultaba para ella aceptar a un novato, pero su comportamiento impertinente era inadmisibles.

Alexandra vio su reflejo en las gafas de sol. Apartó la mirada y comenzó a sorber su café frío.

—Hoy ha ido a ver al inspector de la Policía Científica, Charlie Orange —dijo en tono de reproche el psicólogo.

—Observo que tiene contactos en la policía —contestó indiferente Alexandra.

—No intente dejarme fuera de la investigación —dijo el psicólogo señalándola con el dedo—. Esto me gusta a mí tanto como a usted.

La agente le miró de nuevo y frunciendo el ceño le dijo:

—¡Mire, loquero, no me venga dando órdenes! ¡Usted está aquí para asesorarme en todo lo concerniente a los asesinos en serie, pero el resto de la investigación es cosa mía! ¡No puedo dejar que un novato torpe dé al traste con una investigación tan importante!

—¡No me grite! —dijo el psicólogo alzando la voz.

Algunas de las personas de las mesas cercanas se giraron para mirarles.

—El témpano de hielo tiene su corazoncito. ¿Es usted un niño bien? —Hizo una pausa para calibrar la reacción y después añadió—: No le pillo el acento y mira que he tratado con niñitos de papá.

—¿Niño de papá? Es usted una anticuada... Veo que el USCP elige a sus miembros entre lo mejorcito de la sociedad —dijo el psicólogo levantándose violentamente de la mesa.

—Tocada. Está bien. Tan solo quería liberar un poco de tensión —dijo Alexandra intentando bajar el tono de la discusión.

El hombre se lo pensó unos segundos pero volvió a sentarse en la silla.

—No sé si es consciente de la situación en la que nos encontramos. Estos cuatro años han sido muy difíciles. Desde que el actual Gobierno ganó y se produjo la invasión de Siria, la división política se ha incrementado notablemente. Si los grupos ultra de ambos partidos supieran que están muriendo congresistas de su bando, sabe Dios lo que podría suceder. El presidente se juega la reelección.

—Todo eso ya lo sé. Para su información, leo los periódicos todos los días.

—¿Cómo es que el USCP le ha contratado? —preguntó Alexandra al tiempo que llamaba al camarero—. ¿Quiere tomar algo?

—Una Coca-Cola, por favor —dijo el psicólogo dirigiéndose al camarero—. Estudié en Georgetown. Soy psicólogo especialista en psicopatías. El USCP quería crear un nuevo departamento de investigación criminal, pero tras los atentados de Chicago se recortó el presupuesto y me han tenido de un lado para otro hasta ahora.

—No puede ser que lleve seis meses en el departamento y no nos hayamos visto.

—He estado trabajando de oficinista. La única ventaja que he obtenido de todo esto es que el USCP me ha pagado todos los cursos y conferencias relacionadas con el estudio de los asesinos en serie. Si este caso sale bien, el USCP volverá a pedir que se cree el departamento criminal. Cosa que no le hace ninguna gracia ni a la Policía Científica ni al FBI, que podrían perder

parcelas de poder si el Gobierno da el visto bueno.

—Entiendo. Después de lo sucedido con Sam Wellington y ahora, con este nuevo caso, la agencia quiere aprovechar para obtener un buen pellizco de la ASN⁸. Si cogemos al asesino, la Agencia sube de categoría y se come el pastel de dentro, como se come ya el de fuera de nuestras fronteras.

⁸ La Agencia de Seguridad Nacional (NSA en inglés: *National Security Agency*), es una agencia del Gobierno de los Estados Unidos responsable de obtener y analizar información transmitida por cualquier medio de comunicación, y de garantizar la seguridad de las comunicaciones del Gobierno contra otras agencias similares de otros países. Fue creada por el presidente Truman y tiene más de cincuenta años. Su papel ha ido adquiriendo más importancia a medida que los medios de comunicación se desarrollaban. Su página web: <http://www.nsa.gov/home.cfm>.

—Algo así.

El camarero sirvió la Coca-Cola y Alexandra miró a través del cristal a las calles frías de finales de octubre. Haidar había permanecido en silencio todo el rato, como si no estuviera escuchando la conversación. Unos operarios se afanaban por quitar los malditos grafiti de la base de un monumento. En los últimos doce meses la ciudad había recuperado algo de su ritmo frenético habitual. Las obras de protección del Capitolio habían terminado por fin. Se había reforzado la seguridad en los transportes públicos y ahora era normal ver soldados en los vagones de metro, las estaciones, los trenes e incluso en algunos autobuses urbanos. La tensión política local se había desplazado al ámbito nacional y la proximidad de las elecciones estaba potenciando la paranoia colectiva y el miedo a un nuevo atentado.

—¿No le parece rara la forma de actuar de nuestro asesino? Para ser un asesino en serie no sigue un modus operandi —dijo Alexandra entrando en materia.

—No. Hay muchos tipos de psicópatas a pesar de que suelen tener unas características comunes. La psicopatía no es una disfunción ni una enfermedad mental, es un trastorno de la personalidad. Los primeros síntomas suelen darse en la adolescencia.

—¿Se producen por alguna clase de trauma? —preguntó Alexandra.

—Al parecer no es tan simple. Se tiene que dar una mezcla de predisposición genética y circunstancias especiales. Algunos estudios hablan de pequeñas alteraciones en los electroencefalogramas y en muchos casos, malformaciones congénitas.

—Bueno, ya sé todo eso de su insensibilidad social, su falta de empatía. Pero, ¿por qué matan?

—No todos matan. Hay mucha gente con psicopatía pero que nunca matará a nadie. Para el psicópata, su situación está producida por otros y por lo tanto, en su lógica de pensamiento, le parece justo que paguen por eso que le han hecho, o que él cree que le han hecho. Son egocéntricos, manipuladores y utilizan a los demás para sus propósitos. Una relación con un psicópata es un billete solo de ida. No tolera el fracaso y menos aún la frustración.

—Entiendo. Por eso es tan difícil detectarlos.

—El psicópata tiene un «sello psicopático», un cuño. Es como su marca personal, que repite una y otra vez. Aunque nos parezca increíble él se siente orgulloso de lo que hace y por eso tiene su sello personalizado, para que se le adjudiquen los hechos sin lugar a dudas. No quiere perder protagonismo.

—Entonces, lo que me está diciendo es que nuestro psicópata no tiene un sello. ¿No es eso un poco extraño?

—Nadie dice que no tenga su propio sello. Lo que sucede es que todavía no lo comprendemos. En el caso de David Berkowitz, un conocido psicópata, no se encontró modus operandi. Este hombre era un tipo corriente que, queriendo mejorar su autoestima y vengarse de una sociedad en la que no terminaba de encajar, se compró un revólver. Sin ningún hecho detonante, a los veintitrés años comenzó una serie de asesinatos. Sus crímenes sembraron el terror en Nueva York entre los años 1976 y 1977: Berkowitz asesinó a seis personas y consiguió herir a otras siete antes de ser descubierto y encarcelado. Sus víctimas eran tanto hombres como mujeres, de diferentes edades y sin ninguna relación aparente entre ellas. Y no es el único caso.

—Hay que encontrar algún tipo de conexión entre las víctimas. Cuando demos con lo que las conecta a todas, daremos con el asesino.

—¿Me permite una pregunta? —dijo el psicólogo.

—Tutéame, por favor —contestó Alexandra intentando hacerse la simpática.

—¿Por qué te han elegido a ti para esta misión? No eres criminóloga, ni tampoco especialista en asesinatos en serie.

Alexandra le miró fijamente. Percibió sus grandes ojos negros a través de las gafas de sol y sonriendo le dijo:

—Conozco personalmente a muchos congresistas. En especial a los demócratas, hace unos años estuve metida en política. Un poco antes de las elecciones de 1998 lo dejé y me hice sabueso del USCP.

—¿Entonces conocías a las víctimas?

—Sí, en especial a Dan Preston. Han elegido a un desatascador para bucear en las alcantarillas del poder. A alguien que conozca a la mayor parte de los políticos, sepa de qué pie cojean y saque la manzana podrida del cesto, antes de que las demás se contagien.

—Entiendo —dijo Salazar.

—En mi país eso tiene otro nombre —comentó el sirio sin dejar de mantener la vista en un punto indeterminado.

Los dos lo miraron sorprendidos. Creían que no entendía bien inglés y que por eso apenas había seguido la conversación.

—¿Qué nombre? —preguntó intrigada Alexandra.

—Cebo, lo que se usa para pescar a los peces. Un cebo grande y apetitoso para que piquen.

Washington, 24 de octubre de 2022
10.00. La Casa Blanca.

La secretaria dejó la bandeja sobre la mesita y salió del despacho discretamente. El presidente sirvió a sus invitados. Era algo que hacía en muy pocas ocasiones. Pero la ocasión lo merecía. Aquellos tipos eran los donantes más importantes de su campaña y, a un mes de las elecciones, necesitaba todo el dinero que pudiera reunir.

—Gracias, presidente —dijo el más anciano del grupo.

—No se moleste, ya me sirvo yo —comentó una mujer rubia vestida elegantemente.

—No es molestia. ¿Acaso mi cargo no incluye el servicio al ciudadano? —bromeó el presidente.

—Su próximo mandato será aún mejor que el primero —dijo el tercer visitante.

—No lo dude. La confianza del ciudadano medio está aumentando. Hemos salido de la crisis económica, el precio del petróleo está más bajo y la última pieza del puzzle musulmán no tardará en caer —dijo el presidente mientras se sentaba en el sillón.

—¿Cuándo atacaremos? —preguntó el anciano.

—En breve. Está todo listo. A mediados de diciembre tomaré posesión y mi primera orden será la invasión de Irán. Aunque prefiero la vía diplomática. Todavía estamos a tiempo de un acuerdo.

—Pero, ¿está preparada la opinión pública? —preguntó la mujer.

—Llevamos meses filtrando noticias sobre Irán. La verdad es que su política radical nos facilita mucho las cosas. Hemos presentado la liberación como un principio legítimo de derechos humanos. Nada de petróleo, intereses económicos o estratégicos —dijo el presidente.

—Una labor humanitaria —ironizó el tercer hombre.

—No olviden que yo soy demócrata. Cuando llegué al poder muchos me tacharon de negro comunista. Pero creo que la gente ya sabe que se puede ser firme, demócrata y negro.

—Me gustó mucho el eslogan de su anterior campaña, ¿cómo era? —preguntó el anciano.

—«Ahora, el pueblo decide» —dijo solemnemente el presidente.

—Nosotros somos el pueblo —comentó el hombre—. Al menos su parte más importante.

—Sí —dijo la mujer—. Todo para el pueblo, pero sin el pueblo.

—No me diga que Luis XIV no era un genio. Sus pelucas le hacían parecer un poco gay, pero los tenía bien puestos —dijo el anciano.

—¿Acaso el propio Carter no negoció la liberación de los secuestrados en Irán, para que fueran liberados antes de las elecciones? Aunque al final los rehenes fueron liberados por Reagan. En política todo vale —dijo el presidente.

—¿No nos afectará lo que está pasando en el Capitolio? —preguntó el tercer hombre.

—Todo lo contrario. La inseguridad y el terror son nuestros aliados. La gente es capaz de renunciar a muchas cosas para sentirse segura —dijo la mujer.

—Hasta muchos congresistas están aceptando voluntariamente ser vigilados para su «protección». Dentro de muy poco, nadie podrá mover un dedo en este gran país sin que nos enteremos —afirmó el presidente.

—¿Qué diría el viejo Franklin de todo esto? —preguntó el anciano.

—Franklin creía en la superioridad del hombre blanco, en la necesidad de una élite de poder que asegurara la prosperidad y la seguridad en este país. Aunque en lo primero se equivocó. Eso es lo que estamos dando al pueblo, seguridad —dijo el presidente, después de dar un trago a su copa.

Washington, 24 de octubre de 2022
10.00. Distrito de Columbia, Virginia.

—Sería mejor que te quedaras en casa. Si quieres llamo al trabajo para avisarles de que no vas a ir —dijo el hombre.

—No. Tengo que ir a una cita en Washington y después a la televisión —contestó Ana desde el cuarto de baño.

—Ayer estuvieron a punto de matarte —dijo el hombre sin poder disimular su nerviosismo.

—Asaltos como el de anoche pasan en decenas de sitios cada día. Ayer me tocó a mí, fue simple mala suerte.

—Podríamos tomarnos unos días, viajar a Florida o México.

—No insistas. Tengo un gran asunto entre manos y unos mamones no van a acobardarme —dijo Ana mirando a su novio a través del espejo.

—Como quieras.

—Si quieres ayudarme, me conformo con que me lleves cerca del hotel Lincoln y esperes a que termine un asunto.

—De acuerdo.

Ana era una mujer demasiado tozuda para hacerla cambiar de opinión. Llevaban unos meses juntos, pero él ya la conocía. Era mejor seguirle la corriente.

Cuando la policía le había llamado la noche anterior para que fuera a recogerla a la comisaría, se le cayó el alma a los pies. Ana se había convertido en lo mejor que le había sucedido en mucho tiempo. Estaba a un par de manzanas de su casa. Llegaba tarde a su cita, había trabajado hasta bien entrada la noche en su bufete de abogados.

Llegó en diez minutos. Firmó un par de formularios y fue a una sala de visitas pintada de color salmón y con sillas de plástico. Ana estaba tumbada y medio dormida entre dos butacas. Una gruesa chaqueta de policía la tapaba. Su pelo rubio estaba desmadejado y en la cara tenía algunos moratones. La observó unos segundos sin atreverse a despertarla. Por fin veía a la verdadera Ana detrás de la fachada de seguridad que se había fabricado. En cuanto la llamó por su nombre ella se despertó. Temblaba como un pajarillo caído de su nido. Él la abrazó y ella comenzó a llorar. Primero lentamente, como si la

asfixiara el miedo, después con todas sus fuerzas.

Ella le había explicado que unos ladrones habían entrado en la casa. Después de escapar, había huido a través de la noche lluviosa hasta la comisaría. Aún llevaba su camisón de seda. Él la miró a los ojos, esas pupilas marrones sin lentillas azules, y la reconoció por primera vez. Unas horas más tarde, Ana volvía a ser la presentadora de éxito y la mujer implacable capaz de hacer cualquier cosa para triunfar.

—¿En qué andas metida? No me creo que unos tipos asaltaran tu casa. Al parecer no se han llevado nada y, por lo que cuentas en el informe, da la impresión de que trataran de matarte.

—Es algo gordo. No puedo contarte más. Cuanto menos sepas será mejor para ti.

—Pero si no sé qué es lo que te sucede no puedo ayudarte —contestó el hombre mientras hacía las maniobras para sacar el coche del garaje.

—Si quieres ayudarme, deja que haga las cosas a mi manera.

—Como siempre.

—Sí, como siempre.

Washington, 24 de octubre de 2022

11.00. Edificio del Capitolio.

La avenida de la Independencia era un hervidero de gente a esa hora de la mañana. Turistas, curiosos que se acercaban para hacerse una foto junto a las escalinatas del Capitolio y todo tipo de funcionarios que caminaban con indiferencia por delante de la fachada principal del edificio. Alexandra y el psicólogo se acercaron hasta el control de seguridad perimetral y enseñaron sus credenciales. Cruzaron la puerta y se dirigieron al ala derecha.

El despacho de la presidenta de la Cámara de Representantes se encontraba en el edificio antiguo, a diferencia de la mayor parte de los despachos de los congresistas que estaban en otros edificios anejos. Subieron a la segunda planta y un ujier les pidió que esperaran antes de ser recibidos por la presidenta. Se sentaron en unos mullidos sillones antiguos de terciopelo y se dedicaron a observar la sala en silencio. El psicólogo estaba impresionado por la recargada decoración, era la primera vez que entraba en las tripas del Capitolio y no quitaba la vista de los cuadros que tenía justo enfrente.

—Es un retrato del presidente —apuntó Alexandra.

—Ya lo veo —dijo el psicólogo molesto por la sonrisita de su compañera.

—Entonces también sabrás que eso es una escribanía de plata y que dentro se guarda una copia de la emancipación de los esclavos declarada por Abraham Lincoln.

—Intuyo que sabes más de historia que de criminología —contestó Martin.

—Estudié y me doctoré en Historia por la Universidad de Columbia de la ciudad de Nueva York.

—¿Una historiadora metida a investigadora del USCP?

—Dejémoslo en una doctora en Historia. Por lo menos no soy un niño de papá de Georgetown. Conseguí terminar mis estudios gracias a las becas del estado. No me pagó la universidad mi papá.

El ujier apareció de nuevo por la puerta y les invitó a que entrasen. Sentada frente a una enorme mesa con varias sillas tapizadas en rosa, la presidenta se levantó y les extendió la mano. Vestía un traje pantalón de ejecutiva que mostraba su excelente forma física a pesar de tener más de cincuenta años.

Miró de arriba a abajo al señor Salazar y saludó con cierta familiaridad a Alexandra.

—No puedo creer que te hayan asignado el caso a ti. Veo que el USCP no está pasando por su mejor momento —bromeó la mujer.

—Gracias por el cumplido —contestó Alexandra burlonamente.

—Pero sentaos —dijo la presidenta señalando unos butacones que estaban en uno de los laterales del despacho.

—Gracias —dijo el psicólogo.

—Bueno, iré directa al grano. No me gusta que anden molestando a los congresistas y senadores y removiendo la basura cuando apenas quedan unos días para las elecciones presidenciales. Tenemos nuestro propio sistema de seguridad, un sistema eficaz, aunque tiene fallos. Si no dan con el origen de este trastorno, el FBI o la CIA meterán sus narices en la vida privada de los congresistas. Además la ASN ha enviado a dos de sus hombres. Esa maldita agencia lo controla todo.

—Ellos tienen la llave —bromeó Alexandra, haciendo referencia al escudo de la ASN, un águila con una llave en las garras.

—El sistema ha permitido la muerte de tres congresistas en unos meses, es normal que Seguridad Nacional se interese por el caso —dijo el psicólogo.

La presidenta refunfuñó e ignoró el comentario del hombre.

—Aquí tenemos a la guardia pretoriana. Nos encargamos de formarles, armarles y prepararles para este tipo de casos. La separación de poderes es imprescindible. Si el ejecutivo puede andar metiendo sus narices en el legislativo, nuestra democracia estará en peligro.

—No entiendo por qué dice eso, presidenta. Esto es una investigación criminal —dijo el psicólogo.

—Sí, una investigación criminal. Pero también una oportunidad única para inmiscuirse en la vida personal de los senadores y los congresistas. No quiero que esos tipos de la ASN anden solos por las dependencias del Capitolio. Únicamente tendréis acceso libre vosotros. Pero antes de visitar cualquier dependencia de máxima seguridad necesitaréis un permiso personal mío. No podéis interrogar a ningún congresista o al personal del Capitolio sin pedirme el correspondiente permiso previo. No podéis acceder a archivos privados...

—Sin permiso previo... —dijo Alexandra levantándose de la silla—. Mira, Pat, estamos aquí porque alguien no ha hecho bien su trabajo. Estamos aquí porque la situación se te ha ido de las manos y si estorbas esta investigación,

traeré una orden judicial, y si las órdenes judiciales no te sirven, un escrito directo del presidente, pero haré preguntas a quien tenga que preguntar e iré donde tenga que ir.

La presidenta se puso de pie y señalándola con el dedo le espetó:

—¡Alexandra Kolbe, aquí mando yo! No me vengas con tus bravuconerías de taberna. En cuanto infrinjáis algunas de mis órdenes denegaré vuestro permiso de entrada y os pondré de patitas en la calle.

—Gracias por todo, Pat —dijo Alexandra dirigiéndose a la salida.

El señor Salazar miró a la presidenta, se levantó tímidamente haciendo un gesto de disculpa y corrió tras Alexandra. La alcanzó en las escalinatas, mientras caminaba a toda velocidad refunfuñando.

—Maldita sea. Cuando la conocí, esa trotskista no era más que una profesora de Derecho. Ya ves ahora, con trajes de Armani y perfume francés.

—El traje parecía de Saint Laurent —dijo el psicólogo con la voz entrecortada por la carrera.

—¿Qué más da? Es una toca pe... —Se paró en seco—. Bueno, será mejor que me modere y me relaje. No esperaba mucha colaboración de los políticos. Pero, ¿qué clase de tío eres? Sabes de ropa de mujer, con ese aspecto andrógino. ¿Eres gay?

Martin Salazar se puso rojo como un tomate y bajó la mirada. Aquella mujer era capaz de intimidar a cualquiera. Intentó cambiar de tema y tranquilizar un poco los ánimos.

—Como bien dijiste, algo está podrido aquí —dijo él.

Entraron en la Casa⁹ por una de las puertas laterales. Parecía más grande y elegante que por televisión. El hemiciclo se encontraba silencioso y a media luz, como si la representación hubiese acabado y el escenario estuviera ahora vacío. Alexandra pidió a uno de los ujieres que encendiera las luces y la sala volvió a brillar con todo su esplendor. La gran bandera de las barras y estrellas descansaba detrás del estrado. Alexandra no pudo evitar sentir un escalofrío al verla. Odiaba aquel sistema oligárquico, corrupto e injusto, pero reconocía la grandeza de su país y el profundo amor que le inspiraban sus símbolos sagrados.

⁹ La Casa o *The House* es como se conoce vulgarmente a la Cámara del Congreso

—¿Qué pretendes encontrar aquí? Esto ya lo ha peinado el FBI y no se han hallado armas ni nada sospechoso.

—Ya lo sé, Martin, pero muchos asesinos dejan algún rastro. Una pista

para que la sigamos. No sé mucho de asesinos en serie, pero puede que intencionadamente nos haya dejado un indicio que se le haya escapado a la policía.

El psicólogo se acercó a la gran repisa y vio las enormes manchas de sangre. Nadie había limpiado nada esperando a que la policía lo autorizara.

—He visionado el vídeo de la muerte. Dan estaba ahí arriba —dijo Alexandra subiendo hasta la tribuna—. Primero se le cayó un vaso de agua. Por su aspecto, parecía fatigado, agotado y a punto de desplomarse. Le trajeron otro vaso y entonces comenzó a sudar sangre.

—Sí, un espectáculo estremecedor —dijo Martin tragando saliva.

—¿Por qué el asesino lo mató en público? Las otras víctimas murieron solas.

—Tal vez un fallo de cálculo. Me imagino que no es fácil saber cuánto tardará en causar el efecto un veneno.

—Martin, ¿cómo sabes lo del veneno?

—Yo también fui a ver al inspector de policía por mi cuenta.

Alexandra sonrió y volvió a sus elucubraciones.

—Si le mató delante de todo el mundo, ¿cómo le marcó? No tuvo tiempo de hacerlo. Además, según el informe la marca es anterior a la muerte.

—¿Y si la marca no la hubiera hecho el asesino? ¿Y si todos pertenecían a un club o algo así?

—En el USCP no tenemos noticia de ninguna organización de esas características ni con ese nombre.

Alexandra se apoyó en el estrado y miró el hemiciclo vacío. Percibió la angustia que debió sentir Dan al saber que se moría allí, delante de todos los congresistas y de millones de televidentes.

—Un castigo ejemplar. Es como si esperara dar a Dan un castigo mayor que a los otros —dijo la agente verbalizando sus pensamientos.

—Pero, ¿por qué?

—¿Cómo era la frase? —preguntó el agente.

—*Alea iacta est*, «La suerte está echada.» Viene a decir que ya no hay marcha atrás, que no se puede retroceder y que hay que enfrentarse a las consecuencias de nuestros actos.

La agente miró cada rincón, ascendió por los graderíos y observó los objetos personales de los congresistas que todavía permanecían en sus sillas o desparramados por el suelo.

De repente una alarma retumbó en todo el edificio. El ujier los dejó solos y comenzó a correr en dirección a la entrada principal. Alexandra y Martin corrieron tras él. Se cruzaron con un agente. Alexandra le paró con la mano y enseñándole su identificación le preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Por qué ha saltado la alarma?

—Alguien ha abierto una de las puertas de emergencia. Al parecer la que da al este en la calle Capitol.

Todos corrieron escaleras abajo hasta la salida de emergencia. No había nada ni nadie en la puerta ni en las inmediaciones. Después de registrar la zona volvieron a cerrarla.

—Quiero ver las cintas de vídeo. Me imagino que las cámaras habrán grabado al que ha huido por allí —dijo Alexandra a los oficiales de policía.

El sargento los llevó hasta la sala central de vigilancia. Allí, casi cincuenta monitores eran los ojos y oídos del Capitolio. Todo quedaba grabado y masterizado en cuestión de segundos.

El sargento de policía le presentó al policía encargado del gran ordenador central de videovigilancia. El sargento de policía tomó asiento ante un sofisticado ordenador y comenzó a explicarles su funcionamiento:

—Gracias al sistema de análisis inteligente de vídeo, se pueden reconocer las caras, sucesos y movimientos, y de esta forma enviar alarmas a los móviles y puestos de vigilancia cuando haya una señal clara de peligro.

—Entonces, sargento, ¿las cámaras no graban todo el rato? —preguntó Alexandra.

—No, únicamente cuando detectan un comportamiento anómalo.

—Pero hay comportamientos difíciles de determinar.

—Con los actuales sistemas de sensores de movimiento y barreras de microondas, el noventa por ciento de los avisos de alarma eran falsos. Nos pasábamos el día corriendo de un lado para otro, porque un pájaro se había colado por una ventana, un ratón caminaba por los túneles o un niño comenzaba a correr en la zona de visitas. Este nuevo sistema ya se usaba para la voz y para analizar datos, pero no para imágenes o vídeos en movimiento. Pero gracias a él, se han reducido las falsas alarmas en un cinco por ciento.

—No me fío de esas máquinas. Hay detalles que les pueden pasar inadvertidos —dijo Alexandra.

—Pero antes, los vigilantes también se equivocaban. Se ponían a comer mientras vigilaban, hablaban por el móvil o se dormían —respondió el

psicólogo.

—Es cierto, pero con esta nueva tecnología la compatibilidad del sistema es su punto fuerte ya que se puede instalar en cualquier videocámara, ya sea analógica o IP. De esta manera, evitamos tener un sistema que tenga que estar grabando las veinticuatro horas, ya que solo se grabarán las situaciones importantes, con la gran ventaja del ahorro de espacio en el disco duro y reduciendo también significativamente los costes —dijo el policía.

El policía señaló a los monitores y les dijo:

—El sistema de videovigilancia del Capitolio es nuevo y está en fase de prueba. Es uno de los más avanzados del mundo. Está digitalizado y puede recrear ángulos muertos, nos facilita datos de masa corporal, puede analizar acentos de todo el mundo, y tiene unos sensores tan perceptivos que hasta una mosca en vuelo quedaría automáticamente grabada y registrada.

—No me diga —dijo Alexandra, haciéndose la sorprendida.

—El sistema almacena todas las imágenes y las clasifica. Por ejemplo, su estancia aquí.

El especialista puso los nombres de Alexandra y Martin. En la pantalla aparecieron siete secuencias congeladas. Primero, ellos en la verja exterior conversando con el policía, después en la escalinata, en el vestíbulo, en la antesala del despacho, en el despacho, en la Cámara y por último los dos corriendo hacia la puerta de emergencia.

—Esto es fantástico —comentó el psicólogo.

—Pero el sistema tiene fallos. Nadie ha grabado las muertes de los senadores —dijo Alexandra.

—No hay cámaras en los baños ni algunas dependencias, como los despachos oficiales. Nos lo prohíbe la ley.

—Eso es lógico. Los senadores y congresistas tienen también derecho a su intimidad —dijo el psicólogo.

—Por desgracia, no. Solo hay tres sitios en todo el recinto donde no se graba nunca: los servicios, los despachos de los congresistas y la sala de secretarios que tiene un acceso directo desde el exterior.

—Veamos la cinta de la puerta de emergencia —dijo Alexandra impaciente.

El policía apretó un botón y apareció la puerta de emergencia vacía. Después apareció un tipo vestido todo de negro y con la cara cubierta. Abrió la puerta, pero no salió, corrió otra vez hacia dentro, desapareciendo de las

cámaras.

—¿Por qué ha desaparecido?

—No lo sé —dijo el policía mientras apretaba varios botones—. Puede que tenga un inhibidor de aparatos electrónicos.

—¿Un qué? —preguntó Martin.

—Un aparato que altera las ondas magnéticas de los instrumentos electrónicos.

Alexandra se quedó pensativa. Martin y el policía la observaron, pero no percibieron el menor gesto en su rostro.

—Todo esto lo ha hecho para distraernos. ¿Cuántos congresistas hay en el edificio? —dijo de repente Alexandra.

—Muy pocos. Después del susto de ayer muchos se han tomado el día libre.

—Por favor, dígame cuanto antes el número exacto y su despacho. Me temo que hay un nuevo congresista en peligro en el Capitolio, si es que no está muerto ya.

—¿Qué? —dijeron a coro Martin y el policía.

—Alguien va a morir y tenemos que encontrarlo antes que el asesino.

Washington, 24 de octubre de 2022
12.30. Parque Folger.

El parque estaba completamente desierto. A esa hora la mayoría de los habitantes de la ciudad estaban tomando su almuerzo. El día era lluvioso y muy pocos se atrevían a aguantar el aguacero.

Cuando Ana llegó al banco, el hombre la esperaba sentado. Parecía dormido, con la cabeza inclinada y el guardapolvos completamente empapado. Ella había pasado primero por la televisión para coger el maletín con el dinero. Su novio la esperaba con el coche en marcha a unos ciento cincuenta metros. Daría el dinero a aquel tipo y saldría corriendo lo antes posible. Después de la experiencia de la noche anterior, no quería más sorpresas.

Se aproximó al tipo y comenzó a hablarle:

—¿Ha traído el informe?

El hombre permaneció en silencio con la cabeza gacha y ella se temió lo peor. Se aproximó más y alargó el brazo. Lo apoyó en el hombro y, de repente, el hombre se incorporó. Ana dio un respingo.

—¡Mierda!

El sombrero de pescador tapaba sus ojos, pero Ana no tardó más de un segundo en adivinar que aquel no era el mismo tipo de la mañana anterior. Se quedó paralizada. No sabía si echar a correr o intentar disimular, mientras su cabeza buscaba alternativas.

Al final, se giró y comenzó a correr con todas sus fuerzas. La lluvia le golpeaba la cara. El maletín parecía más pesado, pero se aferró a él. No podía perder todo aquel dinero. La cara de su novio parecía ansiosa cuando ella se acercó al coche. Escuchó unos zumbidos que rozaban su abrigo y después, observó la mirada fría de Mike. De su frente comenzó a manar un hilito de sangre y sin poder mediar palabra, su cabeza se venció hacia delante, sobresaliendo de la ventanilla.

Ana no pudo contener un grito. Observó que el cristal trasero del coche estallaba y comenzó a temblar. Abrió la puerta del vehículo, sacó a Mike y lo dejó tumbado sobre la acera mojada. Dos zumbidos pasaron muy cerca de sus oídos. Pisó el acelerador y el coche derrapó antes de salir de la plaza a toda

velocidad.

Su cabeza no dejaba de lanzarle mensajes tranquilizadores, pero estaba completamente aterrorizada. Mike era la única persona en la que podía confiar. No tenía adónde ir. Fueran quienes fuesen los que la perseguían, querían matarla y estaban al tanto de todos sus movimientos. La habían visto el día anterior con aquel hombre. Habían estado en su casa y la habían esperado para tenderle una trampa. No podía acudir a la policía. No tenía ninguna prueba y, lo que era peor, ni siquiera sabía por qué la estaban persiguiendo.

Washington, 24 de octubre de 2022
11.20. Edificio del Capitolio.

El ordenador tardó un buen rato en sacar los nombres y despachos de los congresistas que estaban en el edificio. Alexandra y Martin se miraban impacientes mientras la posible víctima del asesino permanecía en peligro, si es que no estaba muerta ya. El policía dio a una de las teclas y en la pantalla apareció una breve lista con el nombre, apellidos y el número de despacho de los congresistas que se encontraban en el edificio.

—Déjeme que lo imprima —dijo el policía. Pero antes de que apretase la tecla, Alexandra le detuvo la mano.

—¡Quieto! Con el número de los despachos es suficiente. Veinte, treinta y cinco, sesenta y siete —leyó—. Mande hombres al veinte y al treinta y cinco, nosotros iremos al sesenta y siete, que está más cerca de aquí.

El policía levantó el teléfono y dio a la extensión.

—¡Apresúrese! ¡Un hombre está a punto de morir! —dijo Alexandra saliendo a la carrera con Martin. Mientras corría recordó repentinamente a su marido. Por unos momentos la idea de morir le hizo sentir un escalofrío, pero borró esos pensamientos de su mente y se centró en correr.

Subieron de dos en dos las escaleras y corrieron por un pasillo iluminado por unas claraboyas en el techo. Todas las puertas estaban cerradas. Martin iba gritando los números, Alexandra no veía ni oía nada, como si su instinto la guiase en esos momentos de extrema tensión. Sacó la pistola de la pequeña cartuchera disimulada junto a los riñones y la cogió con las dos manos. Habían llegado al despacho 67.

Con la mano Alexandra indicó a Martin que se agachase a un lado, fuera del ángulo de tiro. Primero llamó a la puerta suavemente, como si toda la urgencia de los últimos minutos se hubiera teñido de normalidad. No esperó respuesta, movió el pomo y empujó la puerta bruscamente.

De un vistazo observó todo el despacho. Unos diez metros cuadrados diáfanos no daban para mucho. Una mesa, unas estanterías, unas sillas y una ventana minúscula que se abría hacia un patio interior, pero ni rastro del congresista.

—¿Cuál era el otro número? —preguntó asomando la cabeza por la puerta.

Martin seguía agachado y con la cabeza entre las manos, seguramente esperando el ruido de las balas. Tardó en reaccionar a la voz de Alexandra, como si los sonidos no le llegaran con nitidez.

—¿Qué?

—El número, el otro número —insistió Alexandra.

—Creo que es el 35. Hay que bajar a la otra planta —dijo incorporándose y señalando la escalera.

Alexandra lo miró a los ojos y se dirigió al piso de abajo. Cuando llegaron al pasillo de la otra planta, escucharon varios disparos. Alexandra corrió al límite de sus fuerzas y dejó atrás a Martin. Aquella planta estaba peor iluminada. Los rayos de la tarde comenzaban a desaparecer y la luz tan solo penetraba por ventanas alargadas muy distantes entre sí.

Escuchó pasos en la planta inferior, pero continuó su marcha hasta el despacho. Cuando estuvo frente a la puerta, jadeante y con los músculos entumecidos, se detuvo un segundo para recuperar el aliento.

Al mirar en el interior, por desgracia, esta vez sí encontró el cadáver de un congresista, pero la visión era tan espantosa que tuvo que retirar la vista por unos segundos, al notar que se le revolvían las tripas.

Martin llegó unos segundos después tan agotado como la agente. Antes de acercarse a la puerta Alexandra le apartó, pero él insistió en mirar. Solo fue un segundo, pero suficiente para que se le revolviere el estómago y se pusiera a vomitar.

Alexandra entró en el cuarto lleno de sangre. El hombre estaba sentado con los ojos desorbitados. Una capa de sangre le cubría la nariz, los pómulos y le chorreaba por los labios hasta una camisa a cuadros y una corbata medio aflojada. Desde la mitad de la frente hacia arriba estaba desollado. El asesino le había quitado el cuero cabelludo y su cráneo sanguinolento brillaba bajo la luz de los fluorescentes. El cuerpo se encontraba atado a la silla y echado hacia atrás con las piernas agarrotadas.

La agente miró a su alrededor. No se veían cuchillos ni objetos punzantes. Todo estaba ordenado o por lo menos lo parecía. Se aproximó al cuerpo intentando soportar su repulsión y miró detrás de la cabeza. La cabellera no estaba. Al parecer el asesino se había llevado su trofeo.

—Alexandra, ¿estás bien? —dijo Martin desde el exterior, al escuchar las arcadas de la agente.

—Sí. Será mejor que no pases.

—Tengo que pasar, se supone que soy especialista en psicópatas.

Martin entró en el despacho con un pañuelo en la boca. Se acercó al cadáver y le tomó el pulso.

—Ya lo he hecho yo. Está muerto. Gracias a Dios está muerto.

—¿De qué habrá muerto? No se ven más marcas de puñal o bala.

—Será mejor que esperemos al informe del forense —concluyó Alexandra, molesta por no haber llegado a tiempo.

—Pero, ¿cómo ha podido hacer esto en unos minutos? Maniatarle, torturarlo, arrancar la cabellera y escapar —preguntó el psicólogo sin salir de su asombro.

—Me temo que ha jugado con nosotros, Martin. Primero lo mató y luego abrió la puerta para reírse en nuestra cara.

—¿Todavía crees que puede tratarse de un terrorista? —preguntó el psicólogo. Alexandra no contestó. Miró al cadáver y dijo con la voz entrecortada:

—Creo que conozco a la víctima.

Washington, 24 de octubre de 2022
11.20. Edificio del Capitolio.

Cuando sonó la alarma se sobresaltó. Caminó hasta la salida junto al resto de funcionarios y esperó en las afueras del edificio a que pasase el código rojo.

Los hermosos jardines del Capitolio estaban empapados. Llovía con fuerza y su cabeza calva estaba completamente mojada. Se alejó un poco de la multitud y se refugió debajo de un gran árbol. Entonces notó algo a su espalda. Un hombre se le acercó y le susurró algo al oído.

—Espero que tu estancia en Washington esté siendo agradable. Acaban de enviarme unas fotos de tu familia —dijo el hombre pasándole un par de imágenes.

En la primera, su mujer y sus hijos iban en un coche rumbo al colegio. En la segunda, se veía a su mujer sola, en su habitación en ropa interior. Sintió cómo la furia lo invadía por dentro, pero respiró hondo antes de responder a aquel hombre.

—No les hagáis daño —dijo Haidar.

—¿Es una amenaza? —preguntó sonriendo el hombre.

—Si les sucede algo, no moveré un dedo por la causa.

—Haz tu trabajo y nosotros dejaremos en paz a tu familia. ¿Cómo vamos a hacer daño a la mujer de un mártir? —ironizó el hombre.

Haidar apartó la mirada y le dio la espalda.

—Tienes tres días para mentalizarte. Nos interesa que te informes sobre el sistema de ventilación. Las esporas se expanden rápidamente por el aire. Con lanzarlas a los tanques de agua será suficiente, pero pueden transmitirse por el aire.

—¿Cómo pasará la bacteria al edificio?

—Será muy sencillo. No necesitamos que eches más que un poco. Su virulencia es muy fuerte. Las llevarás en el frasco de las lentillas. Ya te daremos el recipiente. Nos pondremos en contacto contigo en un par de días. Si dices algo, tu familia morirá. Si te entregas o te descubren los mataremos igualmente. No seas tonto. A veces es mejor morir por una buena causa que vivir como un perro esclavo de los occidentales.

Cuando el hombre se alejó, Haidar respiró hondo. Parecía como si aquellos

malditos terroristas estuvieran dentro de su cabeza. Oró en silencio unos segundos. Esperaba que Alá le perdonara. No podía dejar de obedecer. La vida de su familia estaba en juego.

Washington, 24 de octubre de 2022
13.30. La Casa Blanca.

—Señor presidente, nos han informado de una nueva víctima en el Capitolio. El presidente dejó el tenedor y miró a los dos secretarios.

—¿Cómo puede ser? Es inadmisibile. Intenten retrasar lo máximo posible que la noticia llegue a los medios. Nos machacarán.

—Hay que ver el aspecto positivo, presidente —dijo el secretario de Estado.

—¿El aspecto positivo?

—Podemos provocar el estado de excepción, disolver la cámara indefinidamente, acusar de todo a los iraníes y comenzar la guerra sin mediar amenaza.

—Pero eso no ha sucedido nunca. Cuando pasó lo de Pearl Harbor, Roosevelt declaró la guerra, pero en el cuarenta y cuatro, mientras la guerra continuaba, hubo elecciones presidenciales.

—Este caso es distinto, presidente. Nuestros enemigos no han atacado una base americana en mitad del Pacífico. Han disparado al corazón mismo de la nación. A la cámara de representantes. Si no podemos asegurar la vida de nuestros senadores y congresistas, la gente no se sentirá segura en ninguna parte. Con el estado de excepción matamos dos pájaros de un tiro —dijo el secretario de Defensa.

—Estoy totalmente de acuerdo —añadió el secretario de Estado.

—Es demasiado precipitado. Podrían acusarnos de querer perpetuarnos en el poder. Esperaremos un poco más. Todavía hay margen.

—¿Está seguro? La Guardia Nacional puede desplegarse por el país en doce horas —dijo el secretario de Estado.

—Esperaremos.

Washington, 24 de octubre de 2022
13.00. Union Station.

—James, soy Ana. Tengo que salir de la ciudad por un asunto urgente...

—¿Dónde estás? ¿Qué ha sucedido? —preguntó su jefe, sin poder disimular el nerviosismo en su voz.

—No te lo puedo contar...

—¿Que no me lo puedes contar? Has salido con un maletín lleno de dólares de la cadena. En el Capitolio se ha producido una evacuación. Al parecer hay otro cadáver. No hay información oficial, pero un par de nuestros contactos nos lo han soplado. He enviado allí una unidad móvil. Te quiero enfrente del Capitolio en diez minutos.

—No puedo, mierda. ¿Quieres escucharme? No sé si tu teléfono está intervenido. Han intentado matarme. Creo que Mike está muerto.

—¿Matarte? —dijo la voz desde el otro lado del teléfono. Después hubo un silencio largo y tenso.

—Tengo que irme de la ciudad, ¿lo entiendes?

—No. Te pediremos protección.

—¿Quién me va a proteger? Son los jodidos hombres del Gobierno los que quieren eliminarme. Además, por algo que yo misma ignoro.

—El FBI puede protegerte. Pediré al juez Preston que garantice tu seguridad.

—Esto es muy gordo, James. No van a parar hasta verme muerta —dijo Ana ahogando las lágrimas.

—¿Dónde vas a ir? ¿A casa de tus padres? Será el primer sitio donde buscarán.

—No, me esconderé un tiempo. Cuando pasen las malditas elecciones se olvidarán de mí.

—¿Estás segura? A esa gente no le gusta dejar cabos sueltos. Hay que meterse en la mierda hasta el cuello para poder librarse. La agente Alexandra Kolbe se encarga del caso. Contacta con ella, quizá te pueda ayudar.

—Será mejor que cuelgue.

—Suerte —dijo James.

—Gracias.

La comunicación se cortó y el agente mandó el archivo inmediatamente a la agencia. En unos minutos identificarían el lugar, las cámaras vigilarían el perímetro y la mujer volvería a ser localizada. La ASN era como un gran hermano que lo vigilaba todo en todo momento.

Anápolis, 24 de octubre de 2022
15.30. Highland Beach, Washington.

La casita le parecía más pequeña que la última vez. Le daba vergüenza reconocerlo, pero llevaba meses sin ver a su madre. Siempre tenía una excusa para no ir a verla: el trabajo, las prisas o la distancia, cualquier disculpa era buena. No sabía por qué lo hacía, o tal vez lo sabía demasiado bien. Experimentaba una mezcla de vergüenza y pena. Siempre se sentía examinada por su madre. Aquella ancianita polaca de dulces cabellos blancos podía ser implacable cuando se lo proponía.

Tocó el timbre y esperó contestación. Tenía la llave, pero nunca la utilizaba.

—¿Quién es? —dijo la anciana desde el otro lado de la puerta.

—Soy yo, Alexandra.

La puerta se abrió al instante. Alexandra entró y el aroma de los recuerdos de su niñez la embriagó de nuevo. Su pequeño mundo se había ensanchado, ahora aquel «centro del universo» era poco más que una ilusión.

—¿Se puede? —preguntó educadamente.

—Venga, Alexandra. No te andes con milongas —se escuchó al fondo del pasillo. Su madre había abandonado la puerta y a buen paso se dirigía hacia la cocina.

—¿Adónde vas?

—Se me quema lo que tengo al fuego. Ponte cómoda, ahora mismo voy.

La casa era pequeña, sencilla. En otra época se había usado como residencia de verano de la burguesía de Washington. Recorrió el pasillo y entró en el salón. Su madre llegó enseguida. Cojeaba un poco. Se sentó en una butaca y puso la pierna en alto.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he torcido el tobillo —contestó la anciana. Sus palabras sonaban a reproche.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—No creí que te interesara mucho.

Alexandra se acercó para examinar la pierna, pero su madre la retiró.

—Deja eso. ¿Eres médico? —le preguntó arisca.

—No, pero...

—Tan solo es un poco de inflamación, en un par de días estaré como nueva.

—¿Necesitas algo?

—Sí, a mi hija —dijo secamente la anciana.

—No empieces con las ironías.

—¿Ironías? Llevo sin verte por aquí desde hace meses. ¿Qué clase de hija polaca eres tú?

—Yo no soy polaca.

—Pues yo te parí polaca. Nunca me llamas ni vienes a verme.

—Te he dicho mil veces que me visites tú. Que te quedes unos días conmigo. Tengo mucho trabajo y unos horarios muy raros.

La madre refunfuñó y cambió la posición de la pierna. Estaba vestida de calle. Seguía siendo muy coqueta y le gustaba arreglarse hasta cuando estaba en casa.

—Ese trabajo misterioso, del que no puedes hablar ni a tu madre.

—Ya te he dicho que trabajo para el Capitolio, pero no podemos facilitar más información.

—Ni a una madre.

—Ni a una madre —contestó la mujer.

Alexandra se sentó en el sillón de enfrente y miró hacia la televisión encendida.

—¿Qué ves?

—Tonterías, pero ya no echan otra cosa. Por lo menos me hace un poco de compañía.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Alexandra.

—Te veo desmejorada. Te pasa algo. Sigues echándole de menos, ¿verdad? La muerte nunca se supera, pero uno llega a convivir con ella. Un día no muy lejano, Jesús vendrá a por nosotros —dijo la anciana entrecerrando los ojos.

—Bueno, cambiemos de tema —contestó molesta Alexandra.

—Eso. Hablemos de otra cosa. La gente de la capilla pregunta por ti —dijo la madre sacándole el tema de la iglesia.

—No empieces otra vez con lo de la iglesia.

—¿Por qué?

—Lo de ir a la iglesia no va conmigo.

—Tan solo te decía que hay gente que pregunta por ti. Desde que él murió no has vuelto a pisar la capilla. ¿Cuándo vas a dejar de estar enfadada con Dios?

—Tal vez cuando comience a hacer bien su trabajo.

—Más respeto, jovencita —dijo la madre frunciendo el ceño.

—Perdona, pero no estoy enfadada con Dios, simplemente necesito tiempo para olvidar y la iglesia me recuerda demasiado que estamos aquí de paso. Tengo que dejarte, mamá.

—¿Ya te vas? Pero si acabas de llegar...

—Tengo un trabajo entre manos. Algo difícil y complicado.

—¿Eso es lo que te quita el sueño?

—Sí.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—Espero que así sea —dijo Alexandra levantándose. Se acercó a su madre y la besó.

—Hija, vuelve pronto —dijo la anciana suavizando el tono de voz.

—Lo haré, mamá.

—Sabes que rezo por ti cada noche.

—Bueno, cuida esa pierna, te llamaré mañana.

Alexandra se dirigió al pasillo y abrió la puerta. La tarde era fresca, sintió la brisa del mar en la cara y la sensación de estar viva se mezcló con la angustia de poder estar muerta. Era tan fácil robar la vida a otros. Por un instante pensó que sería la última vez que vería a su madre y aquella casa. Intentó imaginarse cómo se sentirían los familiares de las víctimas, pensar en la responsabilidad que tenía de encontrar a ese loco antes de que volviera a matar, pero lo que en realidad la aterrorizó fue que, por unos momentos, entendió que el asesino no estaba loco, que el mal existía y que ella no sabía cómo vencerlo.

Washington, 25 de octubre de 2022
12.30. Restaurante japonés Tokio.

El psicólogo prefería reunirse en cualquier otro sitio antes que en la oficina. Llevaba ocupándose del papeleo burocrático los últimos años y ahora que tenía la oportunidad de investigar no quería volver a la rutina. Estar solo en Estados Unidos y vivir con la nevera medio vacía, como un ermitaño, ya era suficiente castigo. Por eso, después de vestirse y arreglarse, cerró la puerta tras de sí, dando un suspiro. En la calle lo esperaba un taxi, ventajas de trabajar para el USCP, pensó. Le indicó la calle y en unos minutos estuvo en el pequeño restaurante que Alexandra le había indicado por correo electrónico.

El local parecía agradable. Un pequeño restaurante muy cercano a la Casa Blanca. Cuando entró, Alexandra ya estaba sentada en la mesa esperándolo. Por primera vez pudo verla de lejos sin que ella le estuviese escrutando con sus grandes ojos verdes. Su rostro maduro transmitía una mezcla de dulzura reprimida y determinación. No podía negar que era muy atractiva.

Se acercó a la mesa y Alexandra lo miró. Hizo un gesto para que se sentase, pero ni por un momento hizo un ademán de levantarse y darle la mano.

—Señor Salazar, me alegro de que haya encontrado el sitio. ¿Es de su agrado?

—Para trabajar cualquier sitio es bueno, ¿no cree? — dijo el psicólogo, intentando dejar claro que aquella era una reunión de trabajo.

—Aquí estaremos tranquilos. Menos algún turista despistado, los días de diario el restaurante suele estar vacío.

El psicólogo dejó su voluminoso maletín en el suelo. Le dieron ganas de irse a casa. Ahora se sentía ridículo vestido con aquel elegante traje gris.

—¿Tiene ya el informe del forense? —preguntó mientras miraba la carta.

—El informe del forense y el informe del laboratorio.

—Excelente. Esta vez se han dado prisa —dijo Alexandra complacida.

—El Gobierno está muy preocupado. No sabe cuánto tiempo más podrá ocultar todo esto a la prensa. La oposición está dispuesta a sacar todo a la luz, si el caso no se aclara antes de las elecciones. Dos de las cuatro víctimas eran del partido republicano y ellos creen que todo se debe a un grupo terrorista

islámico.

—También lo cree la presidenta del Capitolio y es del partido demócrata —dijo Alexandra.

—Bueno, esa es la tesis primera de la investigación. Un terrorista que está imitando la forma de matar de un psicópata.

Martin le pasó los papeles, Alexandra puso el informe sobre la mesa y lo abrió. Algunas fotos de la última víctima asomaron por uno de los laterales. En ese momento apareció el camarero y la agente cerró rápidamente la carpeta.

Después de pedir para los dos el menú de la casa, Alexandra retomó la conversación y le pasó un informe de las pruebas de laboratorio.

—No hay huellas. La misma limpieza que en el resto de los casos.

—Me lo imaginaba —contestó el psicólogo.

—Las pisadas dejadas por la sangre son de zapatos, no de zapatillas. Por el tamaño del pie se trata de un hombre alto y corpulento, como nos dijo la forense.

—Bueno, eso descarta a todas las mujeres que trabajan en el Capitolio —dijo él.

—No está mal. Quedan más de mil quinientos sospechosos.

—Algo es algo, Alexandra —dijo Martin repiqueteando los dedos en la mesa.

—Pero lo más importante es que nuestro asesino ha dejado una nueva pista.

—¿Una nueva pista? —preguntó Martin.

—Sí. La policía científica usó luminol y fluorescina como las otras veces, pero esta vez sí encontró un mensaje escrito en la pared.

—¿Qué tipo de mensaje? —preguntó Martin, inclinándose hacia delante.

—*Me albis dentibus...deridet.*

—«Se burla de mí con sus blancos dientes» —tradujo velozmente el hombre.

—Veo que domina el latín —dijo Alexandra con una amplia sonrisa.

—¿Qué querrá decir con eso?

—Yo solo veo dos posibilidades. La primera es que se refiere a alguna venganza, como si estuviera matando a los que se burlaron de él en algún momento. Esto haría que todas las sospechas cayeran sobre un congresista —explicó Alexandra.

—Podría ser algún tipo de la limpieza que piensa que los congresistas no lo respetan por su condición humilde, por eso mata tanto a congresistas del partido republicano como del partido demócrata.

—Es una posibilidad. Pero en ese caso se trataría de alguien con cierta cultura y una gran inteligencia. Sus asesinatos están minuciosamente preparados. Conoce los lugares donde no hay cámaras, las formas de escapar del Capitolio sin ser visto, los horarios de los parlamentarios, utiliza productos químicos, usa venenos... —enumeró Alexandra.

—Habría que estudiar a los miembros de seguridad, a los ujieres y al personal de mantenimiento. Quizá encontremos a alguien que encaje con el perfil que buscamos. Normalmente los psicópatas suelen ser tipos algo solitarios. No tienen pareja o cambian constantemente. Por la fuerza y la rapidez que demuestra, debe tratarse de un hombre de entre veinticinco y cuarenta y cinco años.

—¿Por qué no cincuenta? —preguntó Alexandra.

—A esa edad ya comienza el declive físico.

—Pues yo tengo cuarenta y seis y no me siento en declive —contestó Alexandra, molesta.

—Bueno, centrémonos en el caso. ¿Cuál es la otra posibilidad en la que has pensado?

—Que la frase se refiera a nosotros. Sabe que le estamos persiguiendo. Cometió el asesinato a pesar de estar al corriente de que estábamos en el edificio. Nos avisó haciendo sonar la alarma. Regresó al lugar del crimen, aunque su víctima ya estaba muerta.

—El mismo modus operandi que con la diputada. Regresa a los lugares donde ha cometido el crimen para recrearse, aun a expensas de que podamos pillarle —dijo Martin.

—La frase la escribió con la sangre de la víctima, pero luego la borró. Seguramente conocía nuestro método para encontrar huellas y restos de sangre con luminol.

—Recapitulemos —pidió el psicólogo—. Cuatro víctimas en unos meses. Las últimas tres en dos semanas. Nuestro asesino está sufriendo un gran estrés.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alexandra extrañada.

El camarero sirvió los platos y la agente comenzó a comer con avidez. Martin se sentía algo revuelto, hablar sobre el asesino le quitaba el apetito por

completo.

—Cuando los asesinos en serie comienzan a acortar su tiempo de caza es porque sufren un gran estrés y necesitan calmarse con mayor asiduidad.

—¿Matar les relaja? —preguntó Alexandra con los carrillos llenos.

—Por lo menos durante un tiempo. Para el psicópata matar es un placer, incluso una especie de arte en el que se siente un maestro. Sea cual sea el significado de la frase, hay una cosa clara: no tiene miedo a ser descubierto. Es otra de las características del psicópata asesino. Un terrorista no volvería al lugar donde cometió sus crímenes ni dejaría pistas para que lo atrapasen —comentó Martin. Después, dejó de dar vueltas a la comida e intentó tomar el primer bocado.

—A no ser que se trate de un terrorista que intenta disimular sus crímenes, haciéndose pasar por un asesino vulgar.

—La esencia del terrorismo es que el mayor número de personas se entere de tus crímenes.

—Tienes razón, Martin.

—Continuemos. Cuatro víctimas. Tres hombres y una mujer, tres de ellos de edades parecidas, de cuarenta a cuarenta y cinco años. Únicamente Dan era mayor; tenía sesenta y siete años.

—Puede que eso sea tan solo una casualidad —dijo Alexandra.

—Sí, pero hay que tenerlo en cuenta. No se ve que haya móvil sexual. Yo en el caso del asesinato de la mujer sí lo veo. El ritual de asfixia parecía claramente sexual. Creo que en ese caso por lo menos la víctima conocía perfectamente a su asesino y que mantenía algún tipo de relación con él —dijo Martin tajante.

—Eso descartaría que fuera un miembro del personal.

—¿Por qué? Una senadora puede estar enrollada con un ujier o un policía.

—Las formas de matar son muy distintas —dijo Alexandra, cambiando de tema—. Algunas muy dolorosas, pero realizadas en privado, otras más asépticas, pero perpetradas en público.

—Cada uno recibe su castigo. ¿Tú conocías a todas las víctimas?

—Bueno, a Dan Preston sí lo conocía, desde hacía tiempo. A Edward Red no tanto, ya que pertenecía a la oposición. Con la diputada Mary Faletti había tenido una conversación hace años. A la última víctima, el congresista de la oposición John Prior, tan solo lo conocía de oídas.

—¿Cómo era Dan?

—No sé. Brillante, seguro de sí mismo. Un líder nato —dijo Alexandra.

—El líder muere en el estrado —dijo pensativo Martin.

—Me gusta. Al final la psicología va a servir para algo.

Martin sonrió y se tomó el exabrupto de su compañera como un halago. No podía negar que disfrutaba trabajando con ella. Nunca hubiera imaginado que aquella petulante y soberbia agente del USCP pudiera trabajar tan bien en equipo. Las primeras tensiones habían cesado y ella había bajado la guardia.

—¿Cómo era Edward Red?

—Un intelectual, había sido profesor en la universidad. Al parecer su carácter liberal le había causado problemas en el partido.

—Por eso fue envenenado con cicuta, como el propio Sócrates. El sabio asesinado por luchar contra los sofistas —dijo inspirado Martin.

—¿Y Mary?

—La llamaban la gata del Capitolio. Era sensual, provocativa, muy guapa.

—Por eso el asesino la desfiguró.

—Entonces quieres decir que cada uno fue asesinado en función de su vanidad. El asesino quería resaltar sus defectos —concluyó Alexandra.

—El asesino juzga que sus víctimas no merecen vivir. Por eso con su asesinato está realizando un acto de justicia —dijo Martin gesticulando con vehemencia. Por primera vez percibía que estaban aproximándose a la mente del asesino.

—Veamos ahora el informe del forense. La muerte de la última víctima fue espantosa —recordó Alexandra alargándole el informe.

—Causas de la muerte. Al parecer la causa de la muerte ha sido el fallo cardíaco —dijo el psicólogo.

—No me extraña, pero sigue leyendo, Martin.

—¿El asesino dio a su víctima algún tipo de anestesia local, para que pudiera estar consciente de lo que estaban haciéndole, por eso le paralizó de cuello para abajo?

—Sí. Al parecer, el asesino anestesió a la víctima desde el cuello para abajo, pero permitió que estuviera consciente en todo momento. Algo extremadamente cruel —dijo Alexandra.

—¿Por qué no gritó?

—Lo hizo de tal manera que le fuera imposible mover cualquier músculo. La víctima no podía hablar y mucho menos gritar, pero sentía un terrible dolor en la cabeza. Eso es al menos lo que dice el informe.

—Según el informe se le arrancó la cabellera en vida con algún tipo de objeto afilado, pero la cabellera no ha aparecido. El asesino se llevó su trofeo. Es algo muy común entre los asesinos en serie.

—Pero del resto de víctimas no se llevó nada —comentó Alexandra.

—O no nos hemos percatado de qué objetos podían faltar a los cadáveres cuando los encontraron.

—Bueno, centrémonos en el senador Prior. Esta es con diferencia la forma más cruel de matar. El pobre hombre murió de un ataque al corazón producido por el terror y el horror de su tortura —dijo Alexandra.

—Tienes razón, Alexandra. Hubo un especial ensañamiento.

Hubo una pausa y Martin siguió leyendo. Después miró a Alexandra y le preguntó:

—¿Por qué crees que el asesino se ensañó tanto con esta víctima?

—No sé demasiado sobre el senador Prior. Era miembro de la oposición, senador desde hace más de veinte años. Militó primero en el Partido Liberal, creo que durante algún Gobierno fue secretario de estado o algo así de los republicanos. Al parecer era un tipo muy religioso. Hace unos años tuvo que soportar un juicio en el que se le acusó de participar en un *chat* en el que los miembros utilizaban pornografía infantil, pero fue absuelto sin cargos —explicó Alexandra.

—Los indios norteamericanos cortaban la cabellera a sus enemigos porque creían que sin cabellera estos no podrían llegar al paraíso —explicó Martin.

—Así que el asesino usó ese símbolo, la cabellera, para resaltar la hipocresía de su víctima —dijo Alexandra.

—Algo así.

—Entonces nuestro asesino se cree que está impartiendo justicia.

—Sí. Se ha instaurado como juez y cree que nadie puede detenerlo —dijo Martin cerrando el informe.

—Piensa que está haciendo un servicio a Dios y a su país —dijo Alexandra.

—Un justiciero —comentó el psicólogo.

—Estamos buscando a un maldito justiciero —dijo Alexandra frunciendo el ceño. Aquello parecía más complicado cada vez y tan solo tenían tres días para llegar a descubrir la verdad. Después, las Cámaras se disolverían y nadie podría encontrar al asesino.

Washington, 25 de octubre de 2022
13.30. Cuartel general del USCP.

Llegó al edificio y decidió esperar un poco antes de buscar a la agente Alexandra. Había estado a punto de tomar un tren a cualquier parte y desaparecer por un tiempo, pero su jefe tenía razón. Los tipos que la perseguían no eran de los que se dan por vencidos. La agente podría ayudarla y protegerla.

Ana subió la escalinata, atravesó el primer control, preguntó por la agente, pero le informaron de que en ese momento no estaba. Pensó esperarla, pero al final optó por dejarle un mensaje.

Salió del edificio con una sensación de impotencia. Tenía ganas de llorar, de esconderse en su casa e intentar que simplemente pasara el tiempo, pero si había aprendido algo en esos cinco años como periodista era que el paso del tiempo no soluciona nunca nada.

Por lo poco que había leído la mañana anterior en el informe, lo que estaba sucediendo en el Capitolio era una serie de asesinatos. Todo tenía que ver con algo llamado Los Patriotas de Dios. No era mucho, pero lo suficiente para comenzar a investigar. Se dirigió hacia la Biblioteca del Congreso con la esperanza de que sus perseguidores no imaginaran que se iba a meter en la boca del lobo ella solita.

El viejo edificio construido por el presidente Adams en el 1800, era uno de los más viejos del conjunto que rodeaba al Capitolio. Thomas Jefferson había sido el gran impulsor de la Biblioteca del Congreso tras la destrucción de esta a manos de los ingleses en 1814 y ahora poseía una de las colecciones más importantes del mundo. Con sus treinta millones de libros y más de cincuenta millones de manuscritos, era el lugar más adecuado para averiguar cualquier cosa.

Gracias a su identificación de periodista pudo entrar en la biblioteca sin problema. Afortunadamente, su novio Mike había ido a su apartamento a llevarle algunas cosas y había podido vestirse con algo decente. Caminó por el amplio vestíbulo, que más bien parecía el de un palacio de la ópera que el de una biblioteca. Entró en el salón de lectura circular y se sentó en una de las mesas con ordenador. El cursor parpadeaba inquieto mientras Ana miraba a

uno y otro lado para asegurarse de que no la habían seguido.

La imagen de Mike desplomándose frente a ella golpeó su mente. Durante toda su precipitada huida apenas había podido pensar en él. No era el hombre de su vida. Era un buen amigo, un buen amante, pero no estaba enamorada de él. Entonces entendió hasta qué punto los seres humanos se utilizan unos a otros.

Miró de nuevo la pantalla e intentó concentrarse. La primera búsqueda en la base de datos de la biblioteca fue «patriota». Le salieron decenas de entradas. Después usó la frase «Patriota de Dios». Salieron varios documentos, discursos y el cumpleaños de Ronald Reagan.

Entonces sonó su móvil y el pitido estridente ocupó toda la cúpula. Miró a su alrededor, avergonzada, y corrió hacia el pasillo. La bibliotecaria, una mujer muy gorda, con sus gafas al filo de la nariz, refunfuñó algo que no logró oír.

Una vez en el pasillo abrió el móvil.

—¿Señorita Ana Gómez? —preguntó una voz.

La mujer sintió cómo el pulso se le aceleraba y tragó saliva antes de contestar.

—Sí, dígame.

—Soy la agente Alexandra Kolbe, creo que deseaba verme por un asunto importante. Como sabrá no hablamos con la prensa. Todo lo que hacemos es absolutamente confidencial.

—Lo sé. No la he llamado como periodista, señora Kolbe.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—He sido testigo de un asesinato y creo que unos hombres del Gobierno me están persiguiendo.

—¿Del Gobierno? ¿Es una broma? —preguntó Alexandra confundida.

—No. Me han perseguido dos veces y han matado a mi novio —dijo Ana con la voz ahogada por las lágrimas.

—Déjeme comprobar una cosa.

Durante unos segundos que se le hicieron interminables, Ana esperó a que la agente volviera a hablar.

—He comprobado que anoche puso una denuncia. Pero según el informe solo se trató de un robo.

—¿Un robo? No hubo ningún robo.

—Con respecto a su novio, Mike Goldsmith. Lo han encontrado muerto en

un callejón. Al parecer le habían robado la cartera y la policía de Washington ha tardado en localizarla, pero...

—¡Es mentira! ¡He visto como lo mataban con mis propios ojos! —gritó Ana. La gente del pasillo la miró sorprendida.

—Cálmese. ¿Dónde está en este momento?

—En la Biblioteca del Congreso.

—Estoy muy cerca. ¿Qué hace ahí?

—Busco un nombre. Mi contacto me dejó ver la información que me iba a pasar por unos instantes.

—¿Se siente con fuerzas para venir hasta aquí o prefiere que salga a buscarla?

—¿Dónde está usted?

—En el Capitolio.

—Mierda, es el último sitio donde querría ir. Lo que demonios esté pasando ha sucedido ahí —dijo Ana señalando el Capitolio—. Tengo entendido que hay un asesino o algo así.

—¿Cómo sabe eso? No se preocupe por su seguridad. Estaré en la puerta esperándola.

—Está bien.

Ana salió de la biblioteca y atravesó los jardines empapados del Capitolio. Como le había prometido, Alexandra estaba a la puerta esperándola. Aquella mujer atractiva y bien vestida parecía más una senadora que una agente.

—Señorita Gómez, encantada de saludarla —dijo la agente con un fuerte apretón de manos.

—Gracias.

—Por favor, sígame.

Las dos mujeres caminaron por las estancias privadas del Capitolio. Ana había visitado una vez el edificio, pero nunca había entrado en la zona reservada para los políticos.

—Imagino que está asustada, pero mientras esté conmigo no tiene nada que temer. Será mejor que comience por el principio.

Mientras descendían a los sótanos del edificio Ana narró brevemente las últimas cuarenta y ocho horas. El encuentro con el confidente, el asalto a su casa la noche anterior, el segundo encuentro y la muerte de Mike.

—Lo lamento —dijo Alexandra apoyando la mano sobre el hombro de la mujer.

—Gracias.

Entraron en una sala grande pero medio destartalada. Ana sintió un escalofrío. Nadie sabía que estaba allí y aquella mujer podría ser una impostora.

—No parece un lugar muy agradable, pero aquí hay alguien que podrá ayudarnos —dijo Alexandra al ver la mirada asustada de la mujer.

John Case estaba con los pies encima de la mesa mientras ojeaba una revista de fenómenos paranormales.

—¿Sigues leyendo esa basura? —bromeó Alexandra.

—En estas revistas a veces se hablan de temas muy serios. Hay fenómenos paranormales que tan solo son inventos secretos de los rusos o de nuestro Gobierno —dijo John muy serio. Después miró a la mujer y arqueó una ceja.

—Ya sé que en tu claustro no recibes muchas visitas, pero en este caso tendrás que hacer una excepción. La señorita Ana Gómez.

John la miró de arriba abajo. Después la señaló con el dedo y dijo:

—¿Usted es esa presentadora de televisión?

—Sí, me dedico a dar los informativos.

—¿Informativos? Propaganda y mentiras son lo que ustedes le cuentan a la gente.

—Disculpe, pero yo me limito a leer lo que pone en el guión —dijo Ana recuperando su arrogancia natural.

—No he traído a la señorita Gómez para que la insultes. Tiene una información importante sobre los asesinatos del Capitolio.

El hombre bajó los pies de la mesa, cruzó los brazos e hizo una mueca.

—Entonces se trata de asesinatos, como yo decía. ¿Fuiste a ver a ese chalado?

—Se llama Wellington —refunfuñó Alexandra, que odiaba la cara de superioridad de su viejo amigo.

—Ya sé como se llama. Fui yo el que te recordó el nombre.

Alexandra se sentó en la silla de al lado. Ana permaneció en pie. No terminaba de confiar en aquellos agentes. Nunca se los había imaginado de esa forma. Discutiendo entre ellos, bromeando como si tal cosa. Creía que ese tipo de gente dedicaba todo su tiempo a salvar el mundo.

—Usted dirá, señorita.

Los ojos de los dos agentes se posaron en ella y por primera vez en su vida no supo por donde empezar a contar lo que había sucedido.

—Bueno, no pude leer mucho. Únicamente que habían muerto varios senadores y congresistas y que el responsable, según el informador, era un hombre o un grupo llamado el Patriota de Dios.

—¿El Patriota de Dios? —preguntó Alexandra.

—Sí, El Patriota de Dios.

—¿Eso es todo? —dijo Alexandra decepcionada.

—Únicamente me dio tiempo a echarle un vistazo.

—Y, ¿por eso la persiguen?

—Pensarán que sé algo más —dijo Ana ofendida.

¿Qué se creía esa agente? En las últimas horas le habían disparado, intentado atropellar y asesinado a su novio delante de sus propios ojos. Alexandra leyó el rostro enfadado de la mujer e intentó suavizar sus preguntas.

—Sé por lo que está pasando. Pero necesitamos saber más para poder protegerla.

Ana agachó la mirada y tragó saliva para aguantar las lágrimas. Buscó en su mente algo de información. Alguna palabra del confidente, algo del informe, pero no recordaba nada más.

—No recuerdo nada más, a lo mejor cuando esté más calmada.

—No se preocupe. Será mejor que la lleve a un lugar más tranquilo —dijo Alexandra poniéndose en pie. Después miró a su amigo y este le respondió antes de que ella lanzara su pregunta.

—Sí, miraré lo del Patriota de Dios. ¿Contenta?

—Gracias John, eres un cielo.

Las dos mujeres salieron de la gran sala y se dirigieron hasta la primera planta.

—¿Dónde dormiré esta noche?

—Podría llamar al FBI e intentar que le buscaran un alojamiento seguro, pero dadas las circunstancias, si no le importa, será mejor que esta noche duerma en mi apartamento. No es muy ortodoxo, pero es seguro.

—Muchas gracias, agente.

—Por favor, llámame Alexandra.

Las dos mujeres caminaron por el vestíbulo y llegaron hasta la escalinata. La lluvia caía con intensidad sobre Washington. El inmenso espacio abierto estaba ribeteado de árboles que parecían arder mientras se sacudían sus hojas púrpuras.

Washington, 25 de octubre de 2022
18.00. La Casa Blanca.

El presidente salió hasta el porche y observó el Cadillac negro que se detenía frente a la fachada principal. No era como su flamante Cadillac DTS presidencial, pero sus líneas eran elegantes y contundentes. Pat Petrarca se apeó del coche y ascendió por la escalinata muy seria. Que el presidente la hubiera convocado urgentemente solo podía significar una cosa, las muertes en el Palacio del Capitolio tenían que terminar o su cabeza política pendería de un hilo.

El presidente forzó una sonrisa cuando la mujer llegó a su altura. Se dieron la mano y entraron sin mediar palabra en el edificio. Aquello tampoco era normal. El presidente solía mostrarse siempre afable y cariñoso, pero la tensión de los últimos meses, con las elecciones a la vuelta de la esquina, una oposición feroz y ahora el asunto de los asesinatos, lo debían tener en una tensión constante.

Entraron en el despacho en silencio y no fue hasta que estuvieron sentados que el presidente comenzó a hablar.

—Pat, solo me llegan malas noticias del Capitolio. Hay cuatro muertos, el jefe de la oposición me ha dado un ultimátum: si no resolvemos el caso y detenemos al asesino en una semana, sacaré todo el asunto a la luz. Eso será mi tumba política.

—Lo entiendo, presidente —dijo Pat, intentando aguantar la brillante y penetrante mirada de su compañero y amigo.

—He soportado de todo en estos cuatro años. Insultos, amenazas, todo tipo de presiones, pero he logrado mantener mi promesa de continuar hasta el final de la legislatura, y ahora que las cosas comenzaban a calmarse por fin, un loco lo va a echar todo a perder.

—Hacemos lo que podemos. Mis medios son limitados. Veinte policías, quince guardias jurados...

—Hace un año instalamos en los edificios del Capitolio el sistema de videovigilancia más sofisticado del mundo.

—Ya he tomado algunas medidas de extrema urgencia. He prohibido la entrada de visitantes, en el edificio ya no puede entrar ningún tipo de

vehículo o personal ajeno al Capitolio. Estamos investigando a todos los empleados, dentro de poco podré pasarte un informe detallado. El asesino cometerá algún error.

—¿Tú crees, Pat? —dijo el presidente levantándose de la silla—. Ya han muerto cuatro personas, dos de ellas eran amigos personales míos, a los otros dos los conocía desde hacía años. ¿Quién será el próximo? Hoy me ha llamado Steve Child, el director de *The Washington Post*. Me ha dicho que los ciudadanos tienen que saber lo que está pasando en el Capitolio. Le he pedido que aguante un poco, pero no sé cuánto más esperará para publicar el asunto de los crímenes.

—¿Cómo se ha filtrado la noticia?

—Pat, en los últimos meses han muerto cuatro congresistas, uno de ellos frente a millones de espectadores. No hay tertulia en la que no se hable del tema. El asunto va a estallar en mil pedazos.

—Lo siento, presidente.

—Tienes una semana. Si en una semana no han parado las muertes, me encargaré de que nunca más vuelvas a entrar en política.

—Presidente —dijo Pat, contrariada.

—Lo lamento, pero todos debemos sacrificarnos.

—Creo que la investigación de la agente Alexandra Kolbe del USCP está entorpeciendo nuestros avances. Si frenaras la investigación todo sería más sencillo.

—¿Por qué? —preguntó extrañado el presidente.

—Mi jefe de seguridad cree que lo que estamos sufriendo es una ola de atentados.

—¿Atentados?

—La oposición podría estar implicada.

—No quiero oír hablar más de conspiraciones, ya he tenido suficiente en estos cuatro años. La mayoría pensaba que nunca llegaría a ser presidente por el hecho de ser negro. Después dijeron que no aguantaría cuatro años, que todas las facciones ultras intentarían acabar conmigo. Y ahora dicen que no saldré reelegido otro mandato. Pero yo enseñé a la gente a creer de nuevo. Les devolví la esperanza.

—Sí, señor presidente.

—Quiero este tema resuelto en una semana. Las elecciones están a la vuelta de la esquina y mi maldita vicepresidenta lleva semanas clavándome

puñales por la espalda. Si continúa la presión, terminarán por salirse con la suya. La gente no está contenta con la carestía de vida, con los problemas en Siria e Irak, pero se mantendrá fiel y me votará —dijo el presidente volviendo a recuperar la compostura.

—La coyuntura internacional no nos ayuda —comentó la mujer.

—Al revés, es lo único que juega a nuestro favor. En contra de todo pronóstico, el pueblo ha visto que no me ha temblado el pulso para golpear a nuestros enemigos. Espero que la próxima vez que nos veamos me traigas en bandeja la cabeza de ese maldito asesino —dijo el presidente.

—Lo cazaremos.

Pat Petrarca se levantó y salió del despacho sin mediar palabra. Nunca había visto tan alterado al presidente. La tensión lo estaba matando. Después de cuatro años de legislatura, con una oposición implacable, los nervios de cualquiera estarían crispados. El presidente se debía de sentir muy solo en aquel inmenso palacio, pensó al entrar en el coche oficial.

Washington, 25 de octubre de 2022
19.30. Calle K.

El abogado Klame estaba a punto de salir de su despacho cuando sonó el teléfono. Dudó unos segundos si dejarlo sonar e irse a casa, pero sabía que si no le pillaban en la oficina insistirían en llamarlo a su móvil. Dejó la cartera sobre la mesa y cogió el teléfono.

—Dígame.

Su cara fue transformándose a medida que su interlocutor hablaba.

—¡Joder! ¿Cómo ha escapado? Os cargáis al novio, al confidente y la dejáis escapar a ella. Para eso sirve la ASN. ¿No sois capaces de encontrar a una mujer asustada?

El tono de voz del abogado iba en aumento.

—Ya sé que es una investigación extraoficial, pero tenéis luz verde de muy arriba. Haced oficial la búsqueda de la mujer y acusarla de sospechosa de los asesinatos de varios senadores.

Colgó el teléfono y respiró hondo. Tomó el informe que habían recogido del cadáver del confidente y lo repasó de nuevo. Si esa mujer había leído aquella mierda estaban perdidos. Se marchó al baño y se frotó la cara con agua fría del grifo. Cuando se miró al espejo, su piel negra brillaba con las gotitas que recorrían su rostro hasta el cuello duro de la camisa. Pensó en el tiempo que hacía que no echaba un buen partido de baloncesto. Sus brazos y piernas ya no eran fibrosos, su barriga y las canas mostraban parte de su decadencia física. Toda esa tensión iba a acabar con él.

Washington, 25 de octubre de 2022
23.30. Edificio del Capitolio.

Isabel prefería el turno de noche. A la mayor parte de sus compañeras les gustaba más trabajar por el día, sobre todo desde que habían comenzado a morir congresistas, pero ella se sentía más cómoda recorriendo los pasillos vacíos, entrando en los inmensos salones decorados con grandes cuadros y todo tipo de obras de arte sin que nadie le metiese prisa. Llevaba diez años en los Estados Unidos; Filipinas parecía un recuerdo lejano, no había vuelto nunca a su país en todo ese tiempo. Bueno, de hecho ahora era ciudadana norteamericana. Cuando le ofrecieron trabajar en el Capitolio no se lo pensó dos veces. Después de diez años de interina en una casa de Dupont Circle, aguantando a niños pijos y mamás estiradas, un simple parlamentario no podía ser peor que aquello.

Isabel abrió con su llave maestra la Cámara Principal de Reunión y vio a alguien sentado en la oscuridad. Se sobresaltó y soltó el palo de la mopa.

—Disculpe, no sabía que hubiera nadie trabajando a estas horas.

—No se preocupe —contestó la voz.

—¿Quiere que encienda la luz?

—No, gracias.

—Me marchó.

—Haga su trabajo, no me molesta.

La mujer dudó por unos momentos. Al final cogió la mopa del suelo y comenzó a limpiar. Ella no era nadie importante, los asesinos mataban siempre a gente influyente. ¿Qué podía temer?

—No tardaré mucho. La verdad es que todo está siempre muy limpio.

La figura se levantó de la mesa y se dirigió a la salida.

—Bueno, la dejo que haga su trabajo —dijo antes de abandonar la sala.

Washington, 26 de octubre de 2022
00.30. Distrito de Columbia.

Cuando sonó el teléfono no le hizo falta mirar el número para saber de quién se trataba. Algo había pasado en el Capitolio, pensó mientras se levantaba de la cama. Se vistió rápidamente y llamó a un taxi. Antes de marcharse le pidió a Ana que por ninguna razón dejara la casa.

En veinte minutos se encontraba enfrente de la imponente fachada iluminada por potentes focos. En la entrada había dos discretos coches de policía sin luces y una ambulancia. No se veían curiosos, alguien había hecho bien su trabajo y todo parecía calmado.

Entró en el edificio y vio enseguida a Martin. La esperaba a los pies de la escalera.

—Hola Martin. ¿Qué ha pasado?

—Nuestro asesino ha vuelto a actuar. Pero es peor de lo que pensaba.

—¿Por qué? —preguntó Alexandra.

—La víctima no es un congresista. Se trata de una de las mujeres de la limpieza, lo que arroja por tierra todas nuestras suposiciones.

—El modus operandi, nuestra interpretación de la forma en la que mató a sus víctimas. Tendremos que comenzar desde cero —dijo la mujer.

—Sí —contestó Martin.

—¿Dónde está el cuerpo?

—Ven conmigo.

Los dos bajaron por unas escaleras hasta los sótanos del edificio. Al parecer había otro sitio en donde a nadie se le había ocurrido poner cámaras. Los cuartos de limpieza del sótano y los vestuarios de los trabajadores.

El pasillo alargado, con cables negros por las paredes, daba a la zona un aspecto tétrico. Caminaron en silencio hasta que Martin se paró frente a una puerta. Unos policías tomaban huellas bajo una intensa luz blanca. El cuerpo de la mujer yacía semidesnudo en mitad de la sala. Había una bata doblada sobre un pequeño banco de color verde, unos zuecos blancos, colocados cuidadosamente bajo una taquilla abierta, y ropa de calle en una pequeña banqueta.

—Estaba preparándose para irse. Su turno terminaba a las seis.

—Qué mala suerte —dijo Alexandra mientras se ponía en cuclillas para observar mejor el cuerpo.

—Fue estrangulada con un alambre de una forma rápida e indolora. No creo que ni se enterara.

—Mejor para ella —dijo Alexandra intentando disimular su angustia.

—Era una trabajadora de la limpieza de cuarenta y ocho años, de origen filipino aunque llevaba un año nacionalizada como norteamericana —leyó Martin de una libreta.

—Esto descarta nuestra hipótesis del psicópata justiciero. Nuestro asesino es un tipo listo, muy listo. Que mate en el Capitolio es solo un hecho casual.

—¿Tú crees? —le preguntó Martin.

—Sí. El psicópata del que me hablaste, ese que se compró una pistola y mataba a diestro y siniestro, ¿acaso no asesinaba sin razón aparente y sin mediar palabra?

—Es cierto, y no es el único caso de asesino que mata sin razón aparente. Alexandra se movió con agilidad por el vestuario. Todo parecía en orden.

—¿Las cámaras han registrado algo?

—No, solo a la filipina trabajando.

—Nada extraño —dijo desesperada Alexandra.

—No —contestó Martin.

—Tenemos que investigar urgentemente a los miembros del personal, pero será mejor que nos vayamos a descansar un poco. Mañana será un día muy largo —dijo Alexandra saliendo del vestuario. Su cara no podía disimular el desconcierto. Había que comenzar la investigación de cero.

Washington, 26 de octubre de 2022
00.40. Hotel Nacional.

No había nada en la televisión. El hotel no tenía conexión a la televisión árabe Al-Yasira. Desde la segunda guerra del golfo estaba prohibida su emisión en los Estados Unidos. La tierra de la libertad tenía aquellas contradicciones.

Intentó dormir un rato, pero las escenas de la guerra volvían siempre a su mente. Damasco bombardeado durante tres días. La ciudad más hermosa de Oriente Próximo y la capital más antigua del mundo había sido arrasada por las bombas inteligentes. Bad Kisan, una de las joyas de la humanidad, nunca volvería a ser la misma.

El hambre y la falta de abastecimiento habían surgido rápidamente, devolviendo la ciudad a la época medieval. Después, la humillante llegada de los soldados norteamericanos y los productos envasados en bolsas amarillas de racionamiento. Pero lo peor estaba aún por venir. El terrorismo floreció entre la inmundicia de la pobreza. Los sirios se unieron a la inmigración de los iraquíes e intentaron huir a Turquía, pero ya no había sitio para más apátridas. Niños mendigando por la calle, mujeres prostituyéndose, mezquitas extremistas que cubrían los huecos de un estado destruido. La misma historia repetida una y otra vez. Ahora que todo volvía a la normalidad, justo en ese momento, él tenía que pagar una vieja deuda de juventud.

Se puso en pie y se acercó a la ventana. Apenas había coches por las calles. La gente dormía plácidamente en sus casas como en la mayoría de las ciudades del mundo. No sabían que el fin se cernía sobre ellos, que ahora eran ellos los que debían saborear el aliento fétido de la negra muerte. Alá sabía que él no guardaba odio ni rencor, pero por un instante supo que el odio era el canal más rápido para la rabia; aun así, se negó a odiar. Su alma era lo único que le quedaba y quería salvaguardarla del mal.

Washington, 26 de octubre de 2022
9.30. Cuartel general del USCP.

El CD contenía todos los datos del personal del Capitolio. En total cuatrocientas cincuenta personas entre secretarias, ujieres, camareros, médicos, psicólogos, preparadores físicos, personal de seguridad, de limpieza y cocineros. Una lista interminable de sospechosos.

—Tardaremos semanas en dar con el culpable —dijo Alexandra mientras pasaba rápidamente la lista por la pantalla ante sus ojos.

—Tendremos que formular tablas e ir eliminando sospechosos. Podemos equivocarnos y saltarnos algo importante, pero es la única manera —dijo Martin, inclinándose hacia la pantalla.

—Pero las referencias de la base de datos son poco detalladas. Nos dicen edad, sexo, profesión, estado civil, el tiempo que lleva trabajando en el Capitolio y poco más.

—Tendremos que usar eso por ahora. A ver, en total el personal es de cuatrocientos cincuenta. ¿Cuántos hombres hay? —preguntó Martin.

—Gracias a Dios, este es el único lugar donde la paridad de sexos funciona. Un sesenta por ciento de los empleados son mujeres y un cuarenta por ciento hombres.

—Veamos, eso reduce el número de sospechosos a ciento ochenta.

—Siguen siendo demasiados —contestó Alexandra. Sintió de nuevo el perfume de Martin, que estaba a unos milímetros de su nariz, pero se obligó a concentrarse en lo que hacía.

—¿Cuántos de los hombres tienen entre veinticinco y cuarenta y cinco años?

—Ya sabes lo que pienso de eso de la edad límite —dijo Alexandra.

—Bueno, incluyamos a varones hasta cincuenta años —dijo Martin complaciente.

—El cincuenta y uno por ciento están en esa franja de edad. Pero, ¿el asesino podría tener veinte años?

—No lo creo. Sus crímenes son demasiado elaborados.

—Está bien, nos quedamos con noventa y uno coma ocho sospechosos —dijo Alexandra con tono sarcástico.

—Son noventa y dos —apuntó Martin.

—Está bien, noventa y dos sospechosos. Todavía son demasiados para investigarlos a todos, ¿no crees?

—De esos noventa y dos, ¿cuántos tienen acceso a zonas de máxima seguridad? Se pueden descartar en principio a camareros y cocineros, pero el personal de mantenimiento y seguridad son los máximos sospechosos, ya que tienen más libertad de movimiento.

—Eso son cincuenta y seis personas —contestó Alexandra sorprendida de la capacidad de su compañero para ir acotando a los posibles asesinos—. ¿Quieres que vaya a por un café de máquina?

—No, estoy bien. Prefiero continuar —dijo Martin girando su cabeza, que quedó a tres o cuatro centímetros de la de Alexandra.

El exiguo despacho tenía mucha luz directa, por lo que habían tenido que bajar la persiana para poder leer con nitidez la pantalla plana del ordenador. Ahora ese ambiente que les había ayudado a concentrarse en la investigación también podía distraerles. El hecho de pasar juntos tantas horas y la camaradería que producía el estar en situaciones límite les había acercado mucho en apenas treinta y seis horas. Martin comenzaba a asustarse de sus sentimientos.

—¿Dónde aprendiste estas técnicas de búsqueda de sospechosos?

—Cuando estudié en Georgetown lo hacíamos constantemente. Ya sé que la selección puede ser un poco arbitraria, pero de otra manera, muchas de las identificaciones de posibles sospechosos serían imposibles de realizar. Si la búsqueda falla hay que realizar otro perfil.

—Entiendo.

—Bueno, decíamos que hay unos cincuenta y seis posibles sospechosos. Es el momento de comprobar si encajan en el perfil de psicópata que nos hemos trazado. Primero hay que descartar a los casados con hijos, pero no a todos, tan solo a los casados con más de cinco años de unión. Los psicópatas no suelen tener relaciones duraderas.

—Eso nos dejaría la cifra en veinte personas —calculó Alexandra.

—Estupendo. Las cifras comienzan a ser razonables. Ahora busquemos algún tipo de antecedentes penales o simples acusaciones de agresividad. Nuestro sospechoso debe llevar tiempo trabajando en el Capitolio, por lo menos un año.

—Eso nos deja con un total de dieciséis sospechosos, incluyendo siete

policías del USCP.

—¿Desde aquí se puede acceder a las bases de datos de la Agencia? — preguntó Martin.

—Sí.

—Saca la lista y comprobemos a los dieciséis sospechosos.

Durante dos horas sus pesquisas fueron reduciendo el número de sospechosos hasta cinco. Aquellos cinco hombres cumplían todos los perfiles de un psicópata, podía ser incluso que lo fueran. A pesar de que solo uno de ellos se había vuelto extremadamente violento, todos ellos, con el tiempo, podían transformarse en una bomba de relojería. La pena es que la policía y la selección de personal de edificios de alta seguridad todavía no empleaban esas técnicas para elegir a los candidatos de seguridad de los edificios.

—De los cinco sospechosos yo me quedaría con dos. Aunque tal vez no esté de más que investiguemos a los cinco. Es mejor no arriesgarse demasiado —dijo Martin.

—Estoy de acuerdo, Martin. Puede que el que menos sospechoso nos parece sea el psicópata. Déjame que le pida la autorización a la presidenta del Capitolio. Intentaremos hacer las cosas por las buenas y si no... —dijo Alexandra imitando los gestos de la presidenta.

—Después del último asesinato, seguramente la presidenta entre en razón. No tiene nada que perder dejándonos investigar y si por casualidad damos con el sospechoso, seguro que no tardará mucho en colocarse la medalla.

—No lo dudes.

Alexandra salió del despacho y se dirigió a la otra ala del edificio, donde tenía su despacho la presidenta. Sentía que estaban dando palos de ciego y que la situación era desesperada, pero lo intentaría todo con tal de atrapar al psicópata. El asesino sabía al dedillo la colocación de las cámaras, se movía por los edificios del Capitolio con total impunidad, entrando y saliendo a su antojo. Tenía que tratarse de un miembro del personal. No había tiempo, ese loco peligroso ya había matado a cinco personas y si no lo detenían volvería a matar. Las elecciones estaban a la vuelta de la esquina, en unos días se disolverían las Cámaras durante la campaña y aquellos horribles crímenes quedarían impunes. Había pensado ir a ver a Wellington y preguntarle directamente por el Patriota de Dios. Tal vez él pudiera aclararle de quién se trataba. Pero antes tenía que crear un perfil psicológico del asesino e intentar reducir el número de sospechosos. La vida de personas inocentes estaba en

juego.

Washington, 26 de octubre de 2022
10.30. Edificio del Capitolio.

La presidenta de la Cámara no tardó en aceptar su petición de interrogar al personal del Capitolio. Decidieron citar a los cinco hombres ese mismo día. El caso era demasiado grave para andarse con miramientos. Martin dio instrucciones a Alexandra para que los sospechosos no se viesan en ningún momento. Había que citarles con intervalos de dos horas. Debían entrar por una puerta y salir por otra para que no hubiera la más mínima posibilidad de que coincidiesen. A los sospechosos había que contarles que las entrevistas eran rutinarias y que se hacían para conseguir perfiles psicológicos de los empleados del Capitolio, pero que no era una supervisión de cargos. Los sospechosos no debían sentir que sus puestos estaban en peligro. Con casi total seguridad, los sospechosos relacionarían los interrogatorios con los asesinatos, pero eso era inevitable.

Una de las dificultades a la hora de interrogar a un psicópata se encontraba en que solían mantener un nivel de frialdad y seguridad destacado. Además se adaptaban enseguida al perfil de su interrogador intentando seducirle con sus encantos, por lo que el entrevistador tenía que cambiar constantemente de tono, tipo de preguntas y estrategia. Martin siempre decía que era lo más parecido a la caza que conocía, la única diferencia era que la presa, en muchos casos, era más inteligente que el cazador.

Para poder interrogar a todos en un día era necesario dedicar al menos diez horas, Martin sabía que corría el peligro de perder el control de las últimas entrevistas, pero no disponían de más tiempo.

Los cuatro primeros interrogatorios se dieron relativamente bien. Dos de los sospechosos en un examen superficial quedaron totalmente descartados. Sus datos no estaban completos y su perfil no cumplía el del psicópata; por otro lado, el interrogatorio desveló personalidades no psicopáticas. Los otros dos perfiles eran claramente de psicópatas, pero Martin dudaba de que tuvieran la fuerza física y las habilidades para haber llevado a cabo cinco asesinatos, por lo que todas sus expectativas se centraban en la última entrevista. Lo malo era que, tras ocho horas de interrogatorio y al filo de las diez de la noche, sus propias neuronas comenzaban a fallar.

Alexandra había pasado toda la tarde coordinando las entrevistas, intentando evitar que los sospechosos coincidiesen y tomando nota de las charlas. Al final de cada interrogatorio, repasaban el caso brevemente, hacían una evaluación rápida y continuaban con el siguiente. Ya tendrían tiempo de cotejar toda la información con la cabeza más despejada, pero Martin sabía que las primeras impresiones frente a un psicópata eran importantes.

Cuando el último interrogado entró en la sala, el psicólogo percibió en su aspecto y forma de comportarse algo inquietante, pero prefirió centrarse en las preguntas y no dejarse llevar por la intuición.

—Marcos Fuentes, policía del USCP, veintiocho años, soltero. Lleva cinco años de policía...

—Sí, señor —contestó el policía.

—Un año y medio trabajando en el Capitolio. ¿Cómo consiguió la plaza?

—Hay muchos candidatos para entrar en la seguridad del Capitolio, pero me imagino que me eligieron por el expediente.

—Su expediente académico es impresionante. Lo increíble es que no sea ya inspector de policía —dijo Martin intentando tocar el orgullo del sospechoso. El orgullo solía ser uno de los puntos débiles de los psicópatas.

—Imagino que si todos los policías nos hiciéramos inspectores, nadie haría el trabajo de calle —comentó el sospechoso sonriente.

—Pero hay determinadas personas con capacidades que pueden aspirar a más. ¿Cuáles son sus aspiraciones más inmediatas?

—¿Mis aspiraciones? Me imagino que como las de todos los demás. ¿Cuáles son las tuyas? ¿Construir una familia, comprarte una casa con piscina?

Martin sintió un escalofrío. Aquel cabrón sabía qué fibra tocar. Tenía que entrar en su juego aunque eso fuera peligroso. Solo había un obstáculo, Alexandra. Mientras ella estuviera allí, el sospechoso no traspasaría los límites. En contra de lo que se creía popularmente, Martin sabía la capacidad de autocontrol que podía tener un psicópata en un momento de estrés máximo.

—Por favor, ¿serías tan amable de traerme un café? Pero ve hasta la cafetería. No puedo tomar ni una gota más de esa bazofia de café de máquina.

Alexandra comprendió lo que Martin pretendía, se levantó sin rechistar y fue a la sala de control. Allí podría seguir la charla con unos auriculares.

—Por fin solos —dijo el sospechoso. Su tono había cambiado

notablemente. Quería provocar cierto temor en él y controlar el interrogatorio. Martin le dejaría hacer hasta que cayera en la trampa.

—¿Le intimidaba mi compañera? —preguntó para dar de nuevo en su orgullo.

El hombre sonrió. Se inclinó hacia delante y a unos centímetros de la cara de Martin le dijo:

—Soy policía. Reconozco un interrogatorio cuando lo veo. ¿Están buscando candidatos para el cuerpo especial del USCP?

—Tal vez. Pero no sabemos si usted sería capaz de desarrollar un trabajo de tanta responsabilidad. Veo que sus estudios no son muy importantes, solo consiguió graduarse con los estudios básicos. Después hizo el curso para mayores de veintiuno y eso le permitió entrar en la policía metropolitana de Washington. ¿Por qué dejó sus estudios? En la Academia sí sacó buenas calificaciones.

—No aprendí gran cosa en el colegio. Hay colegios que parecen más bien una cárcel.

—¿Le gusta su trabajo aquí? —preguntó Martin intentando imprimir más ritmo a la conversación. El sospechoso se estaba adaptando ya al tipo de preguntas.

—Es un trabajo tranquilo, pero los policías que trabajan aquí se vuelven un poco comodones y confiados. ¿Le gustan los hombres? —dijo el policía cambiando de nuevo de tema.

—No —Martin sabía que la única forma de pillar a un psicópata era darle la sensación de que estaba ganando la partida—. Usted sí hace bien su trabajo, por eso cinco personas han muerto en los últimos días delante de sus narices y no ha hecho nada para evitarlo.

El sospechoso miró al psicólogo fijamente y volvió a sonreír. Él sabía que un hombre como aquel nunca mostraría la más mínima emoción, tan solo al sentirse dolido en su orgullo podía reaccionar y delatarse.

—¿Qué pasó para que el niño de papá tuviera que convertirse en un funcionario de tercera? ¿Te dejaste perforar por algún amigo de la universidad?

—Limítese a contestar a lo que se le pregunta —dijo Martin contrariado. Aquel cabrón estaba acercándose demasiado.

—Bueno, psicólogo. No se ponga nervioso. Yo hago bien mi trabajo, pero ya le he dicho que los policías de aquí son como perros sin olfato. Esos

inútiles no atraparían ni a una ancianita a la carrera. ¿No ha visto sus barrigas? Mire en cambio mis abdominales —dijo el policía subiéndose el uniforme—. Espero que esto no le caliente demasiado. Pero no se preocupe, aquí no está papá para castigarlo.

Martin estaba muy cansado. Aquel tipo estaba jugando muy fuerte y no sabía cuánto tiempo más resistiría sin perder los nervios.

—Por favor, bájese la camiseta. Cualquiera puede machacarse el cuerpo para hacer musculitos, pero a mí los hombres que me gustan cultivan otras cosas que usted no entendería. ¿Tiene amigos entre sus compañeros?

—Ah, le va más el rollito psicológico. ¿Qué prefiere, hacer de zorrilla o de niña inocente?

—Céntrese en las preguntas —dijo enfadado el psicólogo.

El sospechoso volvió a sonreír y se reclinó en la silla con los brazos detrás de la cabeza. Percibía el efecto que estaba causando y eso le hacía sentirse muy bien.

—¿Amigos aquí? ¿Usted cree en la amistad? ¿Es amigo de la furcia esa que le va a por café? Le gustan maduritas, ¿qué pasa, que le recuerdan a mamá?

El muy cerdo había llegado donde quería llegar desde el principio. A veces él tenía la sensación de que llevaba un cartel escrito en la cara que decía: «Víctima de abusos infantiles, por favor echen toda su mierda sobre mí». Todas las terapias a las que había acudido, sus propios intentos por dejar el sentimiento de culpa de las víctimas de abusos, habían sido inútiles. El hecho de que solo se hubiera acostado con una mujer en todos aquellos años le recordaba que había heridas que no cicatrizaban nunca.

—No tiene amigos, no está casado, no hace bien su trabajo. Permítame una pregunta personal: ¿es usted impotente? —contraatacó Martin.

El hombre dejó su actitud fría y por primera vez tuvo que realizar un verdadero esfuerzo de autocontrol para no perder los nervios. Martin lo percibió; había encontrado su punto débil y no lo iba a dejar escapar. Conocía los problemas sexuales de la mayor parte de los psicópatas, muchos de ellos habían sufrido abusos en su infancia o no aceptaban sus inclinaciones sexuales. Su tendencia a echar siempre la culpa de todo a los demás hacía imposible su cura.

Alexandra observaba la escena desde la sala de control. A veces daba respingos en la silla, movía los pies nerviosamente debajo de la mesa o se

pasaba las manos por la cara. Aquel tipo se estaba pasando con Martin. Le hubiera encantado entrar en el despacho y partirle la cara sin mediar palabra, pero sabía que todo era un juego y tan solo el que no perdiera los nervios podría ganar la partida.

—¿Impotente? ¿Le interesa mucho mi impotencia?

—Su respuesta es sí —dijo Martin, esbozando una sonrisa. Ahora percibía su poder sobre él.

—¿Quiere que hagamos la prueba? —dijo el hombre poniéndose en pie.

—No dispongo de tanto tiempo. A no ser que su verdadero problema sea la eyaculación precoz —dijo él, burlón—. Será mejor que se ponga en manos de una profesional. Una última pregunta.

Martin se quedó callado por unos momentos. Quería aumentar la ansiedad del sospechoso. Llevarlo al límite.

—Usted dirá —dijo por fin el sospechoso molesto por el silencio.

—¿Necesita pegar a las mujeres para que se le levante?

El hombre se puso en pie y lo cogió bruscamente por el brazo. Alexandra soltó los auriculares y corrió a la sala de al lado. Cuando entró en el despacho, el sospechoso tenía el puño en alto. La agente le sujetó la mano, el hombre se giró y recibió un puñetazo en plena cara.

—¡Basta! —gritó Martin.

Los dos se detuvieron.

—Señor Marcos Fuentes, puede irse.

—¿Qué? —dijo Alexandra sorprendida.

—Ya me ha oído. Por favor, retírese.

Cuando los dos se quedaron solos Alexandra colocó la silla caída y se sentó en ella.

—¿Por qué lo has dejado marchar? Ese cerdo es el asesino.

—No es él —dijo él recolocando los papeles.

—¿Cómo que no lo es? He escuchado toda la conversación.

—El hombre que buscamos no se habría hundido. Este tipo será un maltratador impotente, violento y asocial, pero no es el hombre que buscamos.

—¿Estás seguro?

—Nunca se puede estar seguro cien por cien, pero el asesino tiene más cerebro y agallas que el señor Marcos Fuentes.

—Eso pone otra vez el marcador a cero.

—No, ya sabemos que no es nadie del personal. Ahora hay que centrarse en los congresistas. Espero que tu amiga la presidenta nos deje interrogar a sus señorías.

—No va a ser fácil convencerla —dijo Alexandra con una sonrisa.

Washington, 26 de octubre de 2022
20.30. Edificio del Capitolio.

La negociación fue muy dura. La presidenta puso sus condiciones, pero tenía que descubrir al asesino lo antes posible. Seguía pensando que se trataba de un terrorista que intentaba dar un vuelco electoral en las próximas elecciones. Incluso se planteó llamar a un par de directores de periódico y dar luz verde para que se publicara sobre los asesinatos, de esa manera el terrorista quedaría satisfecho y dejaría de matar, pero ella pensaba que eso era exactamente lo que el terrorista estaba buscando. Además, las instrucciones del presidente eran claras: nada de filtraciones a la prensa.

Alexandra y Martin lograron acceder a los datos secretos de los congresistas. El número de parlamentarios ascendía a cuatrocientos treinta y cinco. Emplearon las mismas técnicas que la vez anterior. Descartaron a las mujeres y se quedaron con los trescientos veinte hombres. De ellos solo ciento cincuenta tenía edades comprendidas entre veinticinco y cincuenta años. De esos ciento cincuenta, solo había veinte solteros que cumplieren los perfiles psicológicos psicopáticos. No era mucho, pero por lo menos tenían un hilo del que tirar.

Las dificultades comenzaron cuando, al contactar con los congresistas y senadores, se dieron cuenta de que sus agendas estaban repletas de reuniones de partido, viajes, comisiones parlamentarias etcétera, por no hablar de los compromisos preelectorales, lo que dificultaba entrevistar a todos de una forma rápida. Por otro lado, a sus señorías no les hacía ninguna gracia que los consideraran sospechosos de asesinato.

—Me temo que los interrogatorios serán mucho más lentos y complicados. Tampoco podemos arriesgarnos a un enfrentamiento directo con un parlamentario —dijo Martin un poco frustrado ante las perspectivas de conseguir ver a todos los congresistas.

—Conseguir todas las entrevistas nos llevará por lo menos una semana, a no ser que persigamos a cada uno de los sospechosos —dijo Alexandra.

—¿Podemos hacer eso? ¿El USCP está autorizado a seguir a parlamentarios? —preguntó extrañado Martin.

—Si es un caso de seguridad nacional, sí.

—¿Quién determina que caso es de seguridad nacional o no lo es? — preguntó Martin.

—El presidente de los Estados Unidos es el que lo determina.

—¿Crees que lo autorizará? —dijo Martin algo sorprendido. Sabía que el USCP hacía muchas misiones de seguimiento, que entre sus archivos se guardaban los detalles de las vidas privadas de periodistas, empresarios, actores y políticos, pero no le gustaba nada pensar que cualquiera podía ser objeto de una investigación por el único hecho de no caer bien al Gobierno de turno.

—Está desesperado, en cinco semanas es su reelección —dijo Alexandra levantando la vista.

Alexandra necesitaba un café con urgencia, en las últimas noches no había logrado dormir mucho y cuando lo conseguía tenía unas horribles pesadillas.

—Tenemos que arriesgar todo y elegir a dos congresistas. No tenemos tiempo para interrogar a veinte. Por favor, cursa la orden de seguimiento a ver si la autoriza el presidente.

—De acuerdo, hablaré con el jefe —dijo Alexandra. Hizo una señal y por fin el camarero se acercó—. ¿Quieres tomar algo?

—Un café me vendría bien.

Alexandra pidió dos cafés y durante unos segundos se quedó pensativa. No conocía a fondo a Martin, pero le sorprendía su sensibilidad y su aparente vulnerabilidad.

—Gracias.

—¿Qué? —preguntó Alexandra saliendo de sus pensamientos.

—Gracias, no pensé que trabajar contigo fuera tan gratificante.

La cara de la agente se iluminó por completo. Le hubiese gustado decir que ella también se sentía bien. Que solo él había conseguido sacarla del ensimismamiento en el que se había convertido su vida en los últimos años, que era el hombre más fascinante que había conocido en todo ese tiempo, pero se limitó a sonreír y sorber su café caliente.

—Aquel hombre te puso contra las cuerdas —dijo Alexandra.

—¿Quién? Ah, ese tipo. No, es una técnica para hacerles hablar. Consigues que baje la guardia y cuando menos se lo espera le das un gancho en plena mandíbula —dijo Martin intentando mostrarse indiferente.

—Pues te dio varios golpes bajos.

—Todos tenemos un pasado y, por desgracia, hay cosas en él que nos

hubiera gustado que no sucedieran, pero hay que vivir con ellas.

—Claro, sé de lo que hablas.

—A propósito, ¿dónde está tu alumno sirio?

—No tengo ni idea. Pensé que estaría pegado a mi culo todo el día, pero debe dedicarse a hacer turismo con el dinero del contribuyente —bromeó Alexandra.

—Brindemos por algo.

—Por nuestro pasado, que aprendamos de él, pero que no controle nuestro futuro —dijo Alexandra levantando su taza de café.

—Brindo por eso.

—Pues vayamos a por el primer congresista —dijo Alexandra, alzando la taza.

Washington, 27 de octubre de 2022
7.00. Distrito de Columbia.

Aquella mañana se levantó optimista. A pesar de que la investigación avanzaba muy lentamente, la sola idea de pasar la mayor parte del tiempo con Martin le alegraba el día. Ya habían conseguido interrogar a un congresista y ese mismo día verían al segundo.

Se hizo un té y caminó hasta su estudio. Encendió el ordenador y esperó a que se iniciase mientras daba los primeros sorbos al té humeante. Se le pasó por la cabeza llamar a su madre. A lo mejor le decía que aquel domingo se pasaba por la iglesia para acompañarla a la reunión.

La musiquilla del ordenador despejó sus ideas. Abrió el explorador y en unos segundos se cargó la portada del periódico digital. Sus ojos fueron directamente al titular principal.

—Mierda —dijo vertiendo parte del té.

Corrió hacia el baño, se vistió a toda prisa y mientras bajaba las escaleras comenzó su ronda de llamadas. Primero al jefe, pero este no le cogía el teléfono. Después a Martin, él sí lo cogió enseguida.

—¿Has leído el periódico?

—No.

—Se ha filtrado la noticia. En primera plana en grandes titulares dice: «Asesino terrorista aterroriza al Capitolio».

—Esto complica mucho las cosas. Se acabó la discreción. Pero puede beneficiarnos.

—¿Beneficiarnos?

—Sí. Los psicópatas buscan siempre protagonismo. Desean que alguien aprecie su obra de arte. Además, nuestro asesino cree que está impartiendo justicia.

—¿Cómo piensas que reaccionará ahora? —preguntó Alexandra mientras paraba un taxi.

—Debe sentirse enfadado. Seguramente vuelva a matar en breve y cometa un error, ahora se cree invulnerable.

—Vístete y sal corriendo para el Capitolio, nos vemos allí —dijo Alexandra, cortando la llamada.

Lo que más le preocupaba era cómo iba a reaccionar la presidenta de la Cámara de Representantes. Si había un animal verdaderamente cobarde ante la prensa era el animal político.

Cuando estuvo delante de Pat Petrarca se temió lo peor. La presidenta estaba sentada en su silla. Tenía dos móviles sobre la mesa, toda la prensa del día, un café frío y cara de pocos amigos. La mujer no levantó la cabeza cuando Alexandra entró, pero sin ni siquiera mirarla a la cara le dijo:

—Se acabó.

—¿El qué se acabó? —preguntó Alexandra sentándose en la silla.

—Tu investigación. Se confirman las sospechas de un ataque terrorista. El asesino del Capitolio es algún tipo de integrista radical. He seguido vuestras investigaciones y solo habéis dado palos de ciego. Un asesino en serie. Ridículo. Los asesinos en serie buscan víctimas débiles y no arriesgan tanto entrando en un edificio de máxima seguridad para matar congresistas.

—No sabía que eras criminalista —dijo Alexandra molesta.

—Tú tampoco lo eres. ¿Por qué el USCP manda a un experto en corrupción política y no envía a un grupo especializado en crímenes, como sería de esperar?

—Nosotros no tenemos especialistas en crímenes. Somos una Agencia de Inteligencia y Seguridad.

—Mejor me lo pones. Tenéis denegado el permiso para acceder a las zonas privadas del Capitolio, denegada la autorización para interrogar al personal del Capitolio o a cualquier congresista, permiso denegado para...

—Rascarme el culo —dijo Alexandra levantándose de la silla.

—Mira que eres grosera. Hay gente que no cambia nunca —dijo la presidenta mirando fijamente a la agente.

—En cambio otros se cambian de chaqueta con facilidad.

—Lo dices por mí. Sigo en el mismo partido en el que militaba a los veinte años. En cambio tú tuviste que dejar el partido cuando las cosas comenzaron a ir mal, cuando saltaron los casos de corrupción.

—No, yo me fui cuando comprendí que ya habíais traicionado todo aquello en lo que creáis. Cuando los votantes eran tan solo un medio para que consiguierais vuestras ambiciones personales y de partido. Todo con el pueblo pero sin el pueblo. ¿Te suena?

—¿Los otros son mejores, acaso? —preguntó cínicamente la presidenta—.

Nos han puesto todas las zancadillas posibles para adelantar las elecciones, han mentido, han manipulado...

—No me digas más. El fin justifica los medios.

—Tú lo has dicho —dijo la presidenta.

—No os importa que gente inocente esté muriendo. Tan solo os importa ganar las elecciones, ¿verdad?

—Si no ganamos nosotros ganarán ellos.

—Tienes razón, no hay un psicópata en el Capitolio. Estáis todos locos, todos sois unos psicópatas.

Alexandra se levantó y cerró la puerta bruscamente. Ella no se consideraba por encima del bien y del mal, pero al menos intentaba ser coherente. Las puertas del Capitolio se habían cerrado a cal y canto. Su mañana optimista se había evaporado antes de las doce del mediodía.

Washington, 26 de octubre de 2022
14.00. Distrito de Columbia.

Entró hecha una furia en el apartamento y se dirigió directamente hacia Ana. La mujer llevaba dos días enclaustrada en la casa. Se pasaba el tiempo viendo la televisión o durmiendo.

—¿Qué has hecho, maldita zorra? —le espetó señalándola con el dedo.

—¿Quién, yo? —dijo con los ojos como platos.

—Eres periodista, ¿no? Una maldita periodista con la exclusiva del año, no sé qué esperaba de ti.

—Yo no he filtrado la noticia. Por primera vez en mi vida la única noticia que quiero dar es que han cogido a ese cerdo.

—No me creo nada —dijo Alexandra arrojando el abrigo sobre el sillón.

—Es cierto, no soy tan tonta.

Alexandra se desplomó en el sillón y cerró los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana.

—La presidenta de la Cámara de Representantes me ha sacado del caso. No puedo ni acercarme al edificio.

—¿Por qué? —preguntó asombrada Ana.

—Dice que es un asunto terrorista y que no me compete.

—Hay alguien que está intentando tapar el asunto, ¿es que no lo ves?

—Tal vez sea mejor, este asunto me estaba volviendo loca.

—¿Vas a tirar la toalla?

Ana se puso en pie. Con el pelo despeinado y un pijama viejo de Alexandra ya no parecía la misma presentadora arrogante.

—No, ¿tengo pinta de darme por vencida con facilidad?

Alexandra sonrió y comenzó a explicar su plan a Ana.

—Tu idea es ir de nuevo a ver a ese tal...

—Wellington —respondió Alexandra.

—Sacarle el máximo de información posible y averiguar qué significa eso de Patriota de Dios, pero, ¿cómo vas a interrogar a los sospechosos?

—Ya me las apañaré.

—Quiero ir contigo a...

—Ni hablar. Será mejor que te quedes en casa.

—Ese tipo no hablará con una poli, pero seguro que si le digo que soy periodista, que me interesa su historia, se le desata la lengua. Todo el mundo quiere salir en la tele.

—Está bien, pero no te apartarás ni un segundo de mí. Martin, un compañero psicólogo, también viene con nosotras.

—¿Cuándo salimos?

—Primero tengo que hacer unas llamadas. ¿No creerás que eso es Disneylandia? Se trata de una prisión federal de máxima seguridad —dijo Alexandra.

Ana se fue al baño para darse una ducha y cambiarse. Un poco de emoción le vendría bien. En los días de encierro se había comido todas las existencias de chocolate de la casa, los frutos secos y el helado. Si continuaba así, se pondría como una vaca.

—Una cosa —dijo Ana.

—Dime.

—¿Qué tipo de ropa se pone una para ir a una prisión de máxima seguridad?

Alexandra se puso las manos en la cabeza. Aquella mujer era más insoportable en persona que por televisión.

Carolina del Norte, 27 de octubre de 2022

18.00. Institución mental penitenciaria federal de Butner.

Al principio Alexandra pensó que la llegada de tres extraños podría desconcertar a Sam Wellington, pero aquel maldito psicópata quería cuanto más público mejor.

Allí sentado, con su mono naranja y sus pecas, parecía un granjero inocente, un palurdo inofensivo. Se había repeinado para verlos. Incluso se había echado una colonia de olor asfixiante. Ana lo sedujo enseguida con sus cantos de sirena y el hombre comenzó a narrar su vida.

—Mi vida es un poco larga —explicó Sam.

—Nos interesa todo lo relacionado con su... intervención en el Capitolio —dijo Ana.

—Y, ¿todo esto saldrá en los periódicos?

—No, en la televisión. Creo que su vida nos dará para una serie completa.

—Pero, ¿dónde están las cámaras?

—Primero entrevistamos y preparamos el terreno, después venimos con las cámaras. Tener a todo un equipo para no grabar nada cuesta un dineral.

—Claro. Pues pregunte.

—Será mejor que sea usted el que nos cuente cómo sucedió todo.

—Todo sucedió hace treinta años. En un viaje que hicimos a Roma.

—¿Treinta años? —preguntó Martin.

El hombre miró enfadado al psicólogo y le hizo un gesto con las manos, para que se callara.

—Perdón.

—Como les decía, todo sucedió hace treinta años. Un grupo de estudiantes de varios colegios católicos de Maryland viajamos a Europa aquel verano. La idea era visitar Francia, Italia y Alemania. La última etapa de nuestro viaje era Roma. Nuestro colegio era uno de los más importantes de los Estados Unidos y nuestro profesor consiguió que viéramos al papa en una de sus audiencias.

—¿Al papa? —preguntó extrañada Alexandra.

—Sí, a su santidad Juan Pablo II. En aquel momento llevaba un par de años de pontificado. El bueno de nuestro profesor, Joe Perry, nos dejó

vagabundear por la plaza antes de entrar a la audiencia. Cuando nos reunió a todos, faltaba un niño. Era un irlandés regordete llamado Liam McCourt.

—¿Qué le había pasado? —preguntó la periodista.

—Nadie lo supo, pero apareció muerto al poco rato, allí mismo en la plaza.

—¿Muerto? —dijo Alexandra.

—Asesinado.

—¿Le robaron? ¿Tenía señales de violencia? —preguntó Martin.

—Lo habían degollado y acuchillado por todo el cuerpo. Murió desangrado a los pocos minutos.

—Pero, ¿qué tiene que ver esta historia con la del Capitolio? —dijo Ana desconcertada.

—Todo empezó en ese momento. El cadáver del joven Liam nos sigue persiguiendo hasta el día de hoy.

Se produjo un largo silencio. Alexandra pensó que estaban perdiendo el tiempo y que ese chiflado desvariaba.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Ana.

—Todos sabíamos que el asesino de Liam era uno de nosotros. Incluso puede que fuera algo planeado por varios.

—¿Algo premeditado? —dijo Martin.

—Sí. Una especie de asesinato ritual.

—Lo que nos cuenta es increíble —dijo Alexandra.

—¿Y si le digo que todos los que fueron a ese viaje están muertos?

—¿Muertos? —preguntaron los tres a coro.

—Todos menos cuatro personas. Yo creo que estoy vivo porque nadie puede matarme a mí aquí dentro.

—¿Quiénes son esas cuatro personas? —preguntó Alexandra.

El hombre se giró hacia la agente y con una sonrisa burlona la miró a los ojos.

—¿Sigues pensando que estoy loco?

En ese momento, el móvil sonó y todos dieron un respingo.

Washington, 27 de octubre de 2022
19.30. Parque Potomac Oeste.

La noche lluviosa disuadía a los turistas de pasear cerca del hermoso estanque que llevaba hasta el monumento a Abraham Lincoln. Haidar aceleró el paso, subió las escalinatas solitarias y se acordó de las ruinas romanas de Siria. Se le pasó por la cabeza la idea de que, dentro de mil años, todo aquello sería un montón de restos del mayor imperio de todos los tiempos. Cuando atravesó las imponentes columnas dóricas, la imponente figura del presidente lo miró desde su trono. La estatua parecía nerviosa, aferrada con las manos a los apoyabrazos y con la intención de ponerse en pie en cualquier momento.

Haidar leyó la inscripción de la pared:

*«In this temple
as in the hearts of the people
for whom he saved the Union
the memory of Abraham Lincoln
is enshrined forever.»¹⁰*

¹⁰ «En este templo/ como en el corazón del pueblo/ para el que salvó la Unión/ la memoria de Abraham Lincoln/ está consagrada para siempre.»

En ese momento una figura se aproximó desde detrás y Haidar se giró asustado.

—Esta vez el viejo Lincoln no podrá salvar la Unión, ¿verdad Haidar?

El hombre se acercó hasta él y apoyó el brazo en su hombro.

—Primero se hará el caos en el Capitolio. Imagina cuando a las veinticuatro horas comiencen a morir congresistas, senadores, el presidente y la vicepresidenta, la flor y nata de la política y el poder. Después sus chóferes, la gente del servicio, los guardaespaldas. Una bacteria más mortífera que el ébola. Todos se marcharán a sus casas tan tranquilos, comenzará la campaña electoral y la bacteria se propagará por los estadios repletos de seguidores, de mitin en mitin.

Haidar sintió un escalofrío. Por su causa cientos o quizá millones de personas morirían.

—No tendremos nada más que esperar. Después atacaremos a su ejército,

que estará desmoronado, sin cabeza. Los echaremos de Siria, de Irak y de Afganistán. Nunca más volverán a recuperar su fuerza —dijo el hombre masticando cada palabra.

—No sé si podré hacerlo —dijo Haidar con voz temblorosa.

—¿Qué?

—Es demasiado horroroso.

—Ellos no dudaron en bombardear nuestras ciudades y matar a miles de inocentes.

—Lo sé, pero que aquello estuviera mal no justifica esto.

—Entonces tendrán que morir otros inocentes. Tu familia, tus amigos, tus hijos...

—No, por favor —dijo el hombre con la voz entrecortada.

El hombre sacó un pequeño recipiente de plástico para guardar lentillas. Se lo pasó y Haidar lo guardó en su bolsillo.

—No lo abras bajo ningún concepto hasta estar dentro del Capitolio. Tendrás que esperar a la última sesión. La preside la vicepresidenta, estará el Gobierno en pleno, los senadores y los congresistas.

—Entendido.

—Solo quedan dos días. Dos días y todo habrá terminado. Ten fe.

El hombre desapareció de nuevo entre las sombras. Haidar se quedó quieto, contemplando la gran explanada. El cielo todavía no estaba completamente oscuro, una luz rojiza resplandecía a lo lejos. El último rayo antes de que todo se volviera oscuridad.

Carolina del Norte, 27 de octubre de 2022
19.30 Institución mental penitenciaria federal de Butner.

Alexandra miró el teléfono; era el móvil de John Case. Marcó rellamada. Cuando la voz de John se oyó en el teléfono tardó unos segundos en reaccionar, las últimas palabras de Sam Wellington resonaban todavía en su mente. Habían apuntado los cuatro nombres. Eso reducía extraordinariamente su búsqueda, aunque no estaba segura de creer todo lo que había contado ese maldito loco. Además, ¿por qué alguien iba a vengarse de una muerte sucedida hacía más de treinta años?

—John, no pude coger antes el teléfono. Estábamos en Butner, delante de Sam Wellington.

—No te preocupes, Alexandra.

—¿Qué sucede, John?

—He encontrado eso que me pediste, no te lo vas a creer —dijo el hombre sin poder ocultar su entusiasmo.

—Dime.

—No, mejor ven aquí. No es algo que pueda explicarse por teléfono.

—Te gusta hacerte de rogar.

—No, en serio. La cosa es muy gorda. Algo realmente maquiavélico.

—¿Es otra de tus famosas conspiraciones?

—¿Conspiración? Esto no es una conspiración, es «la Conspiración».

—¿Y no puedes adelantarme nada?

—La curiosidad mató al gato.

—Está bien, llegaremos en un par de horas.

—Te espero impaciente.

Después de colgar el teléfono Alexandra se apretó las sienes con las manos. Todo aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Quién era? —preguntó Martin.

—Era John, ha descubierto algo sobre lo de El Patriota de Dios. Tenemos que llegar allí cuanto antes. Tendrás que pisar a fondo.

—Está lloviendo a cántaros. ¿Quieres que nos matemos?

—¿Prefieres que conduzca yo?

—No —dijo el hombre pisando el acelerador. Las ruedas patinaron en el

asfalto mojado y el coche salió a toda velocidad del aparcamiento.

Washington, 27 de octubre de 2022
20.00. Calle K.

—¿Quién acaba de visitar a Sam Wellington? —bramó el abogado Klame.

Comenzó a pasear nervioso por la estancia. Movía las manos, pegaba patadas al mobiliario. Estaba fuera de sí.

—Se supone que la agente Alexandra está inhabilitada.

El abogado se tiraba de los pelos. Llevaba cuatro años resolviendo los asuntos del Gobierno, pero aquel petardo estaba a punto de estallarle en la cara.

—La periodista estaba con ellos. Joder, tenéis que hacer algo. Por lo menos sabréis adónde se dirigen.

El hombre se asomó algo más calmado por la ventana.

—Tenéis que llegar antes que ellos. Este asunto se nos está escapando de las manos.

El abogado colgó el teléfono y se dirigió a la nevera del minibar. Tomó una botella de whisky y la abrió. Bebió a morro, rápidamente, como si se tratara de una medicina. Él era un patriota, hacía todo aquello por una razón.

Notó cómo el alcohol le quemaba la garganta, el olor a madera y el sabor áspero del whisky. Cuando el efecto comenzó a relajarse, cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa. Estaba agotado, al borde de colapso nervioso, ya no era un joven abogado con toda la vida por delante. Esperaba la jubilación y una vida tranquila en California. Toda aquella pesadilla tenía que terminar cuanto antes.

Washington, 27 de octubre de 2022
20.30. Edificio del Capitolio.

La cafetería del Capitolio era un espacio libre de humos, como el resto de los edificios que componían el complejo. Tan solo había una pequeña sala en todo el edificio habilitada para fumar. Al congresista Carr no le gustaba nada tener que ir al gueto, como llamaba a la Sala de Fumadores, para fumarse un cigarrillo. Por eso había descubierto un pequeño rincón cerca de la Sala de Comisiones, donde tenía que pasar varias horas al día, y se escapaba siempre que tenía oportunidad. Se trataba de un habitáculo de dos por tres metros. Era el viejo ropero del vestíbulo principal que se usaba en contadas ocasiones. Allí no había cámaras, no había gente ni se sentía un paria, rodeado de otros parias fumadores como él. Lo más gracioso del caso es que él había sido uno de los que habían votado a favor de la ley antitabaco. Pero la disciplina del partido era férrea e importaba poco lo que pensara cada congresista por su cuenta.

El humo empezó a ocupar la pequeña habitación. El congresista Carr se relajó por completo, se sentó en la silla que había escondido allí para disfrutar de esos momentos y cerró los ojos.

Cuando estaba en el séptimo cielo, a punto de echar una cabezadita antes de regresar a la pesada comisión, notó un pinchazo, algo parecido a la picadura de un mosquito. Se miró el brazo pero tan solo vio en su camisa un minúsculo punto rojo.

—¿Hay alguien ahí?

Comenzó a notar flojera en los brazos. Un segundo pinchazo le hizo levantarse de golpe, pero las piernas ya no le respondían y cayó redondo al suelo. Desde ahí vio una figura borrosa, escuchó unos pasos y se quedó dormido.

Washington, 27 de octubre de 2022
22.30. Edificio del Capitolio.

El guarda de la entrada tuvo algunas reticencias en dejar pasar a Ana. Después de las últimas muertes, los policías del USCP estaban muy nerviosos. El sistema de seguridad del edificio parecía demasiado vulnerable y algunas voces ya hablaban de que, de continuar las cosas así, el FBI se ocuparía de la seguridad del complejo capitolino.

Alexandra, Martin y Ana se dirigieron directamente a las tripas del edificio. Caminaban deprisa, impacientes por conocer lo que John tenía que contarles. Apenas llegaron al gran salón percibieron que algo marchaba mal.

A simple vista, la gran sala había sido revuelta a toda prisa. Los papeles estaban desparramados, los libros abiertos y dejados en cualquier parte y el monitor gigantesco del ordenador apagado. Se acercaron hasta la enorme mesa de John y observaron el cuerpo tendido en el suelo.

Alexandra respiró hondo conteniendo un grito de espanto. La regordeta cara de John estaba amoratada. Alrededor de su cuello tenía un alambre que se había incrustado bajo su rolliza piel hasta casi desaparecer.

Martin se agachó y le tomó el pulso. Después le hizo un gesto negativo a Alexandra.

—Lo siento. Está... —dijo el hombre sin terminar la frase.

La mujer se arrodilló y abrazó el cuerpo inerte. Cerró los ojos desorbitados del muerto y comenzó a llorar.

Un ruido al fondo de la sala les puso en guardia. Alexandra sacó su pistola y Ana y Martin se agacharon detrás.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la mujer.

La luz se apagó de repente y la respiración de Alexandra se aceleró.

—Están usando infrarrojos —susurró a sus compañeros.

Alexandra intentó ver algo en la oscuridad, pero era imposible. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Las luces de emergencia lanzaban su mortecino brillo sobre la gran sala. Unas sombras se movieron a toda velocidad y el silbido de unas balas con silenciador cruzaron la sala.

—Al suelo —gritó Alexandra.

Los tres se tumbaron, pero Ana lanzó un pequeño quejido. Martin se

aproximó a ella. Estiró de su brazo, pero la mujer no reaccionó.

—Ana —dijo Martin acercando el cuerpo.

Alexandra comenzó a disparar a las sombras. Sus balas perdidas comenzaron a impactar contra las paredes. Las sombras les respondieron con ráfagas que parecían avispas zumbantes.

—Tenemos que movernos —dijo Alexandra.

Los dos serpentearon debajo de la mesa. Entonces, ella vio la alarma contra incendios parpadeando en la pared. Apuntó y dio justo en la lucecita roja. Los aspersores se pusieron en marcha, las luces de emergencia saltaron y un potente pitido comenzó a sonar en todo el edificio.

Los pistoleros se deslumbraron con sus gafas infrarrojas y dejaron de disparar. El agua caía de los aspersores creando una extraña niebla. Alexandra aprovechó la confusión para disparar a los dos tipos, a los que ahora podía ver perfectamente.

Los pistoleros corrieron hacia la puerta de emergencia. En unos segundos la sala se llenaría de policías y bomberos.

Alexandra intentó seguirlos, pero Martin la detuvo.

—Deja que se encarguen los guardias.

—Han matado a Ana y a John.

—¿Crees que ellos han matado a John? ¿Por qué utilizar un alambre y molestarlo en estrangularlo?

—¿No lo ves, Martin? Ellos han simulado todos esos asesinatos. Son agentes del Gobierno.

—No sabemos quiénes son, pero dudo mucho que hayan cometido todos los asesinatos de las últimas semanas. Alguien los mandó para terminar con nosotros, pero no es el mismo que mató a todas las víctimas —dijo Martin.

—No entiendo nada. Todos estos muertos, la crueldad del asesino y ¿todo para qué?

—Él cree que está impartiendo justicia —dijo Martin.

—¡Es un maldito loco! —gritó Alexandra desmoronándose. Se abrazó al hombre y comenzó a llorar.

—Lo descubriremos. No te preocupes. Cometerá un fallo antes o después. Ahora tenemos un pequeño grupo de sospechosos —dijo Martin.

—Pero, ¿quiénes eran esos hombres?

—Alguien los está protegiendo. Si averiguamos quién es, y por qué lo hace, daremos con el asesino —dijo Martin.

Cuando la policía y los bomberos llegaron, Alexandra y Martin habían desaparecido.

Washington, 29 de octubre de 2022

9.00. Edificio del Capitolio.

Haidar pasó con serias dificultades el control de la entrada. Algo había ocurrido por la noche y no dejaban que los visitantes accedieran al edificio. Llevaba encima la bacteria asesina. Quería probar si podía pasar los controles sin ningún problema. Nadie se percató del pequeño recipiente de las lentillas y logró entrar hasta la sala del Congreso.

En algo más de cuarenta y ocho horas, todo habría acabado.

La noche anterior había hablado con su familia y se encontraban bien. Sintió alivio al escuchar la voz de su mujer y, por unos instantes imaginó que todo aquello era una pesadilla y que no podía estar pasándole a él.

Paseó sin rumbo por el edificio. No quería ir a su despacho, sabía todo lo necesario para realizar su trabajo. Su mentora, Alexandra, había desaparecido y ya no tenía que disimular ante nadie.

Decidió salir del edificio y recorrer la distancia que le separaba de la Casa Blanca.

Una vez en los jardines caminó con paso rápido. Aquel día brillaba el sol, la temperatura era muy agradable y la zona estaba repleta de turistas.

Al llegar a la avenida Pensilvania se detuvo frente a la verja. El hombre más poderoso de la tierra vivía allí, pero él guardaba en el bolsillo un arma más peligrosa que una bomba atómica, algo capaz de derrumbar un imperio para siempre y, sin embargo, se sentía un hombre profundamente desdichado.

Abrió su teléfono móvil y llamó a Alexandra. No podía continuar. Él no era un asesino, tendría que correr el riesgo.

Maryland, 29 de octubre de 2022
12.30. Iglesia presbiteriana, Highland Beach.

Después de veinticuatro horas persiguiendo a los congresistas sospechosos, Alexandra y Martin volvían a sentirse perdidos. La vida de los dos congresistas era absolutamente monótona y normalizada. No había trapos sucios, a pesar de ser solteros llevaban casi una vida monacal dedicada a su trabajo. Aquella era sin duda otra pista falsa que les conducía a un nuevo callejón sin salida.

A tres semanas de las elecciones, con el Capitolio a medio fuelle y a punto de disolverse las Cámaras, con solo un pequeño número de congresistas y senadores en el edificio, parecía poco probable que continuaran las muertes. Alexandra pensaba que el asesino pararía, por lo menos hasta la próxima legislatura. Si la teoría de la oposición y de la presidenta del Capitolio era verdad y tan solo se trataba de un intento terrorista de provocar un vuelco electoral en las elecciones, los supuestos terroristas lo estaban consiguiendo. Las encuestas reflejaban un notable descenso para el partido gobernante; de seguir el ritmo de caída del actual Gobierno, la oposición recuperaría el poder y, con toda probabilidad, de una manera aplastante.

Pero, ¿qué clase de terrorista tenía acceso al Capitolio y se limitaba a matar a uno o dos congresistas en lugar de volar el Capitolio en pleno por los aires?

Cuando sonó el teléfono, Alexandra volvió en sí, miró a un lado y otro del banco y salió de la iglesia algo avergonzada. Se le había olvidado poner el móvil en vibración cuando entró en la iglesia. Cuando estuvo en el vestíbulo, miró la pantallita: era su jefe.

—Alexandra, han cogido al asesino. Está en la Comisaría Central. Te quiero allí cuanto antes.

El pulso de la agente se aceleró. Sintió una mezcla de alivio y desengaño. Alivio al saber que el loco por fin estaría entre rejas y dejaría de matar, pero también desengaño al no haber sido Martin y ella los que le habían pillado. Pensó en entrar y despedirse de su madre, pero no había tiempo que perder.

El inspector jefe le pasó el escueto informe a regañadientes. No quería que el departamento perdiera la investigación, sabía que los temas de seguridad

nacional pertenecían al FBI. Martin sonrió al policía cuando se dirigió a la puerta y cuando él y Alexandra estuvieron completamente solos leyeron el informe.

—El individuo se llama Alí Al-Hadil. Inmigrante libanés. Nacionalizado como norteamericano en el 2001. Casado, con tres hijos. Trabajaba de limpiador en el Capitolio desde hacía seis meses —dijo Martin.

—Desconcertante, ¿no te parece? Al final estábamos buscando la pista equivocada. ¿Qué pruebas hay contra él?

—La policía lo encontró en una salita del vestíbulo principal en la que estaba el congresista Carr. El congresista estaba en el suelo inconsciente y el supuesto asesino inclinado sobre él con una jeringuilla en la mano.

—¿Estaba armado? —preguntó impaciente Alexandra.

—No, solo tenía la jeringuilla.

—¿Cómo reaccionó Alí al ser descubierto?

—Se asustó mucho, comenzó a gritar que él no había hecho nada. Que había oído un golpe y se había asomado a ver qué pasaba.

—Puede que diga la verdad —comentó Alexandra.

—Encontraron sus huellas en la jeringuilla, en la silla de la habitación y en la cartera del congresista —dijo Martin haciendo una mueca con la cara.

—Vamos, por todas partes —dijo Alexandra sin mucho convencimiento. Aquello no encajaba con el tipo meticuloso que perseguían.

—Pero eso no es todo. En su taquilla se hallaron efectos personales de otras dos víctimas. Por si esto fuera poco, al pedirse un informe a la policía libanesa, estos han remitido un correo electrónico en el que se relacionaba a Alí con grupos islámicos radicales, en un proceso de hace quince años.

—¿Cómo se les coló alguien así en el Capitolio? —dijo sorprendida Alexandra.

—El sistema está lleno de agujeros. Muchas de las empresas son subcontratas que apenas estudian la vida de su personal. Me imagino que esto levantará todavía más polvareda política.

—El Gobierno intentará retener el mayor número de información antes de las elecciones. Esto es el fin del presidente y su gabinete.

—Me temo que sí. No creo que sean capaces de frenar a la prensa por mucho tiempo.

—Pero, ¿por qué lo hizo? —se preguntó Martin.

—Razones. ¿Quién puede conocer las razones? A lo mejor esperó todos

estos años para poder cumplir su ideal. Asesinar a congresistas norteamericanos.

—Hay muchas cosas que no encajan —dijo Martin cerrando la carpeta.

—Eso a ellos les da igual. El caso está cerrado.

Cuando descendieron del coche Alexandra se arrepintió de haber aceptado la invitación. No conocía a la vicepresidenta personalmente, pero tampoco le importaba demasiado. Su jefe y Martin le insistieron para que fuese y al final cedió por ellos y se puso un traje nuevo.

Martin estaba guapísimo. Vestía un traje elegante y sencillo. El gris resaltaba sus profundos ojos gris azulado. Entraron en la Casa Blanca y siguieron a un ujier hasta una sala grande. La Casa Blanca no era muy lujosa. Parecía una casa de clase media típica, pero con una decoración más fría e impersonal. Las diferentes mujeres de los presidentes habían cambiado el mobiliario original y habían introducido mejoras, pero a Martin no le impresionó para nada el edificio por dentro.

Se sentaron a esperar, pero no por mucho tiempo, la vicepresidenta apareció enseguida. Venía sola. Normalmente siempre la acompañaba algún colaborador en las audiencias privadas, pero esta vez no era así.

—Encantada de conocerlos —dijo con una amplia sonrisa, extendiéndoles la mano. Después se acercó a Alexandra y se la tendió a ella también.

—De nada, señora vicepresidenta —comentó Alexandra en un esfuerzo por parecer amable.

—Gracias —dijo Martin.

La vicepresidenta les invitó a que se sentasen.

—Quería agradecerles personalmente sus servicios. El USCP necesita a personas capaces y decididas como ustedes.

Alexandra frunció el ceño y echándose hacia delante le espetó a la vicepresidenta:

—Nosotros no descubrimos al terrorista. Fue la policía, no tiene nada que agradecemos.

Martin le hizo un gesto para que se callase.

—Es usted muy modesta. Ustedes estrecharon el cerco y el asesino se puso nervioso y cometió un error. Da igual quién capturó finalmente a ese individuo detestable.

—Gracias, señora vicepresidenta —dijo Martin.

—Si me lo permite, he de añadir que el USCP tiene un agente realmente atractivo.

Martin la miró con indiferencia e ignoró el cumplido.

—Como sabrá soy una mujer libre. Estuve casada, pero eso fue hace tiempo —bromeó la vicepresidenta.

Alexandra frunció el ceño. No se podía creer lo que estaba escuchando: a la vicepresidenta coqueteando con Martin.

—Sabe, los hombres se asustan cuando me conocen. Me ven como vicepresidenta, pero no como mujer.

—Estoy seguro de que tendrá a un montón de hombres revoloteando por todas partes.

—Bueno, como sabrán el caso está cerrado. Todo este escándalo me ha perjudicado mucho. Les rogaría que actuaran con la mayor discreción hasta que se confirme la autoría de los atentados. El país no necesita más crisis —dijo la vicepresidenta volviendo al asunto.

—¿No quiere que trascienda la noticia de que los servicios de seguridad en nuestro país son un desastre o que su manga ancha ha permitido a los terroristas reorganizarse? —dijo Alexandra bruscamente.

La vicepresidenta la miró de arriba a bajo. Pero después, como si no hubiese escuchado nada les dijo:

—Sé que sabrán cumplir con su deber y responsabilidad. Las investigaciones deben estar protegidas de todo contacto mediático, para que no sean utilizadas de una manera partidista. Nosotros creemos en un país libre, fuerte y esperanzado.

—Ahórrese el discurso. Lo escuché hace cuatro años. Prometía asistencia para los pobres, mayor igualdad social y la recuperación de los valores de la república. Lo único que ha hecho es lo que todos. Una de esas guerras estratégicas, bajar los impuestos a los ricos y suprimir las ayudas estatales —dijo Alexandra.

—Veo que conoce nuestro programa electoral. Como comprenderá, no se puede cambiar un sistema en cuatro años.

—¿Y se puede cambiar en ocho? —preguntó Alexandra.

—Espero que sí —dijo la vicepresidenta forzando una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo quiere que guardemos silencio? ¿Justo hasta después de las elecciones? —dijo Alexandra.

—Perdónela, señora vicepresidenta. La agente Alexandra Kolbe ha estado

bajo un fuerte estrés estas semanas —la disculpó Martin.

—Me hago cargo. Bueno, reitero mi agradecimiento. Les propondré para un ascenso —dijo la vicepresidenta poniéndose en pie y dando la entrevista por terminada—. Cualquiera cosa que necesiten solo tienen que ponerse en contacto con mi secretaria, ella me informará puntualmente.

Martin y Alexandra salieron de la habitación en silencio y no cruzaron palabra hasta dejar el coche oficial y bajarse en la avenida de la Independencia.

—Alexandra, tu comportamiento ha sido de lo más impertinente e infantil —dijo Martin ofuscado.

—¿Pero qué se ha creído ese señora? ¿No has visto como coqueteaba contigo?

—¿Y qué tiene de malo? Es una mujer atractiva, soltera y con buen gusto.

—Permíteme que dude de lo último —dijo Alexandra con una sonrisa malévol.

—No puedes entender que no todo el mundo es un cínico amargado como tú. ¿Crees que has tenido una vida dura? A lo mejor te sorprenderías si yo te contara la mía.

—Será mejor que lo dejemos. No estoy preparada para que me hables de tus duros principios en el mundo de la equitación, tus fiestas de niños pijos y toda esa mierda. El caso ha terminado y nuestro trabajo juntos también. Si me necesitas para algo ya sabes cómo localizarme —dijo Alexandra, cortante. Hubiera tenido ganas de abrazarlo, de besarlo, de pedirle que siguieran viéndose, pero al final todo iba a terminar como empezó.

—Lo mismo digo —soltó Martin dándose la vuelta.

El hombre comenzó a caminar en dirección contraria. Alexandra le vio desaparecer entre la multitud de viandantes. La agente tuvo la tentación de correr tras él y arreglarlo, pero esas cosas solo sucedían en las películas. Hacía tiempo que había renunciado a cambiar nada de lo que le rodeaba. Para ella, sobrevivir era suficiente.

Washington, 30 de octubre de 2022
7.30. Distrito de Columbia.

La cafetera empezó a silbar en la cocina. Alexandra apagó el fuego y se sirvió un café bien cargado. Se llevó la taza al estudio y se sentó de nuevo en la silla. Tenía el corcho de la pared repleto de imágenes de los asesinados, informes e incluso la declaración del acusado, que seguía porfiando sobre su inocencia. La noticia de la detención del libanés no se había filtrado a la prensa, pero la inminente campaña electoral había logrado que la gente se olvidase temporalmente de los espantosos crímenes del Capitolio. La tranquilidad había vuelto a la ciudad, pero Alexandra seguía inquieta. A pesar de tener un permiso de quince días, aquella mañana se levantó temprano y continuó dándole vueltas una y otra vez a todo el asunto.

Desde la tarde anterior enfrente de la Casa Blanca no había vuelto a ver a Martin ni a saber nada de él. En dos ocasiones había cogido el teléfono y marcado el número, pero en el último momento había colgado antes de que diera señal. Pensaba que era mejor dejar correr las cosas.

Dio un sorbo al café y repasó de nuevo las declaraciones del supuesto terrorista. En los interrogatorios, el sospechoso había negado su autoría, cosa por otro lado normal. Reconocía que en su juventud había pertenecido a un grupo islámico, pero tras su llegada a los Estados Unidos y después de formar una familia, había perdido contacto con los movimientos extremistas. También reconocía haber robado los objetos a las víctimas. El informe detallaba que había sido Alí el que había encontrado el cuerpo del portavoz de la oposición en la Sala de Prensa y había aprovechado la confusión al descubrir el cuerpo de la diputada asesinada para hacerse con su reloj de oro y una pulsera, pero negaba haber cometido los asesinatos.

La verdad era que el presunto asesino no cumplía con las características que la patóloga les había facilitado. Alí era de baja estatura, escasa fuerza, sus pies eran pequeños y con dificultad habría reducido a los congresistas y senadores muertos. Tampoco parecía el tipo de persona que aparentaba tener muchos conocimientos de venenos, ni dominaba los sistemas de seguridad de los edificios.

El supuesto grupo al que había pertenecido Alí no había reivindicado

ninguna acción, ya que hacía más de una década que había dejado la lucha armada. Por si todo esto fuera poco, su mujer y sus hijos aseguraban que el día en el que había muerto la limpiadora filipina, Alí estaba durmiendo plácidamente en su cama.

La Brigada Antiterrorista, a la que se le había asignado el caso, alegaba que Alí no actuaba solo y que únicamente era cuestión de tiempo que pillaran a toda la célula islámica.

Alí tampoco conocía el nombre de las víctimas, sus despachos y mucho menos sus horarios. Pero si Alí no había sido, ¿quién lo había hecho?

La única manera de averiguarlo era visitar al único congresista que había sobrevivido a un ataque del asesino: su señoría Samuel Carr.

Al parecer la última víctima seguía hospitalizada en el Georgetown, un centro privado cerca de la universidad de Georgetown. El asesino le había inyectado una alta dosis de *hioscina*. La recuperación era lenta pero estaba consciente y se mantenía estable. Alexandra decidió ir a visitarlo esa misma mañana, para interesarse por su estado de salud y hacerle algunas preguntas.

Dio el último sorbo al café y cerró el ordenador.

Otra de las cosas que le inquietaban y a la que el FBI había dado una explicación absurda era la misteriosa frase en latín que todas las víctimas menos la limpiadora filipina tenían tatuada: *Alea iacta est*.

El FBI había dicho que seguramente se trataba de un lema de los terroristas, pero a Alexandra no le encajaba que los terroristas usaran frases en latín ni lemas occidentales. Tal vez solo persiguiera fantasmas, pero sabía que no podría descansar hasta que estuviera segura de que el hombre que estaba en la cárcel era el Carnicero del Capitolio, como la prensa había apodado al asesino.

Washington, 30 de octubre de 2022
9.00. Hotel Nacional.

Haidar se sintió más tranquilo después de ducharse y desayunar en la habitación. Había oído en las noticias que la policía había capturado a un sospechoso, un hombre de la limpieza de origen libanés. Aquel tipo estaba a punto de pagar las consecuencias de su pasado. Una juventud idealista como la suya.

Haidar comenzó a abotonarse la camisa frente al espejo. Observaba su cara avejentada, sus rasgos difuminados por el tiempo. No tenía miedo a morir, pero el pensamiento de matar a personas inocentes le atormentaba. Se imaginaba a su familia asesinada por algún loco fanático y comenzaba a sudar.

¿Quién era él? Quince años atrás no hubiera dudado en inmolarsse por Alá. Pensaba que aquella era una manera de servir a la causa del Islam, de cumplir con el mandato de la Yihad, pero ya no creía que el asesinato de mujeres y niños inocentes estuviera dentro de la voluntad del Todopoderoso ni de Mahoma su Profeta.

Se puso los pantalones y caminó descalzo sobre la moqueta. Su tacto le recordó a cuando de niño había visitado con sus padres las playas del Líbano. Oriente Próximo vivía en guerra continua desde hacía más de cincuenta años y la paz parecía una idea utópica.

Se sentó en la cama y comenzó a calzarse. Le quedaban veinticuatro horas para lanzar su ataque contra el Capitolio. Cuando la bacteria fuera liberada, dos terceras partes de los habitantes de la ciudad de Washington estarían infectados en cuarenta y ocho horas. Lo sucedido en Chicago meses antes apenas sería una anécdota. La plaga no se iba a detener en la ciudad. La costa Este de los Estados Unidos era uno de los territorios más poblados del planeta y ciudades como Boston, Chicago y Nueva York serían diezmadas en apenas unas semanas. Para cuando el país quisiera atajar la enfermedad, más de un tercio de la población habría muerto, entre ellos la élite política, industrial y cultural del país más poderoso de la tierra. Nunca ningún imperio había sufrido un ataque de aquellas características.

Haidar se arrodilló en la moqueta en dirección a La Meca y oró

fervientemente. Rogó a Alá que todo saliera mal, le pidió valor para entregarse a las autoridades, misericordia para sus actos y que perdonara a todos los que iban a morir.

Cuando se levantó y se colocó la chaqueta, sintió por primera vez el irrefrenable deseo de disfrutar de aquellas últimas horas en la Tierra. Abrió su cartera y comprobó el dinero que tenía. Pensó en gastar todo antes de que llegara la noche. Al día siguiente, el mundo tal y como lo conocía habría desaparecido para siempre.

Washington, 30 de octubre de 2022
12.00. Hospital de Georgetown.

Alexandra entró en la zona residencial de Georgetown con su viejo Honda y bordeó las lujosas mansiones hasta llegar al hospital. Preguntó en recepción por la habitación del congresista Carr y después subió las escaleras hasta la segunda planta. Los ascensores le producían verdadero pánico. En la puerta había un policía del USCP. Le enseñó su identificación y esperó a que el policía preguntase al congresista si quería recibir visitas. Después de unos segundos el agente salió y le dijo que podía pasar.

La habitación estaba iluminada por el mortecino sol de octubre. Alexandra pidió permiso y se acercó al confortable sofá donde el congresista tomaba a sorbos cortos una humeante taza de té.

—¿Agente...? —preguntó el congresista.

—Alexandra Kolbe —se presentó.

—Gracias por venir a verme. Es un detalle por su parte. Aunque me imagino que no es cortesía del USCP. No sé cómo su jefe de seguridad no ha dimitido todavía. Cinco atentados contra congresistas y senadores, es inadmisibles.

—Gracias a usted por recibirme. Entiendo su indignación, si uno no puede estar seguro en el Capitolio es que algo anda muy mal —dijo Alexandra intentando aplacar al senador.

El senador refunfuñó y comenzó de nuevo a tomar el té. Después hizo un gesto con la mano y le dijo:

—Pero siéntese.

Cuando Alexandra se sentó pudo contemplar el hermoso paisaje en el que se recreaba el senador. Por unos segundos los dos se quedaron en silencio, como si fueran un par de viejos amigos disfrutando de un día soleado.

—Me imagino que su visita no es tan solo de cortesía —dijo el congresista con los ojos cerrados, mientras aspiraba el aroma de la taza.

—Me temo que no. Aunque me alegra verlo tan recuperado. Ya sabrá que han capturado al supuesto asesino del Capitolio, pero hay algunos detalles de la detención que me inquietan.

—¿Qué cosas la inquietan? —preguntó el senador sin cambiar su relajado

tono de voz—. Debemos darnos la enhorabuena, nuestro prestigio como nación estaba por los suelos. El presidente está haciendo la peor política de seguridad desde George Bush.

Alexandra se mantuvo callada unos segundos, como si estuviera buscando las palabras justas.

—Lo que me inquieta, senador Carr, es que hayamos encarcelado al hombre equivocado.

—La CIA y el FBI han asegurado que el culpable era el tal Alí, un extremista islámico. Se encontraron en su poder varios objetos de las víctimas, tenía acceso a los lugares, se encontraba en el edificio cuando sucedieron los crímenes.

—Lo sé. Aunque hay numerosas lagunas en sus declaraciones y, al parecer, él no se encontraba en el edificio cuando mataron a la señora de la limpieza.

—Encontraron sus huellas en la jeringuilla, le pillaron con las manos en la masa. La misma jeringuilla paralizante que me clavó aquí —dijo el senador apartando el cuello del pijama.

—Aun así me gustaría repasar algunos detalles de su declaración que no me quedaron claros. ¿Se encuentra con fuerza?

—Dispare, agente —dijo el senador apoyando la taza en una mesita de cristal.

Alexandra sacó su pequeña grabadora y la puso en marcha. Observó al hombre con los ojos cerrados y completamente relajado. No parecía la víctima de un atentado reciente.

—En primer lugar querría preguntarle por la forma en la que transcurrieron los hechos. ¿Qué hacía metido dentro del ropero?

—¿Usted fuma, señorita? Me avergüenza reconocerlo pero estaba fumando. Odio la sala de fumadores, me parece indignante que te obliguen a encerrarte allí como si fueras un criminal.

—¿Había ido antes a ese sitio a fumar? —preguntó Alexandra.

—Sí, en numerosas ocasiones. No es que lo tenga por costumbre, pero es uno de los pocos sitios en los que uno tiene algo de intimidad.

—¿A quién le había hablado de su escondite de fumador?

El hombre se lo pensó antes de contestar.

—No estoy seguro. Todos los fumadores saben que en el ropero uno puede fumar tranquilamente. Posiblemente lo haya comentado de pasada con

algunos compañeros del Capitolio que son fumadores como yo. No sé si lo utilizan otras personas, pero después de lo ocurrido me extrañaría que alguien se arriesgara a intentarlo de nuevo.

—Entiendo. No quiero que me repita paso a paso todo lo sucedido, pero hay algo al final de su declaración que no entiendo.

—Usted dirá —dijo el senador incorporándose un poco. Por primera vez giró la cabeza y la miró con sus grandes ojos marrones. El senador era un apuesto cincuentón negro, soltero y uno de los hombres más influyentes de Alabama.

—Cuando se cayó al suelo declaró que vio unos pies que se alejaban.

—Sí, eso es exactamente lo que vi.

—Si los pies se alejaban, ¿cómo es posible que a Alí lo encontraran dentro del guardarropa? Cuando la policía lo detuvo estaba agachado sobre usted.

—A lo mejor salía, vio a los guardias de seguridad y regresó para esconderse de nuevo.

—Pero usted no vio entrar a nadie, no se percató de que Alí estaba inclinado sobre usted —dijo Alexandra intentando ser lo más precisa posible.

—No, pero con toda seguridad ya había perdido la consciencia. Lo que me inyectó debía ser una droga muy potente, porque hizo efecto inmediato.

—Cabe esa posibilidad. Una última pregunta sobre este asunto. ¿Cómo eran los zapatos del hombre que usted reconoció?

—¿Los zapatos? Nadie me ha preguntado por eso —dijo sorprendido el senador Carr.

—¿Los recuerda? Si lo vio tuvo que observar sus zapatos. ¿De qué color, forma y marca eran? —preguntó Alexandra incisivamente. No le gustaban las respuestas ambiguas del senador. Él era el único que había visto al asesino y podía identificarlo.

—La verdad es que la mente funciona de una manera extraña. Yo soy un gran aficionado al calzado, de hecho llevo muy mal esto de estar todo el día en zapatillas —dijo sonriendo el senador, y levantó los pies cubiertos con unas babuchas—. Me pareció que los zapatos del asesino eran unos Brunori de color marrón. Estaban relucientes.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Ya le he dicho que soy un gran aficionado del calzado.

—¿Le parece el calzado normal de un limpiador? —dijo Alexandra con un gesto de sorpresa.

—No sé cuánto ganan los limpiadores del Capitolio —bromeó el congresista y lanzó una risita, que terminó convirtiéndose en un carraspeo de fumador.

—Le aseguro que no lo suficiente para comprar ese tipo de zapatos. En especial en el caso de un inmigrante casado con tres hijos que sigue mandando ayuda a sus familiares en el Líbano.

—No había caído en eso. Pero, si no fue el libanés, entonces, ¿quién fue?

El congresista comenzó a sudar. La noticia no le había caído muy bien. Se puso muy serio y dejó de mirar a la mujer.

—Por favor, ¿puede cerrar la persiana? —dijo de repente el congresista.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer mientras tiraba de las cuerdas y amortiguaba la luz de la habitación.

Alexandra pensó que aquello era demasiado para una persona que estaba todavía en período de recuperación. Sería mejor que regresara en otro momento.

—Sí. Algo cansado, todavía me fatigo con facilidad —dijo mientras posaba la mano en el pecho.

—¿Prefiere que lo dejemos? No querría cansarlo mucho.

—No, ahora menos que nunca. Si es verdad lo que piensa, hay un asesino suelto y cualquier cosa que pueda hacer para atraparlo es poco.

—Hay otro detalle que no deja clara la investigación del FBI. Todas las víctimas menos la limpiadora tenían una marca. ¿Lo sabía?

—¿Una marca? —preguntó extrañado. Su frente comenzó a perlarse de sudor frío y el corazón le latía con fuerza.

—Un pequeño tatuaje, para ser más exactos.

—Qué extraño, ¿no cree? —dijo el hombre.

—La marca era una frase en latín: *Alea iacta est*. ¿La reconoce?

—Claro que la reconozco. Es una frase de Julio César. «La suerte está echada.» —dijo el hombre con la boca seca. Se empezaba a encontrar muy mal.

—¿Esa frase le dice algo? ¿La había escuchado antes? —preguntó Alexandra con la esperanza de aclarar por fin el misterio de la marca del asesino.

El congresista cambió su gesto angustiado de repente y se echó a reír. Alexandra se sintió desconcertada. Aquel hombre que unos minutos antes palidecía de miedo, ahora sonreía abiertamente.

—Discúlpeme agente. Todo se trata de una pequeña broma de juventud. Casi la había olvidado por completo, pero cuando pronunció la frase, me vino a la memoria.

—¿Una broma de juventud?

—Sí, una chiquillada. Muchos senadores y congresistas estudiamos en colegios católicos de Maryland. La mayoría en el colegio de Nuestra Señora de América, en Arlington.

—¿Y?

—El lema de nuestra escuela era *Alea iacta est*.

—¿Y los curas le tatuaron el lema de la escuela en el cuerpo? —dijo sorprendida Alexandra.

—No, por Dios, ya le he dicho que se trataba de una broma. Algunos alumnos nos lo hicimos tatuar. Habíamos creado una pequeña logia estudiantil. Compañeros de otros colegios también participaban.

—¿El colegio era mixto?

—Sí, era una cosa rara en los años sesenta en un colegio católico.

—Entonces, ¿conocía a todos los congresistas y senadores muertos?

—Sí, algunos de ellos fueron compañeros míos de clase o de curso. Otros pertenecían a otros colegios católicos. Nuestra escuela estaba regentada por sacerdotes irlandeses, pero había sido creada por una fundación de la ciudad de Arlington. La mayoría de los niños éramos, bueno, ya sabe, de color. Un colegio cuya función era educar a los hijos de la élite negra y formar funcionarios de alto nivel. Al parecer, los patrocinadores eran la familia Kennedy.

—No había oído hablar nunca de esa fundación.

—Vivíamos internos todo el año. Luego nuestra familia iba a recogerlos y estábamos todo el verano con ellos, después regresábamos a la escuela.

—¿No se alarmó cuando comenzaron a morir compañeros suyos? —preguntó extrañada Alexandra.

—Pues no, todos rondamos ya los cincuenta y al principio solo se dijo que Edward Red había muerto de un ataque cardíaco; Dan Preston por una enfermedad fulminante. El asunto no parecía muy grave.

—¿Conoce a otros compañeros suyos que sean congresistas o senadores y que pertenecieran a ese grupo?

—No. Por lo menos de mi quinta no recuerdo. A lo mejor alguno más joven. Nuestras vidas se separaron años después. Algunos se hicieron

funcionarios, jueces y otros entraron en distintos partidos políticos. El único con el que mantenía más contacto era con Edward Red.

—¿Podría facilitarme la dirección del colegio? —preguntó Alexandra sacando su agenda.

—Claro. Creo que sigue en activo. Ahora es un colegio para todas las confesiones. Tome nota.

Unos minutos después Alexandra abandonó la habitación. Por fin había encontrado algo que unía a todas las víctimas menos a una. Aunque cada vez estaba más convencida de que la pobre limpiadora había muerto al cruzarse con el asesino. Por fin sabía que el lema latino no era la marca del asesino, era la pista que les relacionaba a todos ellos. Justo cuando comenzaba a recorrer el pasillo la asaltó una duda. Se giró y entró de nuevo en la habitación.

—Disculpe senador Carr, ¿cómo se llamaba su logia estudiantil?

—Un nombre un poco rimbombante, Los Patriotas de Dios. Nos inspiramos en una logia de hombres de color llamada Prince Hall.

—¿Se llamaban Los Patriotas de Dios? —preguntó sorprendida la mujer.

—Sí, ese era el nombre. ¿Por qué?

Alexandra salió de la habitación sin mediar palabra. Apenas quedaba tiempo, al día siguiente se disolverían las cámaras y un hombre inocente sería condenado por un crimen que no había cometido.

Washington, 30 de octubre de 2022
13.30. Edificio del Capitolio.

Afortunadamente el Colegio Nuestra Señora de América tenía una página web.¹¹ Alexandra visitó la página y se hizo con los teléfonos de secretaría.

¹¹ <http://www.ourladyofamerica.org/>

Aunque la agente informó al centro de que se trataba de una investigación oficial, la secretaria insistió en que no podían dar ningún tipo de información por teléfono. Arlington se encontraba muy cerca de la ciudad, por lo que tendría que desplazarse hasta allí personalmente.

Su viejo Honda atravesó Washington con la sirena y tras coger la autopista 66 llegó a la ciudad en menos de una hora. El edificio del colegio se encontraba sobre una verde ladera desde la que se dominaba toda la ciudad. El famoso cementerio de Arlington podía divisarse desde allí. El antiguo colegio interno, seguramente antes solitario y distante de Washington, había sido absorbido por nuevas zonas residenciales. Su fachada imitaba un neogótico frío y tétrico. La piedra oscura se confundía perfectamente con la boscosa ladera. Ascendió con el coche por la carretera serpenteante entre el bosque otoñal y aparcó en el gran espacio de gravilla gris. No había muchos coches. Apenas un par de vehículos de alta gama y un bus escolar amarillo.

Se detuvo a mirar la fachada por unos instantes antes de acercarse. Después subió la escalinata y tocó el timbre. Un ruido metálico chirrió y la vieja puerta de madera cedió. No había nadie en el inmenso vestíbulo. Las escalinatas de mármol, las paredes forradas de madera y el suelo ajedrezado de baldosas negras y blancas daban al interior el aspecto de una de las viejas instituciones de Nueva Inglaterra. Alexandra se dirigió directamente a la Secretaría y al final vio cara a cara a su pesada interlocutora, que se había negado a mandarle la información por fax.

—Señorita, soy agente del USCP, por favor me gustaría acceder a sus archivos. Es un caso oficial urgente —dijo apremiando a la señora.

La mujer de aspecto osco, muy gorda y con el pelo teñido miró su reloj y le dijo:

—Lo lamento, pero la oficina cierra en cinco minutos tendrá que regresar mañana por la mañana. No puedo pasarme el día entero aquí.

—¿Qué? ¿Es que no me ha oído? Esto es una investigación oficial.

La mujer miró por encima del hombro a la agente y al final dijo:

—¿Qué desea saber? Espero que se trate de algo sencillo, dentro de diez minutos me marchó.

—Tengo que cotejar la lista de los alumnos del colegio de los años sesenta y cinco al setenta.

—En esa época el colegio tenía un régimen especial. Era un internado.

—Ya lo sé —dijo impaciente Alexandra.

—Toda esa información no está informatizada. Baje por esas escaleras al sótano y busque los cartapacios con los números 65, 66, así hasta el 70. Yo me tengo que marchar, pero el conserje le dejará salir cuando termine. ¿Lo ha entendido todo? No voy a repetírselo de nuevo.

La agente la fulminó con la mirada y se dio media vuelta. Bajó las escaleras de madera. El olor a cerrado y humedad inundó inmediatamente sus fosas nasales. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la apagada luz de dos bombillas viejas. El archivo estaba medio abandonado y lleno de polvo, pero en perfecto orden. Miró por los estantes hasta dar con los cartapacios. Se los llevó a una mesa desmadejada y polvorienta. Abrió el primero y comenzó a cotejarlo con los nombres de los senadores y congresistas de los Estados Unidos. Era una tarea ardua. Había cien senadores y cuatrocientos treinta y cinco congresistas. Como la lista era por edades, pudo eliminar a los más mayores y a los más jóvenes, pero aun así tardó más de tres horas en dar con los nombres que buscaba.

Además del senador Carr aún quedaban otros tres miembros vivos. Un tal Phillip Haddon, congresista por Misisipi, la presidenta del Capitolio, Pat Petrarca, y el presidente de los Estados Unidos. Eso reducía el número de sospechosos a tres, pero dos de ellos eran las personas más poderosas del planeta.

Arlington, 30 de octubre de 2022
15.30. Cementerio Nacional de Arlington.

Cuando salió a la explanada unas nubes negras se cernían sobre la ciudad. A los pies de la colina los árboles rojizos brillaban y el cementerio cubierto por pequeñas lápidas blancas parecía la coraza de un dragón. Su marido estaba enterrado allí. A pesar de no ser soldado, su servicio en el Capitolio era considerado un acto de heroísmo.

Se subió al coche y sin saber cómo se dirigió a la entrada del cementerio. No necesitaba el plano que daban en la entrada para llegar hasta su tumba. Atravesó el control sin dificultad y enfiló el coche por la amplia avenida. A ambos lados las interminables filas de lápidas subían y bajaban colinas hasta pequeños templetos conmemorativos. Pasó al lado del monumento de Iwo Jima y aparcó a un lado. Apenas había nadie en el inmenso cementerio. El cielo encapotado comenzaba a descargar una lluvia torrencial y fría.

Alexandra se acercó a la tumba sin importarle el agua. La foto al pie de la lápida estaba descolorida y rota. Se agachó y pasó el dedo por las letras esculpidas. El contacto con el mármol la hizo sentir un escalofrío.

—Hola, Bobby. Hace mucho tiempo que no nos veíamos. Los loqueros me recomendaron que no viniera a visitarte tan a menudo.

La voz de la mujer parecía ahogada por las lágrimas que se mezclaban con la lluvia en su cara.

—Estoy a punto de resolver el caso más enrevesado de la historia del USCP, sé que estarías orgulloso de mí. Te echo en falta, puede que dentro de poco nos veamos. Esto no pinta bien, hay gente muy gorda implicada.

A lo lejos un coche se paró y dos hombres vestidos con pesados abrigos grises se apearon del vehículo. Al principio no se movieron de allí, impassibles bajo el aguacero. Entonces se acercaron despacio hasta unos cincuenta metros de la mujer. Después, se pararon y extrajeron sus pistolas.

Alexandra escuchó el crujido de los pasos sobre las hojas caídas. Sin levantarse, palpó su pistola y la empuñó. Respiró hondo y se lanzó al suelo. Los dos hombres reaccionaron rápidamente. Comenzaron a disparar y se cubrieron.

Alexandra se refugió tras la lápida y disparó al hombre que tenía más

cerca. Le acertó de lleno en la cabeza. El otro individuo se puso en pie y comenzó a descargar sobre ella todas sus balas. La mujer oía cómo los proyectiles silbaban a su alrededor. Agachó la cabeza y esperó.

El hombre se encontraba a tan solo unos metros cuando Alexandra se puso en pie y, con la pistola cogida con las dos manos, vació el cargador sobre la figura gris.

El hombre se paró a menos de un metro de la mujer. La miró con los ojos desorbitados y se desplomó en el suelo.

Alexandra cayó de rodillas, con los brazos agarrotados por la tensión y el corazón desbocado. Respiró hondo y se mantuvo en esa posición unos segundos. Después se acercó hasta el cadáver y lo registró. En uno de los bolsillos internos del abrigo llevaba una cartera manchada de sangre. Limpió con la mano la identificación.

—Mierda —dijo mientras repasaba el nombre de aquel individuo—. Un jodido agente de la ASN.

Se puso en pie, se acercó al otro tipo y certificó que también estaba muerto. Tomó su teléfono y llamó a Martin. Cuando escuchó su voz al otro lado de la línea comenzó a llorar de nuevo.

Arlington, 30 de octubre de 2022
16.30. Cementerio Nacional de Arlington.

El motor del viejo Honda comenzó a rugir y Alexandra dejó el teléfono móvil en el asiento del copiloto. La charla con Martin había sido breve. Habían quedado en verse en media hora. Había dudado mucho si llamarle, pero se lo debía. Al fin y al cabo, él había contribuido como nadie a aclarar aquel espantoso caso de los crímenes del Capitolio y, por otra parte, no confiaba en nadie más.

Alexandra ojeó la dirección del senador Phillip Haddon. No tardó mucho, a las cuatro y media ya estaba en su calle. Martin apareció al fondo. Caminaba despacio, con la cabeza gacha, como si fuera pensando en algo importante.

—Hola, Alexandra —dijo el psicólogo muy serio.

—Hola, Martin. Será mejor que subamos y no hagamos esperar al senador —contestó secamente—. Le he llamado hace un instante para asegurarme de que estaba dentro.

—Bueno, hay un guardaespaldas en la puerta, el senador no puede andar muy lejos.

La casa parecía una vieja mansión colonial: el frontón triangular con columnas jónicas y el edificio de ladrillo rojo. Atravesaron el jardín y enseñaron sus identificaciones al guardaespaldas. El gigantesco vigilante usó un pequeño micrófono que llevaba en la solapa y unos segundos más tarde una mujer mayor les abrió y les condujo hasta un salón amplio con las paredes repletas de estanterías. Allí esperaron a que el senador les recibiese.

—Entonces, según me has contado, todavía hay cuatro miembros del colegio que siguen con vida: Phillip Haddon, el senador Carr, Pat Petrarca y el presidente de los Estados Unidos.

—Sí —contestó Alexandra.

—Lo que seguimos sin saber es la razón que motiva al asesino.

—Todos pertenecían a algún colegio católico y viajaron juntos a Roma; además llevan la marca de una logia del colegio, y el nombre de la logia es el mismo que nos dio Sam Wellington —dijo Alexandra.

—Los Patriotas de Dios.

—Exacto.

—A lo mejor, el asesino no es miembro de la logia, podría ser un enemigo, un resentido al que no dejaron pertenecer —dijo el psicólogo.

—Tú has dicho más de una vez que el asesino busca justicia. Es como si todos ellos no sean las personas que aparentan ser y el asesino los está juzgando y condenando a muerte. Cada uno muere de forma distinta, según los pecados o errores que haya cometido —dijo en tono bajo Alexandra.

—Esa es una posibilidad, que el asesino se crea un justiciero. Hay algunos psicópatas que actúan de esa forma. Muchos de ellos pretenden barrer las calles de prostitutas o delincuentes. La escoria de la tierra la llaman, y ellos se consideran el brazo ejecutor de Dios.

—Curiosamente tanto este senador como el senador Carr son solteros. ¿No es un rasgo común en los psicópatas? A los psicópatas les cuesta mantener relaciones estables.

—Es una de las características de los psicópatas, pero no se cumple a rajatabla —apuntó Martin.

—Otra de las cosas que no logro entender es, ¿por qué precisamente ahora? ¿Qué puede haber desencadenado la furia del asesino? —se preguntó Alexandra.

—Cualquier cosa puede ser un detonante. La repetición de algún estado de angustia. Un estrés muy alto. Pero quería advertirte de que no debemos desestimar la posibilidad de que el asesino sea una mujer —dijo Martin.

—Imposible. Tu comentaste que en la mayoría de los casos los asesinos psicópatas son hombres, blancos, jóvenes y solteros.

—Pues de los cuatro candidatos tres son negros y uno de ellos es además una mujer —dijo el hombre.

—Tú lo has dicho: en la mayoría de los casos. A lo largo de la historia ha habido asesinos psicópatas de todos los tipos. Algunos de ellos eran personas de color y otros mujeres.

—Entonces cualquiera de los cuatro pudo ser el asesino.

—Sí.

Un hombre de unos cincuenta y tantos años entró en la sala y los saludó. No tenía muy buena cara, pero lo que les desconcertó por completo fue la silla de ruedas en la que se desplazaba.

—Buenas tardes, agentes —dijo el hombre con una voz fatigosa.

—Señor Haddon, queremos agradecerle su amabilidad al recibirnos —dijo Martin poniéndose de pie.

—Me dijeron por teléfono que el asunto trataba sobre los terribles crímenes del Capitolio. No sé en qué puedo ayudarles, pero estaré encantado de serles de alguna utilidad —dijo el hombre parando su silla metálica enfrente del sofá.

—Como sabrá cinco personas han sido asesinadas en el Capitolio y una escapó de milagro —enumeró la agente.

—Sí, estoy al corriente. Pero siéntense, por favor. ¿Desean tomar algo?

—No, gracias —dijeron los dos agentes.

—Con su permiso yo me tomaré una copa.

El senador apretó un botón de la silla y pidió un whisky.

—Pues cuatro de las víctimas mortales y la persona que sobrevivió tenían algo en común —dijo Alexandra, intentando analizar el comportamiento del hombre.

El senador permaneció en silencio unos instantes. Después los miró con sus ojos cansados y accionó una botella de oxígeno que llevaba en la parte trasera de la silla. Tomó la mascarilla y respiró hondo. El sonido mecánico de aquel pulmón artificial con su ritmo regular invadió la sala.

—Discúlpenme, pero llevo pegado a esta botella los últimos tres años. Los excesos de la juventud, un asma crónico y la mala suerte me han llevado a este estado de postración.

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere que continuemos? —preguntó Martin, inclinándose hacia el hombre.

—Sí, por favor. Podemos continuar —murmuró el hombre debajo de la mascarilla.

—Como le decía —volvió a repetir Alexandra—, cuatro de las cinco víctimas tenían una cosa en común...

—Habían asistido al mismo colegio en Arlington o algún colegio católico de Maryland —dijo con voz entrecortada el congresista.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó sorprendido Martin.

—Cuando Dan Preston murió tuve mis dudas, pero tras el asesinato de Mary Faletti se aclaró todo. No era casualidad, nos estaban asesinando como a perros.

Alexandra y Martin se quedaron petrificados. No esperaban esa declaración tan abierta. El hombre volvió a aspirar de la mascarilla y de repente empezó a adormecerse.

—¿Por qué sospechó? A lo mejor sí que se trataba solo de una casualidad

—dijo Martin.

—¿Casualidad? —dijo el hombre, algo alterado, retirándose la mascarilla y volviendo a recuperar todas sus fuerzas.

Le vino un acceso de tos y comenzó a respirar con dificultad. Martin se puso en pie y se acercó al senador.

—¿Se encuentra bien? ¿Avisamos a un médico? —dijo preocupado el psicólogo.

—Lo mío no tiene solución. El asma me llevará antes o después a la tumba, pero por lo menos tendré la satisfacción de que él no me haya matado —dijo el congresista casi sin aliento.

—¿Quién? —preguntó impaciente Alexandra.

—Fue hace mucho tiempo, éramos unos críos. Creía que todo estaba olvidado.

—¿Qué pasó?

—Creamos una logia, una fraternidad escolar llamada Los Patriotas de Dios. Era como un juego. Una manera de estar unidos frente al odio racial. Ya saben, a mediados de los años sesenta el racismo todavía imperaba en la mayoría de los estados. Nosotros éramos unos privilegiados... —El congresista comenzó a toser de nuevo, pero esta vez ni el oxígeno logró pararle la tos.

Alexandra se levantó e intentó reanimar al hombre que comenzaba a ponerse morado, pero volvió a recuperarse un poco.

—Tranquilos, mis pulmones sienten el esfuerzo, pero si hablo más pausadamente puedo continuar. ¿Por dónde iba?

—Nos estaba hablando usted de Los Patriotas de Dios —señaló Martin.

—Los Patriotas de Dios, se me hace extraño hablar de ello después de tantos años.

Una criada entró con la bebida y la dejó en una pequeña mesita incorporada a la silla. Después los dejó solos de nuevo.

—Nadie imaginaba que aquel juego inocente iba a terminar de una manera tan trágica —dijo el hombre con la mirada perdida, después comenzó a hablar.

Washington, 30 de octubre de 2022
18.00. Calle K.

La reunión se había convocado a última hora. Los cinco se congregaron alrededor de una mesa y comenzaron a charlar amigablemente, como un grupo de compañeros de estudios que llevaran mucho tiempo sin verse. Después, el abogado Klame tomó la palabra.

—Muchas gracias por venir. No está siendo un momento fácil para nosotros. En vísperas de las elecciones y tenemos que enfrentarnos a la crisis más grave de los últimos años —dijo con voz grave, acentuando su preocupación.

—Klame, yo creo que estamos sobredimensionando este tema. El caso está cerrado, el árabe ese ha sido capturado. Lo único que hay que hacer es encerrarlo de por vida y tirar la llave —dijo uno de los invitados.

—Ese era el plan, pero esa maldita polaca, la agente Alexandra Kolbe, y el psicólogo que la acompaña están complicándolo todo. Por su culpa tuvimos que matar a dos personas más en el Capitolio. Será muy difícil defender ante un juez que el sospechoso actuaba solo.

—Eso no es ningún problema. Dejadme a mí la elección del juez, pondremos a uno de nuestros amigos —dijo otro de los invitados.

—Gracias, pero si esa zorra sigue levantando todas las alcantarillas de Washington, el olor a mierda llegará al cielo.

El grupo irrumpió en una carcajada generalizada.

—¿Quién puede descubrir la verdad? —preguntó uno de los invitados.

—El único que puede hacerlo es Haddon.

—Por Haddon no os preocupéis —bromeó Klame—. Ese chiflado no durará mucho.

La noche se cernía sobre la ciudad y la gente comenzaba a regresar a sus casas. Washington se había convertido en un lugar inhóspito. Una ciudad sin ley, en la que un simple paseo nocturno podía convertirse en una muerte segura.

Washington, 30 de octubre de 2022
19.00. Parque Potomac Este.

La noche era cálida. A pesar de la lluvia de los últimos días, el frío había dado paso a una tarde agradable, aunque con chaparrones intermitentes. Haidar respiró hondo y contempló el río. El agua estaba negra, las luces de la otra orilla brillaban en la distancia y por unos instantes sintió que estaba fuera de la ciudad.

Atravesó el paseo serpenteante sin ver a nadie. La cabeza le daba vueltas; había tomado tres cervezas con la cena y se sentía mareado.

Se sentó en uno de los bancos del parque y dejó que sus pensamientos le llevaran hasta Damasco. Allí las noches eran cálidas y el olor de los guisos inundaba todo a aquellas horas. Las familias se reunían a cenar. Las casas siempre estaban animadas, con tres o cuatro generaciones reunidas frente a los exquisitos platos sirios.

Al fondo de la calle apareció un grupo de hombres de color. Su ropa rapera y sus caras medio cubiertas alertaron a Haidar, que se puso rápidamente de pie.

—Islamita, ¿dónde vas? Este es nuestro parque y para sentarse aquí hay que pagar —dijo el jefe del grupo.

—Lo siento, soy extranjero —dijo Haidar moviendo las manos.

—Eso me importa una mierda, hay que pagar —dijo el rapero sacando una navaja. Los otros dos compañeros hicieron otro tanto.

Haidar los miró titubeante, si les daba diez o veinte dólares lo dejarían en paz. Al fin y al cabo, al día siguiente el dinero no le valdría de nada, pero no podía soportar la prepotencia de aquellos tipos.

—Me voy, tranquilos.

—¿Estás sordo? Quiero el dinero, todo el dinero.

El rapero agitó la navaja, que le pasó rozando la chaqueta. Haidar le cogió el brazo y le desarmó con un golpe de rodilla. Los otros dos tipos se abalanzaron sobre él. Las navajas rozaron su cuerpo varias veces, mientras Haidar intentaba apartarse.

—¡Moro de mierda! —gritó el rapero, cuando Haidar le retorció el brazo. Se agachó con agilidad y cogió la navaja del suelo, colocándola en su cuello.

—Será mejor que me dejéis en paz.

El negro empezó a sudar, mientras la navaja afilada comenzaba a cortarle la piel. Con un gesto paró a sus amigos.

—Tranquilo, tío. Solo estábamos bromeando.

Haidar hizo un gesto con la mano, para que tirasen las navajas. Pero justo en ese momento su prisionero le propinó un codazo en las costillas.

Aprovechando la confusión los otros dos hombres se lanzaron a por él. Haidar rajó un brazo a uno de ellos, pero el otro logró pincharle en el costado. Furioso, Haidar se dio media vuelta y le hincó la navaja en un ojo. El hombre se estremeció de dolor y comenzó a gritar. Los otros dos se asustaron.

—Ahora me voy a ir —dijo Haidar con la navaja en la mano.

Comenzó a correr con una mano apoyada en el costado herido, la sangre había empapado la camisa y sentía pequeñas punzadas al correr. Cuando se alejó lo suficiente se paró y sacando un pañuelo del bolsillo lo colocó entre la camisa y la herida.

Caminó hasta la calle y pidió un taxi.

Cuando llegó a su habitación se miró el costado en un espejo, la herida era larga pero no muy profunda. Si acudía a un hospital tendría que dar explicaciones a la policía, tendría que hacerse pruebas y estar en observación. Pero tenía una cita a la que no podía faltar.

Después de lavarse la herida y colocarse unas gasas se tumbó en la cama. Tuvo ganas de regresar al parque y matar a esa escoria humana. Tenía miedo de morir como un terrorista, aunque hacía unos minutos había estado a punto de morir y la pesadilla en la que se había convertido su vida se habría terminado para siempre.

—¡Esta ciudad apesta y este maldito país es una cloaca! —gritó en voz alta, pero el esfuerzo se convirtió en una punzada de dolor.

Washington, 29 de octubre de 2022
19.15. Dupont Circle.

El senador Haddon pareció recuperar fuerzas a medida que evocaba su época juvenil. Se quitó unos momentos la mascarilla y les explicó brevemente el origen de la famosa logia de Los Patriotas de Dios.

—Hace varios siglos, el 6 de marzo de 1775, un afroamericano se hizo maestro de un grupo masónico de la Logia Irlandesa. Al principio el grupo era muy pequeño, apenas de catorce afroamericanos. Todos ellos eran libres por nacimiento. Cuando los militares de la Logia Irlandesa abandonaron el país a causa de la Guerra de Independencia, se autorizó a Prince para que estableciera una logia propia. Poco después, en 1784, el grupo obtuvo la orden constitutiva de la Gran Logia de Inglaterra y formó la Logia África 459 —dijo el congresista casi sin aliento.

—¿Era una logia formada íntegramente por afroamericanos? —preguntó Alexandra con tono de sorpresa

—Sí, la primera logia negra de la historia.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver con Los Patriotas de Dios? —preguntó Martin.

—Todo tiene relación. El grupo adoptó al final el nombre de Francmasonería de Prince Hall. El racismo y la segregación persiguieron ferozmente a los masones negros. El resto de logias blancas se negaron a reconocer a una logia de hombres de color y los marginaron. Su fundador, Middleton, fue uno de los cinco mil afroamericanos que lucharon por la independencia de las Trece Colonias. Es probable que Prince Hall sirviera en la milicia de Massachusetts durante la guerra, puede haber sido uno de los soldados negros que lucharon en el lado americano de la batalla de Bunker Hill.

—Un verdadero héroe de guerra —apuntó Alexandra.

El senador tenía la cara sudorosa y hacía verdaderos esfuerzos para respirar. Alexandra y Martin se miraron, era hora de dejar la charla.

—Senador Haddon será mejor que le dejemos descansar —dijo Martin.

—Ni hablar —jadeó—. En unos minutos habré terminado. Después de la Revolución Americana, los afroamericanos sufrimos el primer engaño de los

numerosos que hemos tenido desde la fundación republicana. Los negros no cabíamos en la Constitución. Por eso, un grupo de negros formó su propia pequeña comunidad, que se llamó The North Slope Beacon Hill, en Boston, Massachusetts. Por primera vez un negro poseía su propia tierra y tenía representantes de su mismo color —dijo el congresista con dificultad.

—La utopía americana de los hombres de color —dijo Alexandra.

—Exacto, incluso se formó una organización llamada la Sociedad de Beneficencia de África¹² hace doscientos años. Nosotros éramos unos chicos de color inquietos. La mayoría de la gente de nuestro colegio era de color, pero a partir de los sesenta la cosa comenzó a cambiar. Empezaron a ingresar católicos irlandeses, latinos y polacos. Se marginó a los negros y por eso creamos Los Patriotas de Dios. Hasta que ocurrió el incidente en el viaje de fin de curso a Roma... —dijo el senador quedándose sin aliento.

¹² Fundada en 1796, fue una organización de ayuda y préstamo para sus miembros, sobre todo las viudas y los huérfanos. En 1808 la organización publicó una declaración contra la esclavitud. En palabras de Prince Hall: «La libertad es deseable si los hombres sacrifican su tiempo, sus bienes y, por último, sus vidas en su búsqueda».

Martin se acercó hasta el hombre e intentó levantarle la cabeza. La cara amoratada y los ojos desorbitados del congresista no dejaban lugar a dudas: necesitaban ayuda urgente.

—Martin, avisa a la criada, ella sabrá qué hacer —dijo Alexandra.

Martin salió corriendo del salón en busca de ayuda. Alexandra intentó reanimar al hombre, pero este apenas reaccionó.

—Tranquilícese, ya viene ayuda de camino. ¿Le doy un vaso de agua?

El hombre negó con la cabeza y señaló al escritorio que había en uno de los rincones de la sala.

—¿Quiere papel? ¿Desea escribir algo?

El hombre asintió con la cabeza. Alexandra se acercó al escritorio y cogió un bolígrafo plateado y un papel. Los puso en la mano del hombre, pero este no tenía fuerzas para sostener el bolígrafo. El senador tiró el papel y se aferró a su cuello, en un último esfuerzo por respirar. Los ojos se le salían de las órbitas. Alexandra, impotente, intentó incorporarlo. Le puso de nuevo la mascarilla, pero el congresista dejó de agitarse, se quedó quieto y expiró.

Cuando Martin entró con la criada el senador estaba muerto en brazos de Alexandra. La agente les hizo un gesto con la cabeza indicando que cualquier ayuda era del todo inútil.

Cuando llegó la ambulancia, minutos más tarde, y tras responder algunas preguntas a la policía metropolitana, Martin y Alexandra abandonaron la habitación. Decidieron ir a la casa de Alexandra e intentar aclarar sus ideas. El número de sospechosos se reducía a tres, aunque uno de ellos había sido víctima de uno de los ataques.

Washington, 30 de octubre de 2022
22.30. Distrito de Columbia.

La casa de Alexandra estaba patas arriba. Llevaba días acumulando ropa sucia, restos de platos precocinados y el fregadero estaba a rebosar. Martin observó el desaguisado. No le sorprendía el estado de la casa, la agente era una mujer que vivía para su trabajo y todo lo demás estaba en un segundo o tercer plano.

Alexandra apartó algo de ropa sin planchar del sillón y con un gesto le invitó a sentarse.

—Pobre hombre —dijo Martin sentándose en el sillón.

—¿Quieres beber algo? No es que tenga mucha variedad, pero necesito un trago.

—¿Tienes algo fuerte? Creo que estoy empezando a perder los nervios. Cada vez que estamos cerca sucede algo inesperado y volvemos a quedarnos como al principio.

—Por lo menos ya sabemos que el senador Haddon no era el asesino. Tan solo nos quedan tres sospechosos —dijo Alexandra mientras rebuscaba en los armarios de la cocina.

—Alexandra, por favor.

La mujer hizo un gesto de disculpa y continuó la búsqueda.

—¿Quién piensas que ha sido? —dijo intrigado Martin.

—Por lo que nos contó Haddon todo tiene pinta de tratarse de una venganza. Un acto de justicia. Algo que todos hicieron cuando eran jóvenes y por lo que ahora están pagando.

—Entonces tu sospechoso es... —dijo Martin.

—Particularmente creo que uno de los principales sospechosos es Phillip Carr.

—¿Crees que fue Phillip Carr? Él fue atacado por el asesino —dijo sorprendido el hombre.

—Cuando lo interrogué me dio la impresión de que ocultaba algo. Puede que simulara el ataque. El veneno que le inyectaron no era letal —explicó Alexandra.

—A lo mejor el asesino equivocó la dosis o no pudo ponerle toda al ser

descubierto.

—Puede ser. Pero, ¿por qué no me contó Carr nada de lo que había sucedido cuando eran jóvenes? Me habló de Los Patriotas de Dios, pero insistió en que era una organización estudiantil inocente.

—Bueno, te contó lo del colegio —dijo Martin, inclinándose hacia delante.

—Carr tenía que saber que terminaríamos por averiguarlo —elucubró Alexandra—. Es absurdo que intentara ocultarlo.

—Pero, ¿por qué hacerse pasar por víctima? —preguntó Martin mientras cogía el vaso que le ofrecía Alexandra.

—Sencillo y genial. El asesino mata a todas sus víctimas, se hace pasar por una de ellas y su crimen queda impune. Al fin y al cabo ya hay un supuesto culpable encarcelado.

—Entonces los crímenes han terminado —dijo Martin antes de beber del vaso. Después hizo un gesto de asco y preguntó—. ¿Qué es esto? ¿Matarratas?

—Me pediste algo fuerte para beber —contestó Alexandra sonriente.

—No habrá más muertos —determinó Martin, retomando el hilo.

—A no ser que el plan del asesino consista en hacer pasar las próximas víctimas como muertes naturales o accidentes.

—¿Insinúas que Haddon no murió de muerte natural? Llevaba varios años enfermo y sus pulmones se pararon sin avisar. Tuvimos mala suerte.

—Ya, pero me resulta extraño que muriese justo el día en que nosotros íbamos a interrogarlo.

—¿Casualidad? —dijo Martin, levantando los brazos.

—Yo no creo en las casualidades —contestó rotunda Alexandra.

—Todo es fruto del azar, de la casualidad —dijo Martin—. Nosotros también lo somos.

—Entonces, ¿ha sido casualidad que nos conociéramos? —preguntó Alexandra.

—No, eso lo decidí yo.

—Eso quiere decir que no hay casualidades, hay una reacción en cadena detrás de cada una de nuestras acciones. Un hombre enciende el motor de su coche en vez de ir andando a comprar y, como él, cientos de millones hacen lo mismo y se produce el cambio climático.

—Exageras. ¿Cómo se explicaría que tu hijo de cinco años muera de cáncer? ¿Por qué el tuyo y no otro de los millones de niños en el mundo?

¿Por qué tu hijo que es querido y amado y no el niño que vive abandonado en la calle? —preguntó Martín.

—Alguien toma las decisiones —concluyó Alexandra.

—Hay preguntas que no tienen respuesta o por lo menos no tienen una fácil. Tal vez mi hijo es más vulnerable a ciertos tipos de enfermedades, tal vez su carga genética no es la adecuada, tal vez su alimentación no lo ayudó mucho, pero fue fruto del azar —dijo Martín.

—¿Sí? Entonces, ¿quién gobierna este jodido universo? ¿No son el caos y la casualidad? —dijo Alexandra alterada—. Entonces nuestro psicópata tendría razón y nosotros estaríamos equivocados. ¿Por qué seguir normas sociales? ¿Por qué tener misericordia de los débiles? ¿Por qué no pisotearlos, sin más? ¿Qué lo impide? ¿Nuestra moral? Pero, si hemos creado nosotros mismos la moral, ¿qué nos frena a romper las reglas del juego?

—El castigo social, el aislamiento, qué sé yo. Sin ley no podríamos vivir —dijo Martín.

—¿Por qué consideras un monstruo al asesino? A lo mejor tan solo es un tipo de hombre alternativo.

—¿Estás hablando en serio? Porque es cruel, sanguinario, vengativo, malvado. Y eso no es admisible —dijo Martín sin parar de gesticular.

—Como todos nosotros, en cierto grado.

—Pero él lo pone en práctica. Él no tiene grado.

Alexandra se dio cuenta de que Martín estaba agotado, exhausto y asqueado. *No hay nada más horrible que intentar cambiar las cosas y darse una y otra vez contra la misma pared*, pensó la agente.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó el psicólogo.

—Mañana pediremos protección para el senador Carr. Si él no es el asesino, se encuentra en peligro.

—De acuerdo.

—Será mejor que durmamos un poco.

Martín siguió a la mujer hasta su habitación. Alexandra se dio la vuelta, lo miró a los ojos y le señaló el sillón del salón.

—Será mejor que duermas allí.

—Pero...

—Estabas predestinado a dormir en el salón —bromeó Alexandra—. ¿No lo ves? Todo está escrito.

Georgetown, 30 de octubre de 2022
22.30.Hospital de Georgetown.

El senador Carr se movía inquieto en la cama mientras su mente no dejaba de dar vueltas a lo ocurrido en los últimos días. Ahora se arrepentía de haber ocultado parte de la verdad a la agente, pero un secreto guardado durante más de treinta años no era fácil de sacar a la luz.

Se giró para un lado y notó como la aguja del suero le pinchaba la mano. El dolor agudo le hizo apretar los dientes y abrir los ojos. Por unos instantes creyó ver la sombra de una figura justo enfrente, pero un segundo después ya no había nadie.

La luz mortecina del pasillo bañaba los pies de su cama, pero al lado de la ventana la oscuridad era total. El senador Carr se pasó la lengua por los labios reseco y tanteó la mesa hasta encontrar el vaso. De repente el agua se derramó por las sábanas y el hombre se incorporó maldiciendo.

—Estúpido mamón, ya no sabes coger ni un vaso de agua.

Tomó algunas servilletas de papel y se secó el pijama.

—Hola Phillip, ¿qué tal te encuentras? —preguntó una voz desde la penumbra.

Carr dio un respingo y retrocedió en la cama.

—No te asustes, no he venido a terminar el trabajo. Creo que si no has hablado con esa mujer, ya no lo harás con nadie, ¿verdad? Es mejor así, aquello sucedió hace mucho tiempo. Estamos viviendo momentos nuevos, grandes cambios para nuestro pueblo y para el mundo. ¿Por qué estropearlo todo por un cerdo irlandés?

El senador tanteó la perilla de la luz, pero no acertó a encenderla.

—¿Necesitas verme la cara? Creo que me conoces bien. Espero que te mejores —dijo la voz y una figura se dirigió rápidamente a la salida—. Ah, se me olvidaba, no te atragantes con el agua.

El senador Carr respiró hondo e intentó frenar su ataque de pánico. No podía creerse que hubiera escapado dos veces con vida. Tomó el vaso de agua, pero se lo pensó mejor antes de beber. Dejó el vaso y rebuscó en sus bolsillos algún caramelo. El sabor a limón consoló su boca reseca, se apoyó en la almohada e intento relajarse. Respiró hondo y notó como unas manos

apretaban una almohada contra su cara. Intentó apartarlas, pero la presión era muy fuerte. Carr comenzó a sacudir las piernas. Se estaba asfixiando. Su mente voló a las hermosas columnas de la Plaza de San Pedro, el cielo azul de Roma y el aroma fresco de la mañana. Unas lágrimas se aplastaron contra la tela de la almohada y su cuerpo dejó de luchar.

Washington, 31 de octubre de 2022

8.30. Cuartel general del USCP

Cuando el jefe la llamó al móvil y le comunicó que deseaba verla inmediatamente en la Agencia, Alexandra intuyó que algo iba muy mal. Aquella mañana cogió un taxi desde su casa y dejó a Martin durmiendo. No le apetecía coger el coche, se sentía agotada. Apenas había descansado, dándole vueltas al caso sin llegar a ninguna conclusión. Mientras el taxi recorría las calles de la ciudad, recordó la conversación con Martin. Si el caos y el azar gobernaban el mundo no le extrañaba que las cosas fueran tan mal. El atasco matutino parecía darle la razón.

Cuando llegó al despacho de su jefe, este la miró con un gesto hosco y le ordenó que se sentara. Diez minutos más tarde Martin apareció por la otra puerta y le guiñó un ojo.

—Su compañero me contó lo que estaban haciendo en casa del congresista Haddon. Sabe que el caso está cerrado. Lo único que conseguirá será que la Agencia le ponga una sanción o que la expulse. No puede ir por ahí molestando a los congresistas. ¿Comprende?

—Pero, señor —contestó Alexandra, lanzando una mirada furiosa al psicólogo.

—No mire así a su compañero. Él ha cumplido con su deber. No todo el mundo es un bala perdida como usted. Martin me ha informado de todos sus pasos, pero su última acción sin duda provocó la muerte del congresista. El caso está cerrado, el culpable encarcelado y...

—Pero la presidenta de la Cámara de Representantes y el presidente pueden estar en peligro —dijo Alexandra—. También el senador Carr.

—El senador Carr ha muerto de una parada cardíaca esta madrugada —dijo el jefe.

—¿Qué? ¿Una parada cardíaca? Otra víctima de mis pesquisas. ¿Es que no lo ve? Siguen muriendo congresistas y senadores. El asesino está en la calle y el presidente...

—Los dos tienen protección oficial. No es fácil acercarse a ellos. ¿Qué quiere, que los encerremos en un piso franco? Por Dios, estamos en plenas elecciones, ¿o es que no se ha dado cuenta? Hoy es la sesión de clausura y

mañana empieza oficialmente la campaña.

—Lo siento señor, pero tengo sospechas de que el asesino sigue libre y continuaré esta misión hasta el final.

—Queda suspendida. Usted lo ha querido. Deme el arma y la identificación.

Alexandra se los pasó. Martin observó la escena desde la silla con un gesto de preocupación.

—Le advierto que si intenta acercarse a cualquiera de los congresistas será detenida y acusada de acoso, obstrucción a la justicia...

—Ahórrese el discurso. Ahora mismo no soy agente, ¿verdad?

Alexandra se giró, miró por unos segundos a Martin y salió del despacho. Él corrió tras ella.

—Alexandra, lo siento. Pero no puedo jugarme el puesto. Es mi primer caso. Tú actúas como si nada tuviera sentido y la vida fuera a acabar en cualquier momento, pero yo tengo que pensar en el futuro.

La mujer continuó andando sin dirigirle la palabra. Llevaba los puños cerrados, el ceño fruncido y caminaba deprisa.

—Perdóname —le dijo colocándose delante y deteniéndola con la mano. Alexandra se paró y le dio un puñetazo en plena cara. Martin se tambaleó, pero no llegó a caerse. Se quedó mudo, mirándola sin salir de su asombro.

—Puede producirse un magnicidio por tu culpa. ¿Qué pasará si matan al presidente en plena campaña electoral?

—Será mejor que crucemos los dedos —bromeó Martin tocándose la nariz dolorida.

—Te he dicho que yo no creo en la suerte ni el azar. Uno es responsable de sus decisiones y tú ya has decidido de qué lado ponerte.

Alexandra bajó las escaleras de la entrada con el corazón roto. No se había sentido tan mal desde la muerte de su esposo. Dios la había traicionado, su marido al morir la había traicionado y ahora Martin. Pensó en tirar la toalla, pero algo le decía que siguiese adelante. Un asesino en serie andaba suelto y dos posibles víctimas podían estar en peligro en ese mismo instante.

Washington, 31 de octubre de 2022
9.00. Hotel Nacional.

Después de rezar sintió como el costado le comenzaba a doler de nuevo. Se puso la ropa con cuidado, el más mínimo roce le causaba una fuerte molestia. Aquella noche no había logrado contactar con su mujer. No había podido despedirse de ella.

Se colocó la corbata observándose frente al espejo. Afortunadamente los golpes en la cara de la noche anterior eran casi invisibles. Su piel oscura disimulaba los moratones. Se colocó la chaqueta. Vestido de esa forma no parecía un terrible terrorista a punto de exterminar a miles de personas.

Se dirigió al baño y tomó con cuidado la cajita de las lentillas. La miró detenidamente. Todavía le asombraba que una caja tan minúscula contuviera un arma letal. La guardó con cuidado en el bolsillo y salió de la habitación.

Esperó al ascensor. Cuando las puertas se abrieron, una pareja con una niña preciosa con dos coletas le sonrió. Intentó no pensar en lo que iba a hacer. Simplemente estaba salvando a su familia y favoreciendo a su religión.

Cuando salió del hotel y tomó un taxi para dirigirse al Capitolio tuvo que bajar la ventanilla para sentir el frescor de la mañana. Estaba sudando, con el corazón acelerado y con ganas de que todo acabase lo antes posible. Entonces, la imponente figura del Capitolio apareció al fondo. Haidar se estremeció y farfulló una oración. Tal vez, Dios le había elegido para aquella misión antes de nacer, pensó el hombre mientras la gran cúpula blanca del edificio comenzaba a crecer delante de sus ojos.

Washington, 31 de octubre de 2022

10.00. Edificio del Capitolio. Treinta minutos antes de la clausura de la legislatura.

La escalera del Capitolio estaba engalanada. Aquel era el gran día, todos los congresistas y senadores estarían en el edificio. Washington en pleno se vestía de gala en las últimas horas del presidente en el cargo.

Alexandra bajó del taxi y extrajo su identificación. Afortunadamente a su jefe le había entregado una de las dos que tenía. Atravesó el control y se dirigió hacia el gran salón de los congresistas. El móvil vibró en sus pantalones.

—Vaya, una llamada perdida de Haidar. ¿Para qué me habrá llamado? Es de ayer por la mañana.

La agente remarcó el teléfono y dejó que sonara un par de veces, pero no obtuvo respuesta.

El pasillo de acceso, las gradas de invitados y el gran salón estaban vacíos todavía. En media hora, más de un millar de personas ocuparían la sala. El millar de personas más poderosas de la tierra.

Alexandra dejó la sala y se dirigió hacia su despacho. Cerró la puerta y se sentó. Aquel día no había empezado bien. Abrió el ordenador y miró los titulares de tres periódicos. Ninguno hacía referencia a la muerte de Carr o Haddon. Seguramente la Agencia había conseguido que la prensa no publicara nada hasta la mañana siguiente, pensó. Los ojos de todo el mundo estaban puestos en la ceremonia del Capitolio.

Según el mundo de casualidades de Martin, aquel hecho volvía a reducir el grupo de sospechosos de tres a dos. Un verdugo y una víctima en peligro. Aunque, para Alexandra la culpable era sin duda Pat Petrarca. Aquella arrogante y ambiciosa mujer era capaz de hacer cualquier cosa por perpetuarse en el poder, incluido matar a otra persona.

No podía concentrarse, decidió ir al gran salón. Al menos el espectáculo de congresistas y senadores la entretendría un rato.

Cuando regresó al hemiciclo las entradas a la sala estaban colapsadas. Los senadores y congresistas se afanaban por coger los mejores lugares. Todos querían ver y ser vistos por los otros.

Entre la multitud que entraba a la cámara estaba un rostro conocido. Haidar

se acercó a la puerta y se puso a uno de los lados. Alexandra la saludó con la mano, pero él no pareció verla.

—Haidar —gritó.

El hombre miró en su dirección, pero enseguida giró la cabeza y entró en el salón.

—¿Qué le pasa? —dijo Alexandra en voz alta. Caminó hasta el hombre, pero este aceleró el paso y se dirigió hacia la tribuna.

La agente lo miró sorprendida. Algo andaba mal, pensó mientras comenzaba a correr ante la mirada atónita de los senadores y congresistas. Haidar se acercó al estrado y miró para atrás, la mujer estaba muy cerca, tenía que reaccionar antes de que fuera demasiado tarde. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y empezó a buscar la cajita.

Washington, 31 de octubre de 2022
10.25. Cámara de Representantes.

El presidente repasó sus apuntes en silencio. De vez en cuando levantaba la mirada y saludaba a alguien con la mano. Todos querían llamar su atención, pero ya estaba acostumbrado. La noche anterior había dormido mal, no le gustaba trasnochar pero había trabajado hasta muy tarde. Había ciertas cosas que era mejor hacer uno mismo.

Levantó la mirada y observó la sala casi repleta. Cuando alzó la vista, el palco de invitados estaba lleno a rebosar. Dos o tres caras conocidas lo saludaron y él se limitó a sonreírles. Algunos de los donantes de más importancia de su campaña estaban en el salón.

El presidente esperó que el silencio inundara la sala, esa sería la señal inequívoca de que el espectáculo iba a comenzar. Pero, en contra de lo previsto, un rumor se extendió por el pasillo hasta convertirse en un estruendo.

Al fondo, un hombre de aspecto árabe corría hacia él. Parecía un tipo inofensivo, vestía un traje a medida y buscaba algo en el bolsillo derecho.

El presidente se puso en pie y dudó unos instantes si salir corriendo; no le dio tiempo. El hombre árabe llegó a su altura y pudo mirarle a los ojos directamente. Parecía asustado, respiraba con dificultad y con la mano izquierda se tocaba en el costado.

El árabe frunció el ceño al tenerle tan cerca, como si no esperara verle allí delante. Dos de los guardaespaldas corrieron desde los laterales para bloquearle.

Washington, 31 de octubre de 2022
10.26. Cámara de Representantes.

La gente corría por el pasillo justo en dirección contraria a él. Tuvo que empujar a dos senadores para lograr entrar en la sala. Alexandra corría detrás de un hombre.

—Mierda —dijo Martin, subiendo a una de las mesas del hemiciclo.

Comenzó a saltar de mesa en mesa, los congresistas se apartaban asustados, algunos intentaban atraparle las piernas. Pero Martin llegó hasta el final del pasillo en unos segundos.

Observó cómo los guardaespaldas se dirigían a por el individuo. Alexandra había sacado su pistola y apuntaba al intruso.

Entonces una figura saltó volando por encima de las cabezas de varios congresistas, el presidente lo miró atónito, el hombre árabe se giró instintivamente. Lo que vio le dejó petrificado: un tipo volaba directamente hacia él.

Washington, 31 de octubre de 2022
12:30. Cámara de Representantes.

Alexandra giró un instante la cabeza y observó a Martin volando literalmente sobre Haidar. Su cuerpo cubrió el blanco y ella tuvo que alejar el dedo del gatillo en el último momento.

—¿Qué? —dijo la mujer sin poder contener su sorpresa.

Martin aterrizó justo encima del presidente y este cayó al suelo.

Haidar sacó por fin algo del bolsillo, pero para sorpresa de todos, era una pequeña cajita blanca de lentillas. Todo el mundo se quedó quieto unos segundos. El árabe los miró como si llevara una granada en la mano. Después se dispuso a abrir la cajita.

—No —gritó Alexandra, cuando los dos guardaespaldas estaban a punto de abalanzarse sobre él.

El hombre miró a la mujer a los ojos. Sus grandes pupilas negras brillaban al borde de las lágrimas.

—Haidar, no lo hagas —dijo la mujer con voz pausada.

En ese momento, el presidente se levantó del suelo y arrebatando la pistola a Martin disparó al árabe.

Haidar notó el impacto en la espalda. Después la vista comenzó a nublársele y en el último momento de lucidez se alegró de no haber abierto la caja. Cuando se derrumbó tenía una sonrisa en los labios.

Alexandra se acercó al cadáver y tomó la cajita con cuidado. Con ella en la mano salió corriendo del hemiciclo hacia el laboratorio. Martin no tardó en seguirla.

Fuera lo que fuera lo que había en la caja, debía tener una potencia letal, cuanto antes lo alejara del presidente y los congresistas sería mejor para todos, pensó Alexandra mientras corría por el pasillo.

Washington, 31 de octubre de 2022
13.30. La Casa Blanca.

El presidente estaba sentado junto a Pat, la presidenta de la Cámara de Representantes. Su actuación unas horas antes le había asegurado la reelección. Había matado a un terrorista con sus propias manos y para la opinión pública era un héroe.

La sala estaba repleta de periodistas de más de cincuenta países. El presidente se levantó de la silla y se acercó al estrado. Una nube de manos se alzó y fue dando paso a las preguntas.

—Señor presidente, ¿cómo se sintió al verse abordado por un terrorista? —preguntó una regordeta mujer negra.

—No tuve miedo, sé que puedo morir en el servicio a mi país. Por eso, cuando aquel agente me tumbó, volví a levantarme y, ante las dudas de los agentes del USCP, actué por mí mismo.

—Señor presidente, el terrorista era de origen sirio y se le ha relacionado con un grupo integrista islámico denominado Los Hermanos del Islam, ¿estamos ante una nueva ofensiva del terrorismo islámico? —preguntó el estirado corresponsal del *Time*.

—Es evidente que sí. Irán está apoyando al terrorismo extremista. Ese país es el último refugio de los asesinos de Al-Qaeda. Por eso, cuando los ciudadanos renueven su confianza en mí, no dudaré en emplear todas las armas para perseguir a los terroristas allí donde se encuentren.

—Señor presidente, ¿esto da por resueltos los crímenes de las últimas semanas en el Capitolio? —preguntó el corresponsal de *Le Monde*.

—Teníamos una manzana podrida en el cesto, pero la hemos eliminado. Será mejor que ahora dé paso a la presidenta de la Cámara de Representantes.

La presidenta se puso en pie y se dirigió hacia el estrado. El presidente le puso una mano en el hombro y se volvió a sentar.

—Buenas tardes.

—El presidente ha dicho que el terrorista abatido era el responsable de los asesinatos, ¿eso significa que el hombre encarcelado hace unos días era inocente? —preguntó una corresponsal televisiva de Al-Yazira.

—Creemos que se trataba de una célula que había logrado infiltrarse entre

el personal del Capitolio, no descartamos nuevas detenciones.

—¿No es un gran fallo de seguridad nacional que un grupo terrorista campe a sus anchas en el parlamento del país más poderoso del mundo? —dijo un joven periodista extranjero.

—Estamos analizando los fallos de seguridad y se tomarán las medidas pertinentes —dijo la presidenta intentando bajarse del estrado—. Una última pregunta y lo dejamos.

—Señora presidenta, ¿qué llevaba el terrorista dentro de la cajita de lentillas? —preguntó una de las periodistas.

—Lo están analizando. No puedo adelantarles nada.

El presidente y la mujer salieron por las cortinas y, una vez fuera de la sala, comenzaron a charlar:

—Parece que este atentado ha sido muy oportuno, ¿no crees? —preguntó el presidente.

—La campaña está asegurada, ese candidato republicano no tiene nada que hacer —dijo la mujer.

—Además hemos conseguido que el pueblo vea el peligro que supone una nación como Irán.

—Tendrás otra guerra, presidente.

El hombre la miró con ojos inocentes.

—Ya sabes, «tiempo de guerra y tiempo de paz» —dijo citando el libro de Eclesiastés.

—«Todo tiene su tiempo, no hay nada nuevo bajo el sol» —contestó la mujer.

Washington, 31 de octubre de 2022
16.30. Edificio del Capitolio.

Cuando atravesaron la última puerta de seguridad Alexandra resopló. Llevaba desde las once de la mañana sufriendo un interrogatorio. Martin la miró de reojo e intentó sonreír, él también llevaba todo el día soportando preguntas impertinentes.

—Me han llegado a insinuar que podía ser sospechosa de terrorismo, ¿no te parece ridículo? —dijo la mujer mientras sacaba un pequeño paraguas del bolso.

—Lo mismo han argumentado conmigo. Saben que viste al senador Carr, a Haddon y que conocías a la mayoría de las personas asesinadas —dijo Martin.

—¿Y eso me hace culpable? Soy la jodida investigadora de este caso. Juntos hemos salvado el culo de sus señorías y a esos estúpidos figurines del FBI y la CIA lo único que se les ocurre es que podría estar implicada.

—Quieren cargarle el muerto a alguien y tú pareces la víctima perfecta.

—Ese estúpido de Haidar era un terrorista, pero no un asesino en serie. Los tipos que mataron a John Case y a Ana no eran terroristas islámicos, eran miembros del servicio secreto. Los dos cabrones que me dispararon en el cementerio eran de la ASN.

—Pero, ¿quién tiene poder para enviar a esos tipos a por ti? —preguntó Martin.

—Alguien del Gobierno.

—Pero, ¿por qué entorpecer la investigación?

—Lo desconozco, posiblemente para proteger a alguien. Para que lo que pasó en Roma no salga a la luz —dijo Alexandra.

La lluvia caía con fuerza sobre los jardines del Capitolio. Pasaron junto al tribunal supremo y caminaron hacia la avenida de la Constitución.

—Esta noche tengo que hacer una visita a una amiga —dijo enigmática Alexandra.

—Será mejor que te acompañe.

—Puede ser peligroso.

—No me digas —dijo Martin tomando el paraguas de la mano de la mujer.

Los dos sonrieron y se perdieron entre la multitud.

Washington, 1 de noviembre de 2022
1.30. Zona residencial Adams Morgan.

La exclusiva zona donde vivía la presidenta de la Cámara de Representantes era una de las más pintorescas de la ciudad, con una gran cantidad de restaurantes y un movido ambiente nocturno. La presidenta se negaba a cumplir los parámetros de la burguesía negra americana; no se había casado, vivía de alquiler en un gigantesco piso y seguía frecuentando la vida nocturna de la ciudad.

Alexandra aparcó su coche en la acera de enfrente y esperó unos instantes antes de salir. No había ni rastro de Martin. Él se había marchado a su casa para cambiarse de ropa y habían quedado en verse en la calle de la presidenta.

Al final se apeó del coche y se metió en el callejón lateral. No podía esperar más, aquella era la mejor hora para hacer una visita a Pat Petrarca.

La presidenta de la Cámara de Representantes tenía acceso directo al presidente y no duraría en matarlo si se sentía en peligro.

Alexandra intuía que lo había dejado para el final, como la pieza de caza más codiciada. La conocía muy bien. Era fría, calculadora, capaz de cualquier cosa para conseguir el poder y conservarlo. Además era una de las candidatas favoritas para suceder al presidente en caso de que este falleciera. Si este moría el último día de la campaña electoral o en la jornada de reflexión, preferiblemente asesinado por un loco terrorista, Pat se convertiría en la primera mujer presidenta del país. Alexandra no quería ni imaginarlo. Tener por presidenta a una psicópata asesina. Su cargo le daría inmunidad completa y ella o cualquiera que se interpusiese en su camino serían eliminados sin miramientos. Todos sabían que la actual vicepresidenta no aceptaría el cargo. Era una mujer débil, cuya figura política siempre había estado a la sombra del presidente. Pat lo sabía y era capaz de cometer el magnicidio. Ella podía haber enviado a aquellos agentes para perseguirla y eliminarla.

Ahora entendía su oposición a la investigación, su insistencia en supervisar cada uno de sus movimientos. Además, ¿cómo no había caído antes? Pat Petrarca era la única persona que tenía acceso a todas las dependencias del Capitolio, y era una mujer grande, fuerte y atlética. Capaz de enfrentarse a muchos hombres.

Alexandra conocía el edificio, la planta y el piso. También sabía que de noche tan solo uno de sus guardaespaldas permanecía en activo. No creía que le costara mucho reducirle e introducirse en la vivienda. Como el guardaespaldas vigilaba durante toda la noche, no se activaba la alarma. El único problema era que cada hora el guardaespaldas se ponía en contacto con su central y si no llamaba puntualmente la policía no tardaría en llegar para comprobar lo ocurrido.

Ascendió por la escalera de incendios hasta la azotea, forzó la puerta de acceso a la escalera de servicio. Después, fue muy fácil abrir la puerta de la calle con su llave maestra y entrar con sigilo en el piso. Las habitaciones no estaban en penumbra, una mortecina luz las alumbraba para facilitar la ronda. Alexandra buscó al guardaespaldas y lo redujo sin mucho esfuerzo.

Buscó la habitación de la presidenta del Capitolio; la verdad es que era una suerte que viviese sola, porque de otro modo las cosas podían haberse complicado extraordinariamente.

Recorrió un pasillo hasta lo que parecía la habitación principal. Al entrar en la habitación comprobó que allí la oscuridad era casi total. Tan solo la luz de la calle difuminaba las formas de los muebles del dormitorio. Alexandra se acercó a la cama y se sentó al borde. El cuerpo que yacía a su lado continuó respirando sosegadamente. Entonces, Alexandra, en un tono suave, llamó a la mujer.

La presidenta dio un respingo y se incorporó en la cama. Se quitó de un tirón el antifaz que llevaba para dormir e intentó alcanzar el teléfono de la mesilla.

—No está ahí —dijo sin inmutarse Alexandra.

—¿Eres tú? —dijo incrédula la mujer.

—¿Creías que no te descubriría?

—¿De qué hablas? ¿Te has vuelto loca? Entras en mi casa a media noche y me pegas un susto de muerte. Te aseguro que estás acabada. Me encargaré de que te encierren una larga temporada.

—¿Acabada? —dijo Alexandra como si repitiera el eco.

—Sí, acabada. Esta vez has llegado demasiado lejos —dijo la presidenta, señalándola con el dedo.

—No me importan tus amenazas. He venido aquí para impartir justicia —dijo mecánicamente Alexandra.

—¿Impartir justicia tú? Extorsión, malversación, corrupción... ¿quieres

que siga con la lista de tus delitos? Esa fue la razón por la que te fuiste de la política, no para ingresar en el USCP.

—Han pasado más de diez años, esos delitos han prescrito, pero los tuyos no.

—¿Mis delitos? Te has vuelto completamente loca. Será mejor que te marches ahora, antes de que llegue la policía.

—Lo sé todo. No disimules.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Sé lo del tatuaje —dijo Alexandra.

—*Alea iacta est*. Una broma divertida, ¿verdad?

—A mí no me hace gracia. Siete personas han muerto, pero no lo matarás a él —dijo Alexandra sacando una pistola.

—Esta vez tu olfato te ha fallado.

—¿Cómo?

—Yo no he matado a nadie. Es verdad que no soy una hermanita de la caridad pero tampoco soy una asesina ni una psicópata.

—Entonces...

—Lo hizo él —espetó la presidenta.

—¿El presidente? ¿Por qué? —preguntó Alexandra sin salir de su asombro.

—Todo empezó hace muchos años en nuestro colegio en Arlington.

—Ya sé lo del colegio.

—¿Lo sabes? ¿Quién te lo ha contado?

—El senador Carr. ¿Sabes que murió de un paro cardíaco en el hospital?

La presidenta la miró sorprendida. Después se recostó en la almohada y se frotó los ojos.

—Por lo menos todo ha parado ya.

—¿El qué?

—Por fin estará tranquilo.

—Entonces tú eras su cómplice. Tú le facilitaste las cosas.

—Sin él no ganaríamos las elecciones y volverían los *neocons*.¹³

¹³ El neoconservadurismo es una ideología de carácter político y moral promovida por los «nuevos conservadores». La novedad respecto al clásico conservadurismo estadounidense consiste en que es una nueva oleada del pensamiento conservador, con tesis morales y éticas. Se lo considera un movimiento político surgido como reacción a las ideas de la contra-cultura de izquierda de la década de 1960. El énfasis de su mensaje se centra en la familia y los valores tradicionales. Los neoconservadores son a menudo denominados *neocons*, tanto por los partidarios como por los críticos.

—Pero es un psicópata. ¿Lo único que os importa es el poder?

—La culpa fue de ellos, ellos despertaron el monstruo que llevaba dentro —dijo la presidenta en tono incisivo.

—Pero, ¿qué fue lo que pasó en Roma?

Pat miró el reloj de la pared. Si la entretenía lo suficiente, la policía llegaría y se la llevarían detenida.

—En el viaje de fin de curso, los miembros de la logia Los Patriotas de Dios le hicieron pasar varias pruebas para aceptarlo en el grupo. Algunos decían que no era lo suficientemente negro, su abuela materna era blanca y él, ya lo sabes, tiene un aspecto ligeramente mulato. La mayoría éramos los hijos de altos funcionarios, militares, miembros del partido demócrata. Aquel colegio era poco menos que una cárcel, pero al menos disfrutábamos de una de las mejores educaciones de los Estados Unidos. Desde niños teníamos que saber cuatro idiomas, ciencias y matemáticas, economía y política. Después de varios años en aquel ambiente opresivo todos hemos quedado algo tocados. Él era un joven delicado, cariñoso, pero los blancos lo odiaban por ser mulato y los negros también.

Alexandra relajó la mano y bajó el arma. La mujer se apoyó en dos grandes cojines y continuó su relato.

—Como te decía, él no estaba preparado para vivir en un internado. Sus padres eran dos profesores universitarios de Washington. Gente decente, pero alejada de las tesis oficiales. El abuelo paterno también era negro, un coronel autoritario que había luchado en la II Guerra Mundial, el primer coronel negro de la historia de la Armada, que obligó a sus padres a internarle en aquel terrible lugar. Según decía, sus padres tenían que mostrar de alguna manera su fidelidad al sistema, ya que habían sido detenidos en varias ocasiones por oponerse a la Guerra de Corea. Criado por una madre amorosa y un padre cariñoso, aquel régimen carcelario y violento le cambió por completo.

—Pero, ¿de veras era tan terrible?

—El ritmo de estudios era frenético, la comida frugal, las camas duras. Querían que la élite que formaban fuera al mismo tiempo mitad monje y monja, mitad líder y casta. Los curas no mostraban el más mínimo respeto por los niños. Yo, que estaba en la parte de las niñas, no lo pasaba mucho mejor, pero por lo menos podíamos llamar a nuestras madres, recibir visitas una vez al mes y escribirnos con nuestros padres y abuelos. Los chicos no

podían hacer ninguna de esas cosas.

—Pero ese régimen era general. ¿Qué convirtió al presidente en un monstruo?

—Bueno, tampoco considero que sea un monstruo. Le conozco desde hace cuarenta años. ¿Crees que habría ayudado a un monstruo a ser el presidente de nuestro país?

Alexandra puso cara de incredulidad y la mujer continuó su relato.

—No se adaptó nunca. Sus profesores lo castigaban constantemente por su sensibilidad, le decían que era un marica y le ridiculizaban delante de la clase. Los niños a esas edades son muy crueles, por eso le llamaban mariquita y nadie quería jugar con él. Vivía en completa soledad, pero lo peor fue cuando llegó al colegio un muchacho irlandés llamado Prior.

—¿El senador al que cortó la caballera?

—Prior era cinco años mayor que el resto de sus compañeros, le habían expulsado de varios colegios y su padre logró que lo metieran en el internado para ver si lo enderezaban. Era un líder nato pero extremadamente cruel. Cuando el presidente cumplió los doce años, Prior y su banda de irlandeses comenzaron a molestarle. Él intentó ingresar en Los Patriotas de Dios, era la única forma de estar protegido.

—¿A molestarle? ¿A qué te refieres?

—Primero bromas pesadas, después humillaciones como mearle encima u obligarle a comer guindillas picantes. Pero luego las cosas empeoraron y Prior inventó el juego de los apaches.

—¿El juego de los apaches? —preguntó extrañada Alexandra.

—El juego era extremadamente cruel. Primero obligaban a la víctima a correr por todo el colegio mientras ellos la perseguían, como si de una cacería se tratara. Después, cuando la capturaban, la llevaban a un lugar apartado del jardín y la ataban de rodillas en un árbol.

Pat paró su relato. Se sentía especialmente incómoda. Era la primera vez que le contaba a alguien lo que su amigo le había narrado a su vez muchos años antes, cuando los dos dejaron el colegio y empezaron a estudiar en la universidad en Georgetown.

—¿Qué le hacían? —preguntó intrigada Alexandra.

—Es asqueroso, pero le obligaban a que les hiciese... ya sabes.

—Felaciones.

—Sí, eso.

—Una y otra vez, terminaron por violarle cada vez que se les antojaba. Eso hizo que se encerrara cada vez más y más en sí mismo. Cuando se acababa el verano y volvía al internado, el infierno comenzaba de nuevo.

—¿Y no lo denunció?

—¿A quién? ¿A los curas que le llamaban mariquita?

—A sus padres.

—Sus padres a esas alturas eran un par de desconocidos para él. Aquella situación duró años. Dan Preston, Edward Red, Carr, Haddon y el cabecilla Prior, todos abusaron de él durante tres o cuatro años. El último año lo dejaron en paz en ese aspecto, algunos ya tenían novia o salían los sábados para contratar los servicios de alguna fulana. La sexualidad del presidente quedó truncada, su autoestima por los suelos, tenía complejos y se convirtió poco a poco en un asocial. A veces me decía que no sentía nada, por nada ni por nadie. Que todo le daba igual, que nunca había amado a otro ser humano.

—Pero hay dos cosas que no entiendo. Primero, ¿por qué te contó todo eso a ti? Me imagino que no sería fácil para él entrar en detalles.

—Como te dije nos conocíamos de vista. Nos veíamos en misa, en algunas clases que se hacían mixtas. A veces nuestras familias comían juntas. Yo intentaba hablar con él, pero era realmente complicado.

—Entiendo. ¿Estabas enamorada de él?

Pat intentó retener las lágrimas pero no pudo evitar que se le formara un nudo en la garganta. Aquella historia le partía el corazón. El único hombre que había amado era un mutilado emocional incapaz de corresponderla.

—Sí —dijo secamente.

—¿Sigues enamorada de él?

—Sí. Llevo toda la vida enamorada de él —dijo Pat con la voz entrecortada.

—Pero él no te ama. No te puede amar.

—Lo sé, pero llevamos más tiempo los dos juntos que muchos matrimonios.

—Lo que tampoco entiendo es por qué mató a la congresista.

—Mary Faletti se unió al grupo el último año. Era lo que se suele llamar vulgarmente un putón.

—Pero, ¿por qué la mató?

—El grupo preparó una última broma cruel justo en el viaje a Roma.

—¿En que consistía?

—El día en el que visitaban el Vaticano y tenían audiencia con el papa, Mary estuvo tonteando con él. En el tiempo libre, los dos se escondieron en un parque cercano, y ella comenzó a besarle. Él nunca había salido con una chica. Como te dije su sexualidad era ambigua, era incapaz de sentir nada por nadie. Aquella mañana, Prior y sus compinches prepararon su última broma cruel.

—¿Qué le hicieron?

—Mary comenzó a besarle y tocarle en un banco solitario. Después llegaron todos y le obligaron a masturbarlos. Un asunto asqueroso. Lo dejaron allí, solo y humillado.

—¿Y el tatuaje: *Alea iacta est*?

—Todos los miembros de la banda de Prior se tatuaron el lema de la escuela. A él le tatuaron otro lema en el cuerpo.

—¿Cuál?

—*Me albis dentibus...deridet*. «Se burla de mí con sus dientes blancos.» Se lo hizo el mismo Prior. Le dijo que siempre que lo viera se acordaría de él.

—Entiendo, por eso escribió esa frase tras matar a Prior.

—Cuando todos aparecieron para la audiencia, faltaba un chico llamado Liam. Él lo había matado. Nunca pudieron probarlo y pasó varios años en un internado militar.

—La vida del presidente ha sido terrible —dijo Alexandra.

Pat miró de nuevo el reloj, sabía que si el guardaespaldas no se ponía en contacto con la central, la policía llegaría en menos de cinco minutos.

—¿Estás dispuesta a decir esto ante un tribunal? —le preguntó Alexandra a la mujer.

—Ni loca. Al final ellos se saldrían con la suya y destruirían de nuevo su vida.

—Pero, ¿no entiendes que el presidente es un psicópata? Si no le paramos, seguirá matando.

—No, ya terminó su justicia. Tan solo ha hecho justicia. ¿No lo ves? Todos ellos merecían morir por lo que le hicieron.

—Pero, ¿por qué ahora, después de tantos años?

La mujer volvió a mirar el reloj. En unos minutos, la habitación se llenaría de policías y ella acusaría a Alexandra de ser miembro de la célula terrorista, sacaría a relucir su pasado corrupto y diría que había sido la última persona en ver a la mayoría de las víctimas con vida. ¿A quién iban a creer, a una

agente del USCP indisciplinada, depresiva y corrupta o a la presidenta del Capitolio?

—Cuando él llegó a la presidencia, Prior continuó presionándolo. Incluso hacía ciertas insinuaciones de su pasado desde la tribuna de oradores. La tensión de los últimos años era insoportable. Prior le enviaba mensajes supuestamente anónimos recordándole su pasado o con el texto con el que lo marcó años antes.

—Eso lo explica todo.

—No podía soportarlo más y decidió matarlos a todos. Empezó por el más débil, Edward Red. Todo el mundo creyó queaquella era una muerte natural y eso lo llenó de confianza. Cuando mató a Dan Preston me di cuenta de lo que estaba pasando. Si no le ayudaba le descubrirían. Por eso envié a aquellos hombres para que os siguieran.

—Aquellos hombres mataron a tres personas inocentes. Para protegerlo a él, condenaste a muerte a esas personas. Pero, ¿no entendías que se trataba de un asesino peligroso?

—Solo es una pobre víctima de un sistema cruel e injusto con los más débiles —contestó enfurecida la mujer.

—Pero ha matado a gente inocente.

—Fue un desgraciado accidente, pero ahora todo terminó. Deja las cosas como están y continúa con tu vida. Será lo mejor para todos. Gracias a la intervención de ese tal Haidar nadie sabrá nunca la verdad.

—Y Alí, el supuesto terrorista, tiene que pagar por tu presidente.

—Es un ex terrorista y cada uno tiene que asumir sus errores de juventud. ¿No crees?

—No puedo permitir que el presidente siga en libertad.

—Y, ¿cómo lo vas a impedir?

La mujer se levantó de la cama y se acercó al gran ventanal.

—La idea de acusar al musulmán fue mía. Sabía que el muy sinvergüenza robaba a los cuerpos de las víctimas. No es un santo.

—Pero no puede pagar por unas muertes que no ha causado.

—Créeme. El mundo está mejor sin Prior y otros como él.

—Es posible, pero mi deber es detenerte.

Pat abrió la ventana y miró a la calle. El ruido de las sirenas penetró en la habitación. Las luces de los coches de policía se reflejaban en los cristales.

—Si te marchas ahora, todavía puedes escapar.

—No juegues conmigo —contestó Alexandra acercándose a la mujer. Esta se pegó al ventanal.

—No permitiré que tú también le hagas daño.

Alexandra agarró a la mujer del brazo pero esta se zafó, perdió el equilibrio y se bamboleó hacia la ventana. La agente estiró la mano para sujetarla, pero la tela del camión se rompió y la mujer se precipitó al vacío. La agente miró estupefacta por la ventana y comprendió que tenía que huir antes de que llegara la policía. Pat Petrarca era la única persona en el mundo que podía contar aquella historia, ahora nadie la creería a menos que el presidente confesara sus crímenes, pero eso era prácticamente imposible.

Alexandra corrió escaleras arriba, subió a la azotea y saltó de un tejado a otro hasta llegar al final de la manzana. Forzó una puerta y bajó por el portal. Ahora sabía con quién se enfrentaba, pero nadie iba a creer ni una sola palabra de lo que dijese.

Washington, 1 de noviembre de 2022
2.30. Zona residencial Adams Morgan.

Alexandra no podía regresar a casa, pero ¿adónde ir? La casa de su madre estaba descartada. Bastante iba a tener cuando se enterara de en qué lío estaba metida. La única persona que la podía ayudar era Martin Salazar. Aunque ya la había traicionado una vez y podía volver a hacerlo, la había protegido en el Capitolio.

Intentó no caminar por la ciudad de noche. En el centro no había mucha gente a esas horas de la madrugada y con toda seguridad la policía le seguía la pista. El guardaespaldas se había despertado justo cuando abandonaba la casa, pero no tuvo la sangre fría para matarlo. Además, al entrar al edificio de Pat Petrarca se había percatado de las cámaras de videovigilancia, pero nunca creyó que las cosas podían terminar de aquella manera. Su imagen debía estar colgada en Internet y en los ordenadores de la policía metropolitana. Era una asesina en busca y captura.

Se paró frente a la puerta de Martin y dudó si llamar o no. Eran las tres de la mañana, llevaba días sin descansar bien y no tenía otro sitio adonde huir.

Martin abrió de inmediato. Alexandra entró sin mediar palabra y se sentó en el sillón del salón.

—¿Qué ha sucedido? Sales en la televisión, te están buscando —dijo el psicólogo al ver el aspecto desastrado de la agente.

—En cuanto comenzó a llegar la policía me marché de allí. ¿Dónde te metiste tú? No estabas cuando llegué —preguntó Alexandra, frunciendo el ceño.

—Lo siento —se disculpó el hombre.

—He pasado una noche de perros. He descubierto quién es el asesino del Capitolio, pero mi única testigo ha muerto.

—¿Qué? —preguntó sorprendido el hombre.

Alexandra le contó todo a Martin. El pasado del presidente, su amistad con Pat Petrarca, el detonante que le había llevado a matar a sus antiguos violadores y torturadores, y el desgraciado accidente de la presidenta.

—Pero ahora, Pat Petrarca, la única persona que podía declarar contra el presidente, está muerta y nuestra oportunidad de atraparlo se ha esfumado.

—¿Por qué no le cuentas todo esto al jefe? —dijo Martin, que estaba sentado a su lado intentando digerir la increíble historia de Alexandra.

—¿Estás loco? Me detendrían por asesinato y nadie me creería —dijo Alexandra sorprendida de la ingenuidad de su amigo.

—Tienes razón, pero ¿cómo podemos desenmascarar al presidente?

—Buena pregunta, Martin, pero no tengo ni la más mínima idea. Pensé que se te ocurriría algo a ti. Al fin y al cabo tú eres el especialista en psicópatas.

—Por lo menos sabemos que su comportamiento es el de un psicópata de libro.

—¿Cómo podemos tenderle una trampa y que él mismo se delate?

—Déjame pensar.

Martin pasó las dos horas siguientes ojeando sus notas y releyendo algunos libros. Alexandra por el contrario durmió a pierna suelta hasta que sonó el teléfono. Se hizo la dormida pero escuchó la conversación de Martin.

—Buenos días, jefe... ¿Qué? No sabía nada, todavía no he puesto la televisión... No, no la he visto desde ayer. De acuerdo, si se pone en contacto conmigo le avisaré sin falta. Hasta luego.

El psicólogo se acercó a la televisión y la encendió. Bajó el volumen y fue pasando los canales hasta que apareció la cara de Alexandra.

—¿Qué dicen de mí? —preguntó Alexandra incorporándose.

—No sé, acabo de ponerla.

El locutor habló de la muerte de la presidenta de la Cámara de Representantes, Pat Petrarca. Según decía el informativo, todo señalaba a que su asesino la había arrojado por la ventana tras reducir a su guardaespaldas. La principal sospechosa era un miembro del USCP, Alexandra Kolbe. La agente encargada del famoso caso del Carnicero del Capitolio, que al parecer era miembro de la célula que actuaba en Washington. La sospechosa había sido amiga de la presidenta y había estado en varias ocasiones de baja por depresión.

Alexandra apagó la televisión y se sentó bruscamente.

—Serán mentirosos.

—Ya sabes cómo es la prensa, siempre a la búsqueda de carnaza. Pero no te preocupes, creo que tengo una manera de que el asesino se delate.

—¿Cómo? —preguntó Alexandra recuperando rápidamente la calma.

—Es un plan complicado, pero creo que dará resultado. Simplemente necesitamos un poco de suerte y paciencia. Ya sabes que los peces más

grandes necesitan un cebo mayor y nosotros vamos a dárselo.

Washington, 1 de noviembre de 2022
10.00. La Casa Blanca.

El presidente observó a su gabinete de crisis y después se dirigió al gran ventanal del despacho oval. La única persona en la que confiaba en el mundo había muerto. Esa agente loca y meticona la había asesinado. Pero, sin saberlo, había matado a la última persona que conocía su historia y podía encontrar el móvil de los crímenes del Capitolio.

—Señor presidente, creo que es el momento de activar el protocolo de emergencia y declarar el estado de excepción —dijo uno de los generales.

El resto del grupo asintió. El presidente se puso delante del pequeño grupo de hombres y los miró directamente a los ojos.

—Nuestra democracia está siendo atacada, nuestros enemigos quieren socavar nuestras libertades y el estilo de vida americano, pero nosotros lo impediremos.

—¿Doy la orden? —preguntó el Secretario de Estado.

—Sí. Hay que prohibir que se divulgue información que pueda dañar a nuestro país, que se imponga el toque de queda. Si es preciso, que la Guardia Nacional patrulle las calles.

—Encontraremos a esa mujer y a sus cómplices terroristas —dijo uno de los generales.

—Quiero que el plan de invasión de Irán se active —dijo el presidente.

—Tenemos más de cien mil soldados preparados en Siria e Irak y una coalición de fuerzas saudíes, jordanas, afganas e iraquíes. La operación Persépolis se pone en marcha —dijo el secretario de Defensa.

—Trataremos a esos cerdos con su misma medicina —dijo el presidente.

La sala se vació en un instante. El presidente paseó por el despacho mientras su rabia crecía dentro de él, tuvo el impulso de buscar alguien sobre el que descargar su ira, pero por ahora debería conformarse con esperar al bombardeo de Teherán.

Washington, 1 de noviembre de 2022
11.00. Calle K.

Klame miró complacido las noticias. A pesar de la muerte de Pat, el plan se había cumplido a rajatabla. Las dudas del presidente se habían disipado. Le habían obligado a entrar en la guerra con Siria y, dentro de dos años, la ASN utilizaría el pasado del presidente para inculparlo en un caso de asesinato múltiple. La presidenta de la Cámara había entrado en el juego para proteger al presidente, pero el resultado era el mismo. La crisis había conseguido el milagro y los Estados Unidos estaban de nuevo en guerra. El último enemigo del país terminaría por sucumbir. El presidente sería detenido por asesinato y la vicepresidenta, una mujer sin garra, sería dominada por los halcones, el alto mando del ejército.

Klame se sentía orgulloso. No había sido fácil descubrir el pasado tortuoso del presidente, pero ellos podían descubrir el más oculto de los secretos. Se dedicaban a eso. Los dos agentes del USCP se aproximarían al objetivo y lo eliminarían. Ellos no tendrían que mover ni un dedo.

Salió del despacho con una sonrisa en los labios. Se tomaría el resto del día libre. Se lo había ganado.

Washington, 1 de noviembre de 2022
12.30. Zona residencial, distrito de Columbia.

Martin tomó uno de los libros que había acumulado durante su noche de vigilia y comenzó a ojearlo de nuevo. Alexandra lo observaba impaciente, la situación se le había escapado de las manos y no sabía qué camino tomar. El encuentro con Pat había sido revelador, pero al mismo tiempo había vuelto a remover todo su pasado. Las verdaderas razones por las que había abandonado la política, la muerte de su marido y todos sus temores. Aquel caso había despertado de nuevo todos sus fantasmas.

—Los psicópatas tienen muy pocos puntos débiles —dijo Martin sacando a Alexandra de sus pensamientos.

—Me imagino que la muerte de Pat le habrá afectado mucho —comentó Alexandra.

—No creo.

—Ella era su confidente, la única persona que le ha mostrado algo de afecto. Incluso ha encubierto sus asesinatos.

—Para el asesino, Pat tan solo era una pieza más que mover para vencer a sus enemigos.

—No pueden ser tan fríos —dijo Alexandra sorprendida—. ¿Es que los psicópatas no tienen ningún tipo de sentimientos?

—Sí tienen sentimientos, pero solo hacia ellos mismos. Si alguien les hace daño ellos sufren, pero son incapaces de ponerse en el lugar de los demás. No pueden sentir ni empatía ni compasión por nadie.

—Entonces no tiene ningún tipo de punto débil.

—Hay una forma —dijo Martin.

—¿Qué forma?

—Por lo que me contaste anoche, el presidente vivió una infancia y adolescencia de soledad y humillación.

—Sí, debió de ser terrible —dijo Alexandra.

—El acto final de humillación, cuando sus torturadores mandaron a una chica para que se burlase de él, para luego terminar violándole en grupo, puede que nos muestre la clave para llegar hasta su oscura personalidad. Podría ser en la gala benéfica de esta noche.

—Pero no entiendo. ¿Quieres que se lo recordemos de alguna manera? ¿Que le escribamos cartas amenazantes?

—No. Algo mucho más rápido y efectivo. El presidente tiene que revivir de nuevo ese momento de su vida —dijo Martin enigmático.

—¿Revivir ese momento de su vida?

—Sí. Tenemos que conseguir que sienta la misma vergüenza y humillación que sintió en ese momento, para que muestre su verdadera cara ante el mundo y se derrumbe.

—¿Funcionará?

—Eso espero, Alexandra. En caso de que no funcione, tú y yo nos habremos metido en un verdadero lío —contestó Martin. Su gesto mostraba nerviosismo. Las cosas no habían sido fáciles para él. Un padre agresivo, una juventud solitaria y ahora que por fin conseguía cierta estabilidad y conocía a la mujer de sus sueños, podía morir atravesado por un tiro o pasar en la cárcel los próximos veinte años. Alexandra decía que no existían las casualidades; entonces si alguien o algo les había unido para solucionar aquel embrollo, esperaba que ese alguien, donde quiera que estuviese, les ayudara en ese momento.

Alexandra lo miró como si leyera sus pensamientos. Sin duda, meterlo en aquel lío no había sido buena idea. Tenía que haberse presentado aquella misma noche en la gala benéfica por África y matar al presidente. Pasaría el resto de su vida en la cárcel y todo el mundo la consideraría una magnicida, pero pondría a Martin a salvo. Esperaba que el plan que habían pensado funcionara. Era la última oportunidad de atrapar al psicópata que les gobernaba antes de que fuera reelegido. El monstruo que llevaba dentro se había despertado y ya no se cansaría de matar hasta que alguien lo detuviese.

Washington, 1 de noviembre de 2022
20.00. La Casa Blanca.

El presidente bajó por las escaleras de la Casa Blanca y se subió al coche oficial. Miró su reloj de pulsera intentando tranquilizarse. Pat había muerto a manos de esa maldita agente del USCP arrogante y entrometida.

El coche frenó ante la verja y esperó a que la puerta se abriese. Las últimas semanas habían sido especialmente duras. La inminente campaña electoral, las presiones de la oposición y las muertes en el Capitolio que le hicieron revivir su terrible pasado. Siempre con el temor de que todo saltara a la luz. Sus humillaciones, las violaciones y lo sucedido en el viaje a Roma.

Cuando el coche recorrió a toda velocidad las calles de la capital, el presidente sintió algo parecido al pánico. Ya nadie podía recordarle su pasado. La muerte de Pat había acabado con el último rescoldo de aquello. La policía había capturado al terrorista y su popularidad le había colocado de nuevo con ventaja en todas las encuestas. Aunque las elecciones tendrían que esperar unos meses.

El coche avanzó hasta el edificio donde tenía que dar el discurso. Había intentado anular la cita, pero allí estaba la flor y nata del país. Notaba como la adrenalina le subía por las piernas y se extendía por todo su cuerpo. Respiró hondo, pero en ese momento una desagradable imagen recorrió su mente. Se dio con las manos en la cabeza, intentando borrarla. La imagen se marchó como había venido y él recuperó la compostura.

Cuando bajó del coche y observó la multitud que esperaba a la puerta para aclamarlo, sonrió. Todas aquellas personas confiaban en él y solo en él. No podía defraudarlos.

Washington, 1 de noviembre de 2022
19.30. Zona residencial, distrito de Columbia.

Cuando Alexandra salió del cuarto, Martin tuvo que frotarse los ojos para comprobar que no estaba soñando. Llevaba un vestido rojo ceñido de cuello por delante, pero con un vertiginoso escote trasero que le descubría toda la espalda. Alexandra hizo un desfile por el salón y después miró picarona al agente.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Me parece que estás deslumbrante, arrebatadora.

—No seas tonto. ¿Crees que el presidente se fijará en mí?

—Tan solo un ciego no se fijaría en ti.

La mujer dio otro paseo por el salón y se miró en uno de los espejos. Sus curvas eran perfectas, nada que ver con las gordas ricas que iban a ese tipo de eventos benéficos.

—¿Tú crees que caerá en la trampa? —preguntó inquieta Alexandra. No le hacía mucha gracia tener que jugar con un psicópata asesino. Además, si todo salía mal, perdería su puesto en el USCP e iría a la cárcel—. Según la teoría que me has explicado, el crear una situación espejo de la que marcó la personalidad del asesino puede hacer que este abandone su máscara y muestre su verdadera personalidad —dijo Alexandra, levantándose el escote.

—Esa es la teoría, pero no siempre los psicópatas reaccionan. Cada asesino es un mundo y los mecanismos que impulsan su comportamiento son un misterio.

—¿Se te ocurre otra cosa que podamos hacer? ¿Prefieres que lo dejemos? —preguntó Alexandra. La situación podía ser muy peligrosa, el presidente había matado en varias ocasiones y en una situación de estrés como la que estaban dispuestos a crear, la reacción del asesino era imprevisible.

Washington, 1 de noviembre de 2022
20.00. Hotel Hilton.

Se encontraba cansado. Los últimos días lo habían machacado. Asistía a una cena benéfica, cuyos fondos iban a ser destinados a los huérfanos de la guerra de Siria. Aquel golpe de efecto, donde se mezclaban la caridad y una velada crítica política a sus contrincantes, era el tipo de acciones de las que se enorgullecía.

Tal vez debería casarse, pensó. Aunque gran parte del electorado femenino le votaba por ser un atractivo soltero. Ya había estado casado una vez. Pero aquella pesada hablaba demasiado, siempre lloriqueando y diciendo que él no le prestaba atención.

Se ajustó la pajarita y observó su esmoquin negro. Su figura parecía imponente. ¿Cómo no le iban a admirar todos?, se dijo mientras saludaba con la mano tras su entrada en el salón.

Cuando se colocó el reloj de oro y una pequeña pulsera de cuero que siempre llevaba para que le diera buena suerte, una imagen surcó de nuevo su mente. Esos malditos recuerdos nunca dejarían de torturarlo. La ira lo invadió de nuevo y tuvo unos deseos casi irrefrenables de salir corriendo.

Respiró hondo e intentó calmarse un poco. Cualquiera podía traicionarlo y además quedaban algunos cabos sueltos que tendría que resolver en cuanto fuera reelegido. Pero ahora le esperaba una fiesta.

Washington, 1 de noviembre de 2022
20.00. Hotel Hilton.

Alexandra tuvo que tirar de algunos contactos para conseguir un par de invitaciones para la fiesta. Por lo menos seguía teniendo algunos buenos amigos en la Agencia.

Cuando el taxi paró frente al hotel Hilton, Martin notó como le subía la adrenalina. Alexandra se había puesto una increíble peluca pelirroja, pero si alguien la miraba de cerca, la reconocería. En la entrada del hotel había varios agentes del servicio secreto que pedían la identificación. Martin les enseñó las invitaciones y su carné de agente del USCP y los agentes les dejaron pasar. Subieron la escalinata y atravesaron el vestíbulo repleto de gente, la mayoría de ellos invitados a la cena benéfica. Entonces se separaron. Él tendría que conformarse con vigilarla de lejos. No podían arriesgarse a usar micros ni ningún otro aparato cuya frecuencia pudiera localizarse. Pero el problema mayor era acercarse al presidente y convencerlo para que fuera con ella a un lugar privado.

Alexandra recorrió nerviosa la sala. Miró varias veces el reloj y estiró sus largos guantes, que le llegaban hasta los codos. Notó como la pistola minúscula que se había atrevido a traer se le hincaba en el interior del muslo.

Martin no dejaba de observarla. Era tan bella que hubiese dado lo que fuera para sacarla de allí y llevarla a un lugar seguro. A lo mejor todavía estaban a tiempo de coger un avión y huir a cualquier parte. Al fin y al cabo, según Pat, el asesino ya había saciado su sed de venganza y ya no volvería a matar. Pero nadie estaría seguro mientras el presidente continuara su mandato. Esos congresistas merecían morir, habían destrozado la vida del presidente y quién sabe de cuantas personas más, pero no de aquella manera tan atroz.

Martin se acercó a la puerta y observó como varios guardaespaldas formaban un pasillo. Acto seguido un grupo de hombres entró rápidamente en el hotel. En medio estaba el presidente, que con su altura y porte sacaba casi una cabeza al resto del grupo. El esmoquin le sentaba muy bien. Sus ojos brillaban de emoción mientras la gente gritaba su nombre y le daba ánimos. Su piel acaramelada, el rostro afeitado y los ojos negros lo hacían un hombre

tremendamente seductor. Nadie hubiera descubierto que debajo de aquella piel de cordero se escondía un psicópata y un asesino en serie. Martin ya había visto varios casos como este. Personas que en apariencia parecían inocentes e incluso bondadosas, pero con un corazón frío y calculador.

Alexandra se aproximó todo lo que pudo al presidente y lo llamó por su nombre de pila. Parecía no oírla. Extendió su largo guante blanco y tocó su chaqueta. El hombre se giró y la miró con una sonrisa.

—Presidente, soy Ana Gómez, ¿podríamos vernos a solas? Tengo algo muy importante que comunicarle, es referente al paradero de Alexandra...

El hombre hizo un gesto de impotencia. Señaló a la multitud e intentó dar un nuevo paso, pero ella insistió.

—Sé dónde se encuentra.

El presidente, algo molesto, se detuvo. La miró con dureza, pero enseguida suavizó el gesto. ¿Qué se había creído esa maldita periodista?, pensó. ¿Que podía presentarse de aquella manera, vestida como una fulana y estropear la velada?

—Señorita, ¿no podríamos hablar en otro momento? —dijo mientras seguía saludando a la multitud que comenzaba a apretarle.

—Por favor —dijo Alexandra con el gesto más sensual que pudo.

El presidente percibió enseguida su excitación. Indicó algo al oído a uno de los guardaespaldas y el cerco se abrió. Uno de los miembros de seguridad la cogió del brazo y Alexandra entró en la marea presidencial. Los hombres subieron las escaleras deprisa y entraron en un pasillo lateral.

Martin intentó tener a Alexandra localizada. La vio hablar con el presidente y comprobó que un guardaespaldas la metía en el grupo de seguridad y ascendían atropelladamente al piso superior. Intentó seguirles, pero le cortaron el paso. La escalera estaba momentáneamente clausurada hasta que el presidente entrara en la cena.

El agente había dado el chivatazo a varios periodistas. Les había dicho que el presidente tenía una prometida y que aquella noche podrían cazarles. Localizó a los cinco periodistas y los reunió en un extremo del vestíbulo.

—Ahora mismo están solos en la planta de arriba, pero no dejan subir por las escaleras —dijo nervioso Martin.

—Yo conozco muy bien el hotel, hay otras dos escaleras. Una de ellas se usa en contadas ocasiones y seguro que no está vigilada —dijo uno de los periodistas.

Los seis hombres caminaron por el vestíbulo, bajaron al sótano y recorrieron varios pasillos hasta encontrar lo que parecía una vieja escalera de servicio. Martin notaba como el corazón le latía con fuerza. No disponían de mucho tiempo. En cinco o diez minutos todo podría haber acabado y Alexandra estaba en peligro.

Ascendieron con precaución la escalera y llegaron al pasillo enmoquetado. Al fondo dos miembros del servicio secreto de espaldas les bloqueaban el paso.

Washington, 1 de noviembre de 2022
20.35. Hotel Hilton.

Alexandra acompañó a la comitiva hasta la planta superior con el presidente. Cuando llegaron a la habitación una buena parte de los guardaespaldas se quedó en la escalera principal, dos en la puerta de entrada y otros dos en la escalera de servicio. Alexandra no había contado con los miembros del servicio secreto que protegían al presidente. *¿Cómo van a pasar los periodistas el control?*, se preguntó la agente mientras el presidente le cedía el paso. Entró en la lujosa habitación y miró con inquietud el interior.

—Señorita Gómez, usted dirá —dijo el presidente cruzándose de brazos.

—Señor presidente, no esperaba que se acordase de mi nombre.

—¿Cómo olvidarla? Es una de las mujeres más bellas de la televisión.

—Es usted un adulador —dijo Alexandra pavoneándose frente al hombre.

—Dispongo de poco tiempo —dijo el presidente mirando impaciente el reloj.

—¿No tiene tiempo para que nos conozcamos más a fondo? —dijo la agente pasándose picaronamente el dedo por el labio.

—No la entiendo —dijo el presidente sonriente—. Creo que dijo algo de Alexandra, la agente del USCP que está en busca y captura.

—Claro, debe tener muchas mujeres revoloteando a su alrededor. Una más no le interesa.

—Señorita, será mejor que se deje de tonterías y se centre en la información —dijo el presidente comenzando a impacientarse. Muchas mujeres se le habían insinuado a lo largo de su vida pública, pero esto era el colmo.

—Si es lo que prefiere.

—No crea. El poder es más solitario de lo que parece.

—¿De veras? Pues me gustaría hacerle compañía.

—Me halaga su proposición, pero tengo que dar un discurso. Podemos vernos en otro momento, en cuanto termine la cena. Seré todo suyo, pero ahora deme la información —dijo el presidente tocándole el pelo.

Alexandra se agarró a su cuello y se pegó con su cuerpo.

—No puedo esperar tanto. Podría darme un adelanto, señor presidente.

El presidente sintió una súbita excitación. Miró el reloj y pensó que todavía disponía de cinco o seis minutos para demostrar a esa zorra quién era él. La cogió por la cintura y comenzó a besarla con rudeza. Entonces ella se apartó.

—Así no. En la cama, hagámoslo en la cama.

Alexandra se subió en parte el vestido poniendo a la vista su espalda desnuda. Empujó a la cama al presidente y, una vez sentado, le quitó la chaqueta y la corbata mientras lo besaba.

—Señor presidente, me vuelve loca.

El presidente notó cómo la excitación se mezclaba con la ira. Nunca había podido tener una relación sexual normal. Necesitaba castigar a cada mujer con la que se acostaba, por eso tiró del pelo de la mujer hasta que esta dio un pequeño grito.

—Señor presidente, con más suavidad —dijo sensualmente la agente.

Siguió desvistiendo al presidente y le quitó los pantalones. Comenzó a sentirse nerviosa, si Martin no entraba cuanto antes no sabía hasta donde tendría que llegar.

—Señorita Gómez, voy a hacer realidad todos sus sueños —dijo el presidente con los ojos muy abiertos.

Alexandra sintió un escalofrió y se puso a temblar. Él la agarró con fuerza y se colocó encima. Comenzó a besarle el cuello y poco a poco fue descendiendo. Entonces Alexandra vio la botella de champán en la coctelera de la mesa.

—Necesito tomar una copa de champán primero —dijo Alexandra.

El presidente la miró desconcertado y después siguió besándole el cuello.

—Por favor, un poco de champán y después lo que quieras, cariño.

El hombre refunfuñó pero se bajó de la cama y comenzó a abrir la botella. Alexandra no hacía otra cosa que llamar mentalmente a Martin, pero él no la oía.

Los seis hombres se mantenían agazapados en una de las esquinas. Martin seguía dándole vueltas a la cabeza, pero sin llegar a una solución. Los guardaespaldas no dudarían en disparar al grupo si pensaban que estaba en juego la vida del presidente. Entonces pensó que era mejor intentar utilizar sus credenciales.

—Seguidme y hacer lo que yo os diga —dijo Martin a los periodistas. El grupo asintió con la cabeza y se puso en pie.

Martin caminó con seguridad rodeado por los periodistas. En cuanto los guardaespaldas los vieron les ordenaron que se detuviesen y levantasen las manos.

—¿Qué negligencia es esta? —dijo Martin, alterado—. ¿No les han avisado que el presidente va a hacer unas declaraciones a la prensa antes del acto electoral?

Los dos hombres se miraron sorprendidos sin bajar las armas.

—No tenemos instrucciones sobre ninguna rueda de prensa. Al presidente no se le puede molestar en este momento.

—Miren la orden, la tengo en el bolsillo. ¿Puedo sacarla del bolsillo y entregársela?

—Adelántese usted solo. Que los demás permanezcan en su sitio y con las manos en alto —advirtió uno de los gorilas.

Martin se giró y susurro a los periodistas:

—Cuando yo os diga entráis en la habitación.

—Creo que es mejor que nos vayamos —dijo uno de los periodistas—. No quiero que me peguen un tiro por hacer una fotografía.

—Sí —contestó otro.

—Quietos. Os aseguro que no os dispararán. Tan solo acercaos a la puerta.

Martin se aproximó a los guardaespaldas. Metió lentamente la mano en la chaqueta y sacó un papel.

—¡Esta es la autorización!

—¿Por qué grita? No estoy sordo —contestó el guardaespaldas.

El agente se aproximó todo lo que pudo a la puerta y dijo en voz alta:

—No me hagan perder más tiempo, el presidente me está esperando.

Cuando Alexandra escuchó la voz del otro lado de la puerta pegó un empujón al presidente, que se había vuelto a tumbar en la cama y salió corriendo hacia ella.

El presidente al principio no reaccionó, pero luego corrió tras la chica y la cogió del brazo justo antes de que esta abriese la puerta. Ella lo miró aterrorizada e intentó zafarse, pero él la apretaba con fuerza.

—¿Adónde vas? Tienes que terminar lo que has empezado. Es tarde para arrepentimientos.

—¡Suélteme, me hace daño! —gritó la mujer para que Martin la oyera.

Martin la escuchó del otro lado. Los guardaespaldas también la oyeron.

—¡El presidente está en peligro! ¡Abran esa puerta de inmediato!

Los guardaespaldas se quedaron estupefactos pero no se movieron. Estaban acostumbrados a recibir órdenes, no a tomar decisiones. Uno de ellos comenzó a hablar por un pequeño transmisor.

—¿Qué hace? ¡El presidente está en peligro! ¡Abran esa puerta de inmediato! El Carnicero del Capitolio puede estar ahí dentro.

Los dos guardaespaldas se volvieron a mirar. Entonces, Martin aprovechando su desconcierto, abrió la puerta. Los periodistas corrieron hacia los hombres y se asomaron por encima de sus espaldas. Una nube de *flashes* iluminó la habitación.

El presidente no supo cómo reaccionar al principio. Estaba completamente desnudo, sobre una mujer semidesnuda y apretándole el cuello. Saltó de la cama e intentó taparse con su ropa.

Martin extrajo su arma y le apuntó. Alexandra logró zafarse y lanzarse al otro lado de la cama, rebuscó entre su ropa y sacó su pistola.

—Me quieren matar. Disparen —ordenó el presidente a sus hombres.

Estos se movieron con rapidez, pero dudaron un instante. Detrás de ellos había cinco periodistas con las cámaras en las manos.

—Suelten las armas —dijo por fin Alexandra—. Si no, el presidente morirá.

—Disparen —ordenó de nuevo el presidente.

Los hombres bajaron sus armas.

—Déjenlas en el suelo —dijo Alexandra.

Los hombres dejaron sus armas en el suelo. Los periodistas observaban estupefactos la escena, pero no se atrevieron a huir, a pesar de que aquello se complicaba extraordinariamente.

—Todo ha terminado, señor presidente. Sabemos lo que sucedió en Roma, lo de los asesinatos y la complicidad de Pat —dijo Alexandra.

—¿Qué hacen? No suelten las armas —dijo el presidente enfurecido.

El presidente se acercó a Alexandra, pero esta le apuntó directamente a la cabeza.

—Usted también es una víctima, pero no está en condiciones de ser reelegido. Ya ha muerto suficiente gente. Por favor, entréguese.

—Están locos. No sé de qué hablan, yo no he matado a nadie —dijo el presidente fuera de sí—. Ella es la terrorista que asesinó a Pat Petrarca.

—No, señor presidente. Fue usted quien la mató —dijo Alexandra.

El presidente miró a uno y otro lado.

—¿Por qué no nos enseña lo que lleva tatuado en la espalda? El senador Prior ya no puede hacerle daño. Usted lo mató, pero también ha muerto gente inocente y esto tiene que parar —dijo Martin.

—¡Calla! Maldito loquero. Ya me ocuparé de ti más tarde —dijo el presidente fuera de sí.

—¿Recuerda el lema de su colegio: *Alea iacta est?* «La suerte está echada.» Deje ya de luchar. Pat Petrarca me dijo que usted era una buena persona, que ellos le convirtieron en un monstruo, pero compéndalo: un monstruo no puede andar suelto por la calle —dijo Alexandra en tono suave.

El presidente la miró fijamente con una mezcla de odio y cansancio. Era evidente que alguien le había tendido una trampa.

—Es hora de cerrar página, señor presidente. Usted no eligió su vida, pero puede elegir ahora. No deje que su odio haga más daño, que ellos venzan de nuevo —dijo Martin.

Aquellas palabras penetraron la fría barrera del psicópata, como si algo dormido durante años volviera a despertar. Si se entregaba todos creerían que él era el asesino, pero si no lo hacía moriría políticamente.

—Ustedes no saben por lo que yo pasé. Los años de miedo, de humillación, las veces que pensé en suicidarme. Pero eso es parte del pasado. Yo no he matado a nadie.

A Alexandra le sorprendió la insistencia del presidente en negar sus crímenes, era evidente que estaba tratando de engañarlos.

—Podemos ayudarlo —dijo Alexandra acercándose hasta él.

—Estaba solo. Siempre he estado solo, pero no soy un asesino.

—Le ayudaremos —dijo Martin.

—Ellos quisieron destruirme pero yo llegué a donde ellos ni imaginaban, pero no podían soportarlo. No podían soportar verme como presidente, por encima de sus asquerosas vidas. Un presidente negro, un mestizo, el hijo de una negra —dijo el hombre rabioso.

Alexandra estaba solo a un metro del presidente. Intentó alargar la mano con la palma hacia arriba.

—Señor —dijo Alexandra—, voy a soltar el arma. Le echaré una manta por encima y nos iremos por la puerta trasera. Esta vez nadie le verá. Nosotros le protegeremos.

El presidente la miró con los ojos desorbitados. Se pegó a la ventana de madera y comenzó a golpear al aire.

—No se acerque —dijo el presidente cuando Alexandra dejó el arma y se aproximó más.

—No voy hacerle daño. Sé que está cansado. Que no puede más.

—Usted qué sabe. Todo este tiempo he estado solo. Ahora mis enemigos han encontrado la manera de eliminarme, les están utilizando. Son los hijos de los que mataron a John F. Kennedy, a Martin Luther King, a Robert Kennedy...

Alexandra se aproximó un poco más.

—Venga con nosotros y lo aclararemos todo.

El presidente comenzó a abrir la ventana. Los periodistas comenzaron a hacer fotografías. Los guardaespaldas no sabían qué hacer ni qué decir; el hombre por el que arriesgaban sus cabezas todos los días era un loco asesino.

—No haga eso presidente —dijo Martin—. Ellos querían destruirle. Si se tira lo habrán conseguido.

El presidente lo miró con tristeza. Después cambió el gesto y le dijo en tono frío.

—Lo lamento, pero tengo que hacerlo. Nadie me creerá, todo saldrá a la luz y, aunque algún día se esclarezca, mi vida será pisoteada por la prensa.

—¡No! —gritó la agente, corriendo hasta el hombre.

El presidente saltó al vacío antes de que Alexandra pudiera detenerlo. Se escuchó un golpe seco sobre el suelo de la calle. Cuando la agente se asomó, el cuerpo desnudo del presidente estaba rodeado de un enorme charco de

sangre. Un gran número de curiosos comenzó a hacer un corrillo. Otra gente se apartaba horrorizada al reconocer los ojos muertos del presidente de los Estados Unidos. La policía llegó enseguida, acordonó la zona, disolvió a la multitud y tapó el cadáver con una manta.

Alexandra observó el Capitolio al fondo. La majestuosa cúpula brillaba bajo la luz potente de los focos. La noche cubría como un manto la ciudad. El asesino por fin estaba muerto, pero Alexandra Kolbe sintió que junto a aquel oscuro y terrible hombre, también había muerto el niño asustado y torturado que seguía en algún lugar de su corazón.

Epílogo

La extraña pareja caminó por la avenida de la Independencia agarrada de la mano. Él vestía esmoquin y ella un espectacular traje de noche cubierto por un chal. Después de dos horas de interrogatorios en los que tuvieron que narrar la historia del presidente a varios policías, por fin los dejaron marchar.

Los luminosos de los teatros, con sus bombillas brillantes y sus luces de neón, alumbraban aquella fría noche de marzo. La mujer se apoyó en el hombro del hombre y dio un largo suspiro.

—Pobre hombre —dijo por fin Martin.

—Sí, pobre hombre. Toda la vida sufriendo para terminar de esa manera.

—¿No ves como todo es azar? —dijo Martin.

—Nada es azar. Todo está escrito.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo.

—¿Crees que nuestras malas acciones nos terminan por alcanzar?

—De alguna manera sí.

—Él imaginaba que estaba haciendo lo justo, cobrándose una deuda —dijo Martin.

—Sí, pensaba que se estaba vengando y que lo que hacía era lo correcto —contestó Alexandra.

—¿Tú piensas que fue justo matar a esas personas? Al fin y al cabo le habían hecho mucho daño.

—No —contestó Alexandra cuando llegaron a la parada de taxis.

Él se puso delante y mirándola a la cara le preguntó:

—¿Por qué no?

—La venganza no es justicia —dijo la mujer.

—Tienes razón, pero hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—Parecía tan sincero cuando afirmaba que no había matado a nadie.

—¿Y tú eres el psicólogo? Los psicópatas son unos especialistas en mentir —dijo Alexandra.

—Ya lo sé, pero...

Agarró a la mujer por la cintura. Acercó sus labios y la besó. *La suerte está echada*, pensó mientras volvía a estrechar a Alexandra entre sus brazos.

Washington se despertaba lentamente y las aguas del río Potomac resplandecían lanzando destellos plateados. Aquel gran santuario americano volvía a honrar a sus miles de muertos en silencio, respetando su eterno descanso.

Table of Contents

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Citas](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)
[Capítulo 75](#)
[Capítulo 76](#)
[Capítulo 77](#)
[Capítulo 78](#)
[Capítulo 79](#)
[Capítulo 80](#)
[Capítulo 81](#)
[Capítulo 82](#)
[Epílogo](#)